

LIBRETOS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE "EL MUNDO."

AGAMENON,
SOBRE EL OCEANO,
POR UNA DEUDA.

Castor y Pollux



MEXICO.

IMPRESO EN LAS OFICINAS DE "EL MUNDO."

1896.

12



Agamenón



AGAMENON

Disparate garrafal, episodio zarzuelesco mitológico-
burlesco- clásico-sentimental,

en dos actos y cuatro cuadros, escrito en prosa y variedad de metros, por

Cástor y Pólux.



MEXICO.


IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»

Segunda de las Damas número 4.

1896.



PERSONAJES

<p>Agamenón, rey de Argos.</p> <p>Clitemnestra, su esposa.</p> <p>Menelao, rey de Esparta.</p> <p>Helena, su esposa.</p> <p>Helene, esclava de Clitemnestra.</p> <p>Una esclava.</p> <p>Polonón, esclavo de Egisto.</p> <p>Polímaco } esclavos de Agame-</p> <p>Políandro } nón.</p> <p>El Doctor Telagón.</p> <p>Perieco.</p> <p>Poeta 1.º</p> <p>Poeta 2.º</p> <p>Un ayudante.</p>		<p><i>Un anciano.</i></p> <p><i>Un siete-mesino.</i></p> <p><i>Mujer 1.ª</i></p> <p><i>Mujer 2.ª</i></p> <p><i>Mujer 3.ª</i></p> <p><i>Repórter 1.º</i></p> <p><i>Repórter 2.º</i></p> <p><i>Repórter 3.º</i></p> <p><i>Dos criados.</i></p> <p>Coro general.—Maridos y mujeres.—Gente del pueblo.—Guerreros.</p> <p>—Esclavos.—Esclavas.—Bailarinas.</p> <p>—Magistrados.—Académicos.</p>
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

La escena se supone en la antigua ciudad de Argos, en el Pelopone
 Siglo XIII antes de la era cristiana.

NOTA.—Se recomienda que todos los trajes sean del estilo griego más
 o, con las ligeras adiciones que á su tiempo se señalan.



AGAMENON.

ACTO I.

CUADRO 1º.

El teatro representa una plaza en la ciudad de Argos. A la derecha, sendas, un restaurant francés, una cantina americana, un alquiler de bicicletas; en parte visible, avisos de teatros y plazas de toros—uno grande que diga: «EL MUNDO,» «EMANARIO ILUSTRADO, \$1.25» «LA SUSCRIPCIÓN MENSUAL.—» A la izquierda, la fachada del palacio real; escalinata practicable. En el fondo un templo griego. Bancos públicos en desorden y un poco á la derecha; en primer término un edificio con cortinajes en forma de completo.

ESCENA I.

[Al levantarse el telón, guerreros, hombres y mujeres del pueblo se mezclan y confunden, circulando con animación. Perieco, saliendo con otros de la cantina. Algunos vendedores ambulantes.]

Coro de guerreros y gente del pueblo.

MÚSICA.

CORO.

Honra y prez á los héroes que altivos remolaron de Grecia el pendón, y después de titánica lucha derribaron los muros de Ilión. Para el mártir la rama de acanto, para el lauro al feliz vencedor, para el héroe los himnos del rápsoda, para todos la copa de amor.

PRIMERAS VOCES.

Cantad, hijos de Acaya,
de rosas coronados;
los cármenes sagrados
repitan nuestra voz;
cantad: «Allí fué Troya!»
hombres libres é ilotas;
del Aliso al Eurotas
se oiga nuestra canción.

SEGUNDAS VOCES.

Áyax el poderoso,
Ulises el prudente,
Diomedes el valiente,
Aquiles, casi un dios,
en la ciudad de Dárdano,
tal grabaron sus nombres,
que genios, dioses, hombres
cantan en su loor.

TERCERAS VOCES.

Por ellos; cuán radiante
se anuncia ya la aurora
de la paz redentora
de Grecia en la extensión!
Ya tenemos telégrafos
en montañas y valles,
y cruzan nuestras calles
tranvías de vapor.

CUARTAS VOCES.

No nos envuelve tétrico
el manto de Belona;
la sombra de Pomona
nos da abrigo y calor;
todo es paz, armonía
y pastoriles juegos,
en nuestros reinos griegos,
del Pindo al Helicón.

QUINTAS VOCES.

Gracias al Padre Zéus
y á la potente Palas,
del progreso en las alas
marchamos al vapor.
¿Quién niega nuestra gloria?
grandes triunfos son estos:
hasta los presupuestos
ya nivelados son.

SEXTAS VOCES.

¡Gloria, honor á los inclitos
y bravos campeones
que en las lidias regiones
mostraron su valor!

Vivan! ya somos dueños
de todo el continente,
y en el *dolce farniente*
podemos gozar hoy.

CORO.

Honra y prez á los fuertes varones
que humillaron de Priamo el pendón,
y sus glorias dejaron escritas
en las rotas murallas de Ilión.
Caballeros: si Grecia nos llama,
alistad el fusil Mondragón,
y entre cantos y gritos de guerra
tiemble Olimpo, retumbe Helicón!

NOTA. — Quedan á disposición del
músico todas estas estrofas para que
aproveche las que crea necesarias.

ESCENA II.

CONÓN *que sale de Palacio* y PERIECO.

[*Conón, que ha escuchado las últimas estrofas, se adelanta al salir al proscenio. La gente del pueblo conserva la animación de la escena anterior.*]

CONÓN.

Muy bien valientes argivos:
¡Qué bien sabéis celebrar
de la Grecia tutelar
los progresos positivos!

Se ve que sois de una raza
muy fuerte y de condición,
y os guarda de Agamenón
la invulnerable coraza.
En concierto general
celebráis las patrias glorias,
sin las pompas ilusorias
de la presión oficial,
y no hacéis como en Tesalia,
que en un bodorrio cualquiera,
se arma cada pelotera
con pulque y vino de Italia,
que hay que doblar las patrullas,
y ampliar las comisarias,
para evitar tropelias
y librarse de sus pullas.
Así, con tan buenos modos
á la patria honráis y al rey,
y al amparo de la ley
aplauso alcanzáis de todos.

PERIECO.

Guarda para otra ocasión
Conón, tus buenas razones,
libranos de tus sermones,
háblanos claro, Conón,
y dínos mejor, qué sabes
de lo que en Palacio pasa,
ya que de Egisto es la casa
y de él tú guardas las llaves.

CONÓN.

Sabéis que el rey, mi señor,
[á quien Dios guarde por bueno]
cuando á Troya fué sereno
como adalid del honor,
fué aclamado por caudillo
de reyes y de señores,
sin que haya habido esplendores
que eclipsar puedan su brillo;
sabéis que á más de un troyano,
á más de un hijo de Frigia
hundió en la laguna Estigia
por la fuerza de su mano;
que en los combates, león,
en las astucias, serpiente,
en los consejos, prudente;
el gran rey Agamenón
siempre ha sido, es y será

el armado vengador
del imaculado honor
de la Grecia.....

PERIECO.

Bien está;

pero lo que tú nos cuentas
no es lo que te preguntamos.
Aunque sirvas á dos amos
hoy te explicas ó revientas.

CONÓN.

¿Yo á dos amos? ¡qué locura!
Si de Egisto soy esclavo,
no es mi afecto en menoscabo
de la gratitud segura
que guardo para el Atrida,
á quien sirvo desde niño;
para él todo mi cariño,
por él daría la vida *(con entusiasmo)*

PERIECO *(con ironía.)*

Pues qué poco vivirán
los que no te miren, viejo,
perder muy pronto el pellejo,
hipócrita, carcamán!
porque si en breve el rey llega,
como la «Gaceta» narra,
¿quién te libra de su garra
y de su cólera ciega.....?

CONÓN *(con hipocresía.)*

Y por qué debo temer
del rey la venganza fiera?
cuál mi falta es que me hiciera
su cólera merecer?

PERIECO.

No te hagas, Conón, el bobo
ni te des aires de santo....
No hay cosa que choque tanto
como ver á hambriento lobo
vestido con piel de oveja!

(Comienzan á oírse murmuraciones sordas del coro.)

Todos saben que tú has sido

el tercero acomedido
de amor en regia conseja;
y como el vil Galeoto
tejió la amorosa hebra
de Lanzarote y Ginebra,
en apartado y remoto
pais, tú en amores listo,
por guardar tu posición,
has sido el lazo de unión
entre la reina y Egisto;
con tu intervenció siniestra
has hecho, esclavo infernal,
que el limpio tálamo real
manche, torpe, Clitemnestra.

(Aumentan las murmuraciones y comienza la MÚSICA.)

¿No tiembblas? no te acobarda
la rabia de Agamenón?
no teme tu corazón,
al ver el fin que te aguarda,
cuando sepa tus traiciones....?

CONÓN *(con ira.)*

Calla, misero Perieco,
que es una infamia hacer eco
á viles murmuraciones.

Nuestra augusta soberana
(pese á la calumnia infecta)
es como Juno correcta
y tan casta como Diana.

Si Egisto en palacio vive,
es del rey con el permiso,
y cual vasallo sumiso
dél las órdenes recibe;
como es el gran Canciller
y Jefe del Gabinete,
hace cuanto le compete
cumpliendo con su deber.

PERIECO *(con marcado sarcasmo.)*

Y por eso sustituye
al rey, hasta en el sagrado
de su hogar inmaculado....!
Mal de su lealtad arguye
sólo en palacio mirarlo,
en cuasi olímpicos ocios,
y lejos de los negocios
que pudieran molestarlo.....

(Creciendo las murmuraciones,
la música habrá ido en crescendo
y en este momento comienza el coro.)

MÚSICA.

CORO.

Todos saben
que él ha sido
comedido
mediador
de la reina
con Egisto,
porque es listo
como hay Dios;
todos saben
que en la córte
se da porte
de señor,
y es tan sólo
de gran talla
un canalla
vividor.

¡Qué poca vergüenza
debe de tener!

A quien no incomoda
su desfachatez?
Como gaceta
mente sin cesar;
pronto el sambenito
para este rufián.

Te conocemos, buen Conón;
es envidiable tu papel,
juntas doblón tras de doblón
con pagas de ella y galas de él!
¿Cuánto has ganado, perillán
con explotar oficial vil...?
si no te empluman cual rufián,
cual sabandija has de morir.

Por descocos
de la buena
doña Helena
fuése el rey;
ver no pudo
su ceguera
que es de cera
la mujer.

Y la reina,
cual su hermana,
barragana

se volvió
de un vasallo
que la auxilia....
¡qué familia
santo Dios!

Te conocemos, perillán:
por explotar oficio vil,
si no te empluman cual rufián,
cual sabandija has de morir.

CONÓN. (*Dirigiéndose á todos*)

Sellad la lengua traidora,
que es en mi deshonra y mengua
no arrancaros esa lengua
que se atreve á mi señora.

Ay de tí si eres el blanco (*á Pe-
rieco.*)

de su encono celestial!
ay de tí si por tu mal
mi voz há su oído franco!

Del rey según los encargos, (*á to-
dos*)

esta es nuestra condición:
mientras falte Agamenón
sólo ella domina en Argos:
y en tanto luzca en su diestra
el cetro de sus mayores,
temed los murmuradores
las iras de Clitemnestra.!

(*A medida que Conón se va exal-
tando, todos se retiran poco á poco
cantando muy piano el final del co-
ro, de modo que, dice los últimos
versos á los que ya van por el fon-
do.*)

ESCENA III

CONÓN Y SELENE (*que llega de por
el fondo, ansiosa y fatigada*)

SELENE.

Desde el Parque del Progreso
á la calle *Bon Marché*,
he corrido cual sabueso,
cual mendigo tras de un peso,
reventando, en pos de usté.

CONÓN.

Y ese afán de que proviene?
¿qué hay de nuevo?

SELENE.

¡Notición!

CONÓN.

Desembúchalo; Selene,
¿qué ha pasado?

SELENE.

Que ya viene
nuestro rey Agamenón.

CONÓN.

¡Vaya un chasco....!

SELENE.

No es mentira.

CONÓN.

¿Estás cierta?

SELENE.

Lo sé bien.

CONÓN.

¡Caracoles!

SELENE.

¿Quién se admira
de que vuelva?

CONÓN.

¿Nadie? mira,

alguien hay (y yo sé quién)
que el regreso del monarca
con tristeza ha de esperar,
y lamenta que la Parca,
cuando él sano desembarca,
no lo quiera liquidar.

SELENE.

No murmures.

CONÓN.

No murmuro,

eso dice la opinión:
si el rey torna, en grave apuro
pone á Egisto. Mas te juro *(Con de-
senfado)*

que no lo echa del balcón
á la calle. Entre las gentes
de la más ilustre casta
muchos hay de buena pasta
bonachones, complacientes
y.....

SELENE.

Yo sé cómo las gasta
nuestro rey.....

CONÓN.

Tú misma has visto
á Menelao y su esposa
vivir como si tal cosa *(hace una se-
ñal que significa cuernos)*
no hubiera, en gracia de Cristo.
Helena, cuando él partió,
tenía escandalosa historia
de faltas; pero llegó,
se hablaron, la perdonó,
y aquí paz y después gloria.

SELENE.

Ciertamente.

CONÓN.

Con los otros
puede suceder lo mismo.
Yo pagara su cinismo
atándolos sobre potros.....
ó les rompiera el bautismo.
(Transición) ¿Y Clitemnestra?

SELENE *(con misterio)*

En la flama

de su pasión consumida,
la sorprendió el cablegrama
que la anuncia la salida
del señor. Luego me llama;
á su camarín acudo;
me mandó cerrar la puerta,
y me leyó como pudo,
casi más que viva, muerta,
el mensaje llano y crudo.
Dice así: «Ya parto lión;
«acompañanme guerreros;
«no haya manifestación
«costeada caballeros,
«ni me esperes estación.»

CONÓN.

¡Valiente rey!

SELENE.

Contrariada

en sus ansias criminales,
la reina daba señales
de hallarse desatinada,

y tomó flores cordiales. A poco se serenó, acercóse á una consola, sacó una fina pistola que el Papa la regaló; con cuidado examinola, y con voz hueca exclamó resuelta, "ruede la bola!"

CONÓN.—Pues me temo que la cosa se ponga de color de hormiga; que tengamos en palacio drama de moda, y se arroje un mendrugo de trabajo á esa multitud de hambrientos *repórteres*, que andan buscando crímenes de sensación, para echar á los vientos de la publicidad las debilidades de la mujer, y los instintos fieros de los hombres celosos.

SELENE.—¡Júpiter nos valga!

CONÓN.—Y nuestra augusta señora ¿qué decidió por fin?

SELENE.—Dispuso que siempre se recibiera al rey dignamente; que no debe ostentarse fingida modestia, hoy que las masas populares tienen fuera la muela del juicio, y saben ya dónde las aprieta el zapato.

CONÓN.—Justamente.

SELENE.—Por eso mandó levantar ese sitial, por si quiere S. M. dar audiencia en la plaza pública, como es de costumbre.

CONÓN.—Bien pensado.

SELENE.—Un rey, me dijo, no es un tenor, ni un pelotari ni siquiera un torero. Un caudillo que viene triunfante de la guerra de Troya, con sus huestes vencedoras, no es cosa que entre de rondón á la capital del reino, como cualquier agente viajero de una Compañía de Seguros de vida.

CONÓN.—De modo que, habrá diversiones y festejos.....

SELENE.—Por supuesto. Se ha corrido una suscripción (voluntaria ¿me entiendes?) entre los empleados todos de la administración, despidiéndose á los que se niegan á enterar su cuota, y habrá banquete para los

altos funcionarios, gran iluminación y fuegos de artificio. La clausura del templo de Jano, que se inauguró el año pasado, será solemnizada con salvas de veintiún cañonazos, para celebrar el fin de la guerra de Troya. Sé de dos poetas que preparan sendas composiciones para disparárselas al rey en cuanto puedan, y de dos académicos que se reservan para el banquete, y aprovecharán la hora del *Champagne*, momento hermoso de las confidencias y de las manifestaciones de entusiasmo.

CONÓN.—Sí, y de las más furibundas borracheras. Adelante.

SELENE.—Además, hoy tuvo la reina una entrevista con Policteto, el comisionado indispensable del ornato público, que con sus corretajes y granjerías ha levantado un palacio en el paseo reformado de Plístenes, y creo que ya está en la brecha, porque por ahí he visto á sus esclavos, levantando ramos de verdura, que luego bautizan, con el pomposo nombre de arcos triunfales.

CONÓN.—Bien. Marchemos á ver qué se ofrece á nuestra soberana (*con ironía*) como buenos y fieles servidores.

SELENE.—Ah! Ordenóme se advierta á la servidumbre, para que nadie informe al rey de las porridades ocurridas en palacio durante su ausencia.

CONÓN.—Comprendo: quiere mi señora, que nadie diga á Su Majestad sus trapicheos con Egisto, y se confirme lo que dice el cantar (*tarrareando con música de Bocaccio*) «No ve gota, porque el idiota es el último que lo nota.»

SELENE.—También me indicó, que tú, que andas con cómicos y te codesas con los aficionados al *sport*, arregles unas comedias ó zarzuelas de entrada libre, las más concurridas por nuestra sociedad, y prepa-

res unas carreras de burros, de monos ó de bicicletas.

CONÓN.—Serán de bicicletas ó de burros, porque monos sólo hay frente á los aparadores del *boulevard* central.

SELENE.—De burros ó de bicicletas, todo es diversión.

ESCENA IV.

CONÓN, SELENE, UN AYUDANTE *que llega de prisa.*

AYUDANTE.—Conón, ¿donde está Egipto? tengo órdenes urgentes que comunicarle.

CONÓN.—¡Cáspita! de qué tratan?

AYUDANTE.—No sé, pero supongo que se han de referir á la entrada triunfal de S. M. el señor Agamenón rey de Argos y de Micenas. Muy pronto lo veréis aparecer por la Avenida de los Tilos, y llegar al palacio de sus mayores.

SELENE.—¡Válgame las once mil vírgenes! en qué apuros nos poué tu inesperada noticia!

CONÓN.—Demonio! y por qué avisas de ese modo? llegas acaso como correo extraordinario?

AYUDANTE.—Yo te diré. Hace tres días desembarcamos en Nauplia. Con el deseo de huir de manifestaciones oficiales y oficiosas, el rey mandó suspender el tráfico de los ferrocarriles, cerró las oficinas telegráficas, y prohibió con pena de muerte, se comunicara á la capital la noticia de su llegada. Esta mañana quedó suspenso el efecto de tales disposiciones, y aquí me tienes con un pliego para Egipto, que me dió el Coronel de los Hoplitas de Tebas.

CONÓN.—Dámelo inmediatamente; sabes que soy su secretario, y puedo enterarme de la correspondencia. Pero, ¿qué es esto? no es el pueblo el que se agita y aclama á su señor?

[*El ayudante entrega el pliego á*

Conón que lo lee de prisa. Se oye rumor de voces y músicas lejanas que tocan una marcha triunfal] (MUSICA.)

AYUDANTE.—Así será, por que cuando entraba yo á la ciudad por la puerta del Dos de Mayo, ví al ejército que desfilaba por el Arco del Cuatro de Septiembre. ¡Maldito sea, amén, el ferrocarril interoceánico del Peloponeso, que con sus retardos y descarrilamientos me hizo caminar tan de prisa como un infante con dos mochilas!

Oye, Cónon, en este *american bar-room*.

CONÓN.—Vete al Tártaro, sopenco. [*Aparte á Selene.*] Ya lo has oído. Ve volando á dar cuenta á tu señora, dila que no hay novedad en la guardia; [*por el papel que leyó*] el rey desconoce ó aparenta ignorar el intríngulis. Calma, prudencia, y adelante con la cruz; lista, y cada cual en su puesto.

[*Vanse, el ayudante á la cantina, Selene á palacio, y tras de ella Conón.*]

ESCENA V.

[*El rumor de voces va aumentando, se oyen claramente los gritos de «¡Viva Agamenón!» «¡Viva el vencedor de Troya!» Se escucha distintamente una marcha triunfal; la escena es invadida por gentes del pueblo, aparecen soldados de gala. Hombres y mujeres cantan como en la escena I.*

MUSICA.

CORO.

Honra y prez á los fuertes varones que humillaron de Priamo el pendón, y sus glorias dejaron escritas en las rotas murallas de Ilión!

Caballeros: si Grecia nos llama,
alistad el fusil Mondragón,
y entre cantos y gritos de guerra
tiemble Olimpo, retumbe Helicón!

(El pueblo y los soldados se abren en dos filas; se escucha la marcha triunfal, y aparece AGAMENÓN en traje griego, pero precisamente con sombrero montado de Capitán Generaló *Feld-Mariscal*, va seguido de TELAGÓN con peluca y birrete de doctor, y de capa, CALÍMACO, CLEANDRO y esclavos que conducen uno su escudo y su lanza, otro su clamide real, otro su casco de combate. Llega HELENA del brazo de MENELAO y rodeada de esclavas que la cortejan.)—MUSICA.

ESCENA VI.

DICHOS.

AGAMENÓN. — Dile, Cleandro, al cuartel-maestre, que renuncio á la columna de honor; que mande retirar las tropas á sus alojamientos, y que les den un rancho razonable, siquiera para festejar nuestro feliz arribo á la ciudad de Plistenes. (*Váse Cleandro.*) Deseo á imitación de mis gloriosos antepasados, dar audiencia en la plaza pública, antes de llegar á palacio.—Despejad.

(Se retiran los guerreros, casi en pos del ayudante que vuelve á dar la orden. Mientras dura la escena siguiente la gente del pueblo va despejando, por orden del rey, comunicada por alguno del cortejo. Cuando Helena ha acabado su romanza, traen sillas de la cantina y el *restaurant* vecinos, y en el sitio, en los bancos de la escena y los asientos, se colocan los principales personajes.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos CLEANDRO, y gente del pueblo.

MUSICA.

HELENA (*cantando.*)

Vuelvo como golondrina
á las playas que dejé,
y miro hoy mi patria amada
bella como estaba ayer.
Azul y diáfano cielo
que abrigaste mi niñez;
sol cuyo fuego radiante
siento en mis venas arder;
brisas que animan el bosque,
fiores de rico vergel,
horizonte que la aurora
tiñe con su rosicler;
fuentes de limpios cristales,
encantos mil de un edén,
nunca hallado en otras tierras
que fugitiva crucé:
¡feliz la que tantos dones
viene á gozar otra vez,
y al calor de tu regazo
tanta ventura tener!

MENELAO.

Es verdad, está uno aquí (*recitando.*)
tan perfectamente bien....

HELENA.

Allá en la troyana Côte (id.)
tanta dicha disfruté
entre fiestas y deleites
donde se apura el placer.....
Reudida á mi halago, Paris,
el más apuesto doncel
de la Côte de Priamo,
no hubo una sola mujer
que no envidiase la gloria
de tener cautivo, á aquel
que á manos de Filoctetes
se le viera perecer.

MENELAO.

Ciertamente, aquel muchacho,
valía lo menos diez;
tenia magnífica estampa,
y era de mucho poder.

HELENA.

¿Y Deifobo? y tantos otros que de hinojos á mis piés me pedían una mirada, una sonrisa?

MENELAO.

(*Con cariñosa burla.*) Creo que lo que tú más echas menos es no bailar el *minuet*, asistir á los teatros, ir á la *Maison dorée*, pasearte en buen carruaje, gastar con esplendidez, pasar los días en compras, de noche tocar *Choppin*, y murmurar con las damas del profesor de francés, que te encantaba diciendo que *Calipsó ne puvé consolarse diu depar de Ulises, y se truvé la infeliz en su dolor muy triste y tré malheré.*

AGAMENÓN.

(*Interrumpiéndolos.*) El *trés malheureux* eres tú, y hasta muy *sinvergüencé*. ¡Me cargas! estoy oyéndote sin poderme contener.

(*Helena tiene una sonrisa maliciosa; Menelao se asombra, de pronto, con Agamenón, después se repone y mira á Helena embelesado.*)

MENELAO.

Dime lo que gustes, chico, mi temperamento así es, y cada hombre en este mundo tiene su modo de ser. Tú eres huracán y severo, yo soy amable y cortés; tú eres lacónico y brusco, yo tengo frases de miel, sobre todo, para Helena, mi encantadora mujer. Si tú le das á tu esposa

por caricias puntapiés, ¡buen provecho! yo á la mía siempre la procuro el bien y la mimo y la acaricio de amor en grata embriaguez, aunque algún desocupado los epítetos me dé de pasante, *calzonazos*, complaciente, y otros cien. Señor, sobre que me gusta que quieran á mi mujer, y que todos la agasajen con dulzura, vamos ¿qué me importa que hable la gente, si yo mi gusto he de hacer? así vivimos dichosos *per onmia sécula, amén.*

(*Va y prodiga cariños á Helena.*)

AGAMENÓN.

Padre Júpiter, ¡qué justo empleo das á tu poder! para mujeres como ella (*por Helena*) deparas hombres como él. (*por Menelao*)

(Los personajes quedan dispuestos así: Agamenón sentado; Telagón y Calímaco, de pie, forman un grupo.—Helena, Menelao y esclavas, otro grupo distinto.)

CALÍMACO (*desde el fondo*) Señores, queda abierta la audiencia.— (*Vuelve á su lugar.*)

ESCENA VIII.

DICHOS y POETA 1º

(*Habla trepado en un banco y con voz campanuda.*)

POETA 1º

Rey poderoso en la afamada Grecia, gran campeón en extranjeras lides, jefe invencible de las huestes patrias: deja que chillen.

Quiero cantar nuestras brillantes glorias, hechos gloriosos del valiente argivo,

que fué á decir á los troyanos todos
cuántas son cinco.

Burlar quisieron nuestro honor: borraste
mancha tan negra con bruñido acero,
y cuando entrabas á la lid, decías:
¡Jalen parejo!

Doma las iras de Mavorte fiero,
trae de paz los inefables goces,
ciñe el laurel de la victoria, y fájate
dos pantalones.

Has que el empleado que te sirva sea
en el destino que le dés, honrado,
y no permitas que en negocios puercos
meta las manos.

Si acaso miras del real tesoro
pasar los fondos á personas duchas,
no les consientas su manejo infame:
corta las uñas.

Busca ministros de prestigio y ciencia
para la curia, rectos magistrados,
que nunca fallen por temor, como hizo
Poncio Pilato.

Fomenta el arte y el saber; al pobre
procura siempre de que viva el modo,
y á quien merezca protección y ayuda
métele el hombro.

Así tu nombre ensalzará la historia
y la epopeya lo dirá en sus versos,
y hasta la fama lo pondrá en la luna
sobre los cuernos.

Qué gran renombre adquirirás, monarca,
cuando los triunfos que te indico alcances;
la Grecia toda te dirá afanosa,
¡Dios te lo pague!

Y con la dicha de tu hogar tranquilo
papando moscas matarán el ocio;
fieles tus pueblos vivirán, y luego
¡Cristo con todos!

(*El rey escucha al orador visible-
mente conmovido. Calímaco hace
seña de que preste su pieza orato-
ria. Agamenón lo abraza cariñosamente.*)

POETA 1º—(*Después del abrazo.*)
¿Para qué se quiere conservar, pe-
rincito señor, una producción tan
desaliñada y defectuosa?

AGAMENÓN.—He dispuesto que se

publique en la «Gaceta Oficial» del
reino.

CALÍMACO (*al poeta*).—Seguro es
que, con el brillante éxito de tus
versos, obtendrás una plaza en la
Academia de la Lengua, correspon-
diente de la de Atenas.

POETA 1º (*con énfasis*).—Soy
miembro de tan preclaro y meritísi-
mo Instituto.

CALÍMACO.—Entonces, se creará
un cargo especial para tí; al poder
nunca le falta manera de abrir bre-
chas en el presupuesto, cuando se
trata de favorecer á los amigos.

POETA 1º (*con fingido despren-
dimiento*).—Con el afecto de nues-
tro soberano, sol de justicia y espe-
jo de reyes, estoy bien remunerado.
(*Vase haciendo caravanas.*)

ESCENA IX.

DICHOS, CORO DE MARIDOS DE ARGOS.

MUSICA.

CORO.

—

1ª VOZ.

Señor: nuestras mujeres,
alegres, casquivanas,
prefieren las jaranas
á su risueño hogar;
no cuidan del puchero,
nos ven como chiquillos,
y ni los calzoncillos
nos quieren remendar.

2ª VOZ.

Sus únicos encantos
son perlas y diamantes,
listones y volantes,
velutina y carmín;
si á alguna se reprende
ó se la llama ingrata,
contesta con «Traviata»
ó con el «Lohengrín.»

3ª voz.

Si ocurre que algún niño
aturde, grita ó llora,
raro es que la señora
lo vaya á socorrer;
si el chico por la noche
despierta y se desvela,
no es ella la que vuela
su sueño á proteger.

4ª voz.

Dejan que en la cocina
mande la cocinera,
aunque una cabellera
nos sirva en el arroz;
y cuando los frijoles
se quemán, diligentes,
Estelas confidentes
nos cantan que es horror.

AGAMENÓN (*cantando.*)

Pero, quejaros,
santos varones,
de esas miserias
¿no os da rubor?

Llevad con garbo
los pantalones,
tened vergüenza
¡por san Antón!

5ª voz.

Y todo, señor, fuera
tortas y pan pintado,
si su civil estado
supieran respetar;
sí no fuera una zambra
de parientes, amigos
é incómodos festigos
nuestro infeliz hogar.

6ª voz.

Todo fuera una ganga,
si el vulgo maldiciente
no viera en nuestra frente
protuberancia ruin; (*haciendola*
si no viéramos risas *señal delos*
en los serios argivos, *cuernos*)

ni nos llamara.... chivos
la turba femenil.

7ª voz.

Por eso á ti acudimos,
agusto soberano:
que tu piadosa mano
venga en nuestro favor;
á cada cual concede
esposa digna y buena,
sus impetus reforma;
¡justicia, Agamenón!

AGAMENÓN (*cantando.*)

Ya no más quejas,
santos varones;
tanta miseria
me da rubor.

Llevad con garbo
los pantalones,
tened vergüenza
¡por san Antón!

AGAMENÓN (*recitando.*)—Lo siento en el alma, caballeros, y podéis creer, que el poder que desempeño hará cuanto esté de su parte para remediar tan precaria situación: contad con la decidida protección del Gobierno. ¡Mil diablos carguen con las argivas casquivanas, malas madres y esposas infieles! Os juro por las barbas de Saturno, que ninguna mujer se ha de reir en las nuestras. (*A Telagón.*) Oye, tú, veterinario de bípedos ¿qué harías en mi lugar?

TELAGÓN.—Grande y poderoso señor, si tu magnificencia... me lo... permite... diré... diré... que...

AGAMENÓN.—Habla pronto, Telagón, que aun no te hago senador del reino, ó académico de número.

TELAGÓN.—Diré que, conforme á la ciencia homeopática, y según las leyes secretas que presiden á la paz del matrimonio, debe proyectarse la sombra de una suegra en cada hogar inquieto, y renacerá la tranquilidad, como por arte de Birlibirloqui. Bien sabéis que *similita similiti-*

bus curántur, y una suegra, en la quincuagésima dilución que produce su sombra, es el remedio seguro para alcanzar la felicidad doméstica.

AGAMENÓN (*á los maridos que se van haciendo reverencias.*) *Récipese-cindum ártém.*

ESCENA X.

DICHOS Y EL POETA 2º (*que se presenta un poco distraído de traje, el cabello crecido y la barba desaliñada; habla desde una mesa que sacan los esclavos de la cantina.*)

POETA 2º

Como en las glauceas ondas de los mares, sábanas movedizas de hilo crudo, las estrellas fulguran, corolas del jardín que cultiva Saturno; como en el fondo augusto de la selva, antro de aroma, océano de verdura, los harpados zentontles gorjean, Tamberlick y Gayarre de plumas; como del Pindo en la sagrada cima, centinela de mármol y granito, se desatan de Febo los besos en guedejas de cándidos hilos: así yo quiero en la broncínea trompa cantar la gloria de tu nombre ilustre, ensalzar de tu triunfo la fama, y el fulgor de tus hechos azules. (*Aplausos.— Sensación*)

Ya se van eclipsando las luces, señores, que encendieron de vivos colores: en playas sin flores, Melampo y Jasón; no son nada las grandes empresas famosas de los héroes antiguos, tus cosas son más ruidosas, Agamenón.

Del hipogrifo negro de la Esfinge tú sabes el secreto epitalámico, y de la Pitonisa en la laringe, que poco ó nada con la histeria finge, el destino sorprende hipodámico del hipogrifo negro de la Esfinge.

Has aprendido en graves paroxismos de la guerra la grande apocalipsis, y, suspenso tu espíritu en abismos, nos vienes á contar los cataclismos del amor, en parábolas y elipsis que has aprendido en graves paroxismos.

Del corazón, en las abruptas sombras, corruscantes supiste los misterios y tu amor elegíaco—¿no te asombras?— cruzando va las tétricas alfombras de la ilusión en grises cementerios, del corazón en las abruptas sombras. (*Pausa.*)

(*Helena y Menelao bostezan; unos cabecean y roncan, otros se asombran.*)

A tu querida patria torna, guerrero, entre gritos y vivas y tamborazos; todo hijo de vecino, sin ser barbero, quiere dar su manita de jabón..... pero cuida que no desuellen los navajazos, hoy que á la madre patria tornas, guerrero.

Has de ver en los ojos de Clitemnestra efuvios de cariño, lampos de amores; no sorprendas en ella la luz siniestra de olvidos claro-oscuros; mira que es diestra en despedir á necios adoradores, que has de ver en los ojos de Clitemnestra.

Vuelve á tu reino amado la faz serena, olvida de la guerra la cruenta gloria; mira que es tan hermosa la paz y buena, que si soy diputado, por Santa Elena, te escribo en redondillas toda tu historia; vuelve á tu reino amado la faz serena.

No hagas caso de tontos y de adivinos que con nombre de sabios han de asediarte; procura que del reino los más destinos caigan en los bohemios, en los divinos acólitos de Apolo, nietos del arte; no hagas caso de tontos y de adivinos.

Y tu imperio será dilatado, tu gobierno será de cajeta; mucha luz, mucho rípió sagrado, el erario sin una peseta, mas tu imperio será dilatado.

¿Qué te importan á tí el estadista, el que piensa, el que suda, el obrero? Adelante, señor: el artista, el bohemio ha de ser el primero, que no importa, dirá al estadista.

Alza el bardo á tu trono esplendente, mira que es el reflejo de Dios, y serás como el sol en Oriente, y tu grande satélite, yo! en redor de tu trono esplendente. [*Baja de la mesa.*]

(*Gran sensación en los que escuchaban, aplausos y vivas; al ruido se despiertan los que dormían.*)

AGAMENÓN. — Acércate, doctor: ó yo estoy como mareado, ó ese santo

varón nos ha hecho dormir de lo lindo. Pregúntale á qué Areópago pertenece, en qué Academia se sienta ó en cuál Universidad fué graduado.

TELAGÓN.—Así lo haré, gran señor. (*Se aparta del rey y se dirige al Poeta*) Sublime orador, que has agotado con tu numen el caudal de las Musas, bien estaría que me proporcionaras una copia de tu canción.

POETA 2º.—No en mis días! Nosotros los bohemios solo publicamos nuestros versos al son de la lira, por calles y plazas, ó en las revistas policromas que tanto abundan en el reino.

TELAGÓN.—Y si fuera por complacer deseos manifiestos del rey....

POETA 2º.—Entonces, por pescar un destinillo cualquiera, cedería con mucho gusto. ¡Qué dicha! vivir sin trabajar, santa aspiración de la bohemia dorada. Así somos los soñadores grises: con mucha inspiración, pero con poca vergüenza. Tomad mis versos. (*Entrega un rollo de papel y se retira.*)

ESCENA XI.

DICHOS Y CORO DE MUJERES.

(*Entran con violencia y se dirigen á Helena, en actitud entre cómica y respetuosa, como para pedir gracia.*)

MÚSICA.

CORO.

Es triste vida
la que nos dan
nuestros maridos
en el hogar.

MUJER 1ª.

El mío es un borracho,

MUJER 2ª.

El mío es un tronera.

MUJER 3ª (*vieja*).

Y el mío que es muchacho
salió calavera,
y en cuanto ve faldas,
no encuentro poder
que sus locos ímpetus
logre contener.

CORO.

Por eso ante tu sacra
real majestad
nos quejamos, seguras
de tu bondad.

MUJER 1ª.

Muy indolente es mi esposo.

MUJER 3ª.

Mi marido es gastador.

MUJER 1ª.

El mío tonto y celoso;

MUJER 2ª.

El que tengo es jugador,
y á la penuria sujeta
me tiene en su desatino
porque juega en el casino
hasta la última peseta.

CORO.

¿Acaso es justo,
señora, di,
que continuemos
sufriendo así?

Es preciso con los hombres,
según bien claro se vé,
no ofrecerles nuestra mano
porque se toman el pie; (*lo levantan*)
y esclavas d sus antojos,
no podremos evitar
que nos burlen y nos befén
mientras llegan á enviudar.
Por eso el castigo
queremos ya ver
de tantos verdugos
de tanta mujer.

Y á tu solio afanosas llegamos
á exponer tan cruel situación,
y tu amparo, señora, imploramos...
Si lo niegas... ¡aquí nos matamos
con puñal, con pistola ó cañón!

HELENA (*recitando.*)—Muy bien, valerosas matronas! No serán vanas vuestras querellas; yo acudiré en vuestro socorro. El rey Menelao, tan complaciente conmigo, *todo me lo da*, me concede cuanto le pido, aunque tenga que solicitarlo de mi augusto cuñado. Yo haré que se expida un decreto en favor vuestro.

MUJ. 1ª y 2ª.—Y será muy pronto?

HELENA (*con dulzura.*)—Os digo que aprovecharé la primera oportunidad para obsequiar vuestros deseos.

MUJ. 2ª y 3ª.—Pero, es que lo mismo dicen todos los que mandan, y á veces la ocasión no da pelo de don de agarrarla.

HELENA (*en el mismo tono.*)—Confíad en mí, señoras.

CALÍMACO.—Y si lo que pretenden estas mujeres es un solemne disparate? . . .

HELENA (*con resolución enfática.*)—Lo haré también. Muy mezquino sería el poder de los reyes, si no les fuera dado cometer dispartes.

CALÍMACO.—Efectivamente, los poderosos tienen facultad para hacer cuanto les plazca, desde el acto más sublime de grandeza, hasta la mayor vulgaridad.

CLEANDRO.—Yo he visto al gobernador de Patmos que juega á los gallos.

CALÍMACO.—Yo conozco á un alto magistrado de Mileto, que se pone cada papalina, que tiembla el misterio. . . .

CLEANDRO.—Y yo á un arconte de Creta, que se pirra por ir de verbera con sus camaradas.

HELENA.—Y vos, mi querido Telagón, (*haciéndole señas de que se acerque*) ¿qué recurso tenéis contra el mal que se nos denuncia por el bello sexo?

TELAGÓN.—Poderosa señora, hay enfermedades femeniles, contra las

cuales son inútiles todos los recursos de la ciencia.

HELENA.—¿Qué queréis decir?.

TELAGÓN.—Que para ciertas afecciones de la mujer sólo conozco remedio eficaz, pero ese no se ha en nuestros formularios. . . .

HELENA.—¿Cuál es? . . .

TELAGÓN (*solemnemente.*)—La voluntad de los dioses!

HELENA.—Tenéis, doctor, salidas discretas. . . .

TELAGÓN.—Muchas cosas aprendemos los médicos, señora. Mi vuestra majestad: jaquecas hay que se curan con una carta amorosa; fiebres que se disipan con aspirar perfume de un ramillete, y no faltan dispepsias rebeldes, que se devanecen con el alejamiento de un padre político. . . . Hasta he llegado á ver clorosis que se combaten con una promesa formal de matrimonio. ¡Qué estudio tan obscuro de la patología aplicada á las cumbres!

CALÍMACO.—¡Bien por el sabio doctor!

TELAGÓN.—Existen, sin embargo otras enfermedades incurables en sexo débil.

HELENA.—¿Cuáles son? . . .

TELAGÓN.—La volubilidad, la coquetería, la manía de las grandezas, y (hablando con perdón de V. M.) la ligereza de cascos. . . .

CLEANDRO.—¿Cuánta originalidad!

TELAGÓN.—Se palpan las ventajas de mi ciencia de las dosis impalpables, y la calumnian todavía. *Quo que tandem abutteré, Catilina?* . . . Nos acaban la paciencia, y de ribete nos vilipendian. . . . Hay una juventud que acusa desfallecimientos; si el pulso es normal, padece insomnio y se queja de opresión en el pecho. Diagnóstico: está enamorada; la causa: un pollo de lentes y bastón más pesado que la masa de Hércules, que la zahuma con sus suspiros, la hip

v. atiza con sus miradas, y la enloquece con sus cartitas tan llenas de pasión como faltas de ortografía; pronóstico: si la joven no se casa, revienta; tratamiento: que se junten los aspirantes á la felicidad, y la dolencia terminará en el registro civil ó en la vicaría.... ¿Hay algomásevidentemente homeopático? no es esto comprobación irrefutable del *similia similibus curántur?*

HELENA.—Muy bien! y en el caso concreto de estas señoras, qué aconsejáis?

TELAGÓN.—Entiendo que la entidad morbosa de que se quejan, pide más que medicamentos rigurosa higiene. Ellas, deben usar moderación, prudencia y un poco de juicio; ellos, deben emplear cordura, método y un poco de energía. Menos locura en las unas y más dignidad en los otros, y todo quedará arreglado; no se derramará bilis inútilmente, ni darán ocupación ingrata á sus prudentes confesores.

MUJ. 1.^a—Esa medicina es muy fuerte.

MUJ. 2.^a—Yo prefiero una purga.

MUJ. 3.^a—Yo tres vejigatorios.

MUJ. 1.^a—Yo, que me saquen una muela.

TELAGÓN.—Ya lo ve vuestra grandeza: las hembras se resisten á aceptar lo santo y honesto.

CALÍMACO.—¡Debilidades!

TELAGÓN.—Si, debilidades! Nuestra sangre está viciada con el virus del tinterillo y del curandero. Por eso hay dos cosas que jamás veremos en el reino: el respeto á los gendarmes, y la observancia de una terapéutica racional.... (*Las mujeres se retiran murmurando.*)

ESCENA XII.

DICHOS.—TRES REPÓRTERS, (*con el pelo corto, sombrero de copa y de lentes, van armados de carteras de apuntes y lápices.*)

(Salen apresurados y procuran aproximarse al rey; cuando lo logran, lo examinan escrupulosamente, haciendo apuntes en sus *carnets* de todo lo que ven y oyen. Sus palabras y ademanes han de ser rápidos, nerviosos. El rey contesta en tono seco y de mal humor.)

MUSICA (*que permita oír el recitado en los ovillejos.*)

REP. 1.^o—Listos, *reporteres*,
venimos á ver (*Can-*
tando.)

REP. 2.^o—si goza de buena
salud nuestro rey,

REP. 3.^o—si es amante esposo,

REP. 1.^o—si es amigo fiel,

REP. 2.^o—si mal ha dormido,

REP. 3.^o—si ha comido bien,

REP. 1.^o—si fuma tabaco,

REP. 2.^o—si toma rapé,

REP. 3.^o—si *parla italiano*,

REP. 1.^o—si sabe el *inglés*,

REP. 2.^o—si come en vigilia,

REP. 3.^o—sabroso *beefstek*,

REP. 1.^o—si juega á los naipes,

REP. 2.^o—ó juega ajedrez,

REP. 3.^o—si es muy orgulloso,

REP. 1.^o—ó es hombre de bien,

REP. 2.^o—si vino del viaje

REP. 3.^o—lo mismo que fué.

AGAMENÓN (*recitando.*)—¿Quién son esos señores, Calímaco?

CALÍMACO.—Son *reporters*, agentes de la Prensa que vienen á *entrevistaros*.

AGAMENÓN.—A *entrevis*.... qué? ¿y qué desean saber?

CALÍMACO.—Fruvolidades, tonterías, nimiedades: de eso viven.

AGAMENÓN.—Diles que se acerquen.

(*Calímaco obedece, y los periodis-*

tas se adelantan con respeto y cortesía.)

REP. 1.º (recitado)—Atento á preguntar voy...

AGAM.— Ya estoy.

REP. 2.º—Si se halla el rey fatigado,

AGAM.— ¡Cansado!...

REP. 1.º—de tan largo caminar

AGAM.— de hablar!

REP. 2.º—Si se digna contestar,

REP. 3.º—nos hará grandes mercedes.

AGAM.—Pues yo manifiesto á ustedes que estoy cansado de hablar.

REP. 1.º—El rey se siente centento?

AGAM.— Me siento.

REP. 2.º—Y torna alegre á su edén?

AGAM.— Muy bien.

REP. 3.º—¿No ha tenido sinsabores?

AGAM. (impaciente.) ¡Señores!

REP. 1.º—Vió el rey los arcos de flores que alzó el pueblo al soberano?

AGAM.—Si los vi, y estoy ufano, y me siento bien, señores.

(Se recomienda á los actores mucho cuidado en esta escena.)

REP. 1.º—¿Hará el rey un nuevo censo?

AGAM.— No pienso.

REP. 2.º—¿Proyecta alguna mejora?

AGAM.— No ahora.

REP. 3.º—¿Aumentará nuestra armada?

AGAM.— Nada!

REP. 1.º—La administración pasada dió gran impulso al progreso...

AGAM.—Pues yo, que apenas regreso, no pienso por ahora nada.

[Las pausas que debe haber en cada ovillejo, la aprovecharán los repórters en escribir precipitadamente.]

REP. 1.º—¿Qué haréis con los enemigos?

AGAM.— Amigos.

REP. 2.º—¿Quién más en Troya os sirvió?

AGAM.— Yo.

REP. 3.º—¿Y allí tomabais café?

AGAM. (enfadado.)—No sé!

REP. 1.º—Luego bien claro se ve vuestra firme decisión de no externar opinión....

AGAM.—Amigos, yo nada sé.

REP. 1.º—Si otra vez la guerra ardiera..

AGAM.— Fuera.

REP. 2.º—¿Estabais contento allí?

AGAM.— Y aquí.

REP. 3.º—¿Querrá nuestra reina veros?

AGAM.— ¡Trapaceros!

yo no sé qué responderos, que es mucha vuestra insolencia. Ya me agotáis la paciencia! fuera de aquí, majaderos!

[Al terminar esta frase, vuelve la espalda á los periodistas que se apartan.]

REP. 1.º—A los tres nos puso á raya.

REP. 2.º— ¡Vaya!...

REP. 1.º—como á despreciable grey

REP. 2.º— el rey.

REP. 3.º—No dejando translucir ni oír....

REP. 1.º—lo que con tan buenas mañas

REP. 2.º— ¡patrañas!

REP. 3.º—le preguntamos.

REP. 1.º— ¡Qué extrañas

fueron todas sus respuestas!

REP. 2.º—Yo estoy que me lleva Gestas!

REP. 3.º—¡Vaya el rey á freir castañas!

REP. 1.º, 2.º y 3.º (cantando y al retirarse.)

Con razón se enoja, si algo le acongoja á este rey cruel, pues cuentan que infiel su esposa le ha sido, y hora que ha venido no la encontrará tan buena y honrada como, hace diez años, la dejó al marchar.

Vamos á escribir, vamos á decir cuanto nos ocurra hasta que se aburra este soberano que trata tan mal; y en mil gacetillas sueltos y letrillas lo hemos de atacar, ya que no ha querido torpe y fementido con los repórters comerciar.

(Vánse.)

TELAGÓN [*aparte y recitando.*]—Pequeñeces, siempre pequeñeces! La prensa tiene también sus debilidades como cualquiera mujer. La sociedad, tiene mucho de superfluo como las alcachofas. Sino se busca en el fondo, imposible encontrar algo bueno.

Mañana dirán los diarios que el rey llegó pálido y que cenó costillas á la milanesa; en cambio se dejarán en el tintero graves asuntos de Estado, que yo me sé y por prudencia callo, y se pasarán por alto noticias de importancia, como las mercancías por las aduanas del Peloponeso.

¿Cuándo se verá el reinado del sentido común?... Hay dos cosas enteramente ciertas: los devaneos de la humanidad y los efectos del aceite de ricino. Dos cosas no he podido observar nunca: un negocio serio sin un lado ridículo, y un enfermo curado por el aceite de S. Jacobo.

ESCENA XIII.

DICHOS. UN ANCIANO.

ANCIANO.—Señor, yo soy un desgraciado viejo que tiene diez hijos, y vengo á solicitar, para mantenerlos, el auxilio de Vuestra Majestad.

AGAM.—¿Os llamáis desgraciado por qué tenéis diez hijos? ¿qué dirán aquellos á quienes los dioses no les conceden ninguno!

ANCIANO.—Pero soy pobre, señor; necesito mantenerlos, educarlos y abrirles el porvenir....

AGAM.—Vámanos á cuentas: todos tus hijos vinieron al mundo de golpe, como los comparsas en el teatro, ó les fuiste dando el ser uno por uno....?

ANCIANO.—Poquito á poco, soberrano señor.

AGAM.—Entonces ¿por qué cuando los ibas teniendo, poquito á poco, según dices, no fuiste mirando poqui-

to á poco también la manera de sostenerlos.

ANCIANO.—La fortuna me abandonaba, señor.

AGAM.—La fortuna es la deidad más calamitada de cuantas conozco. Y bien, ¿qué es lo que quieres?

ANCIANO.—Que me deis un empleo de esos que hay en el gobierno, donde se trabaje poco y se gane lo necesario. Ya veis.... á mis años...

AGAM.—Luego tú crees que el erario es Monte de piedad, y el Estado un asilo de mendigos, y la administración una casa de cuna?....

ANCIANO.—Señor....!

AGAM.—¿Cuáles son tus aptitudes? ¿qué sabes?

ANCIANO.—Soy un excelente amigo y un partidario fiel.... pero tengo mala letra.

AGAM.—Pues amigos y partidarios, fieles ó infieles, me sobran, y no me faltarán mientras tenga el panderero en la mano.

ANCIANO.—Yo creía que aprovechando esta coyuntura para....

AGAMENÓN.—Yo la aprovecho para decirte que despejes. Ya te conozco, eres de los que van al río revuelto de los cambios administrativos, para ver qué pescan. [*apártase el viejo.*]

ANCIANO [*aparte.*]

Aun tengo la lengua lista
y ya la rabia me exalta;
yo castigaré tu falta
metiéndome á periodista,
y en cualquier diario ó revista
te he de decir ¡justos cielos!
cosas que á los condenados
asusten, y á tus empleados
y á tí pondre por los suelos.

[*Vase.*]

ESCENA XIV.

DICHOS, UN SIETE-MESINO (*vestido como un lagartijo con monocle, garrrote y un libro bajo el brazo.*)

SIETE-MESINO.—[*Con timidez*] Podeloso señol: soy un poble estudiante, que pletende lecebíse de abogado.

AGAMENÓN.—Presentate á exámenes en la Academia.

SIETE-MESINO.—Yo quisiela lecebíme sin examinaline.

AGAMENÓN.—¿Cómo es eso?

SIETE-MESINO.—Pol delecto del Gobiello.

TELAGÓN.—¡Qué poca vergüenza!

AGAMENÓN.—Y tienes alguna carrera?

SIETE-MESINO.—Yo no he hecho ota calela que la de la Plaza al palque de Venus en bicicleta.

AGAMENÓN.—Y has estudiado algo, después de los preparatorios?

SIETE-MESINO.—«La Juventud de Enrique Cualto,» y «Las trece Noches de Juanita» y «Los Tles Mosquetellos»

AGAMENÓN.—Quieres ser cartero?

SIETE-MESINO.—No señol, polque eso no cuadla con el decolo de mi familia.

AGAMENÓN.—Pues tampoco honra á tu familia el que, siendo tan joven, reveles tan poca delicadeza.

(*Se va el siete-mesino.*)

ESCENA XV.

DICHOS, CONÓN Y SELENE (*que salen de palacio.*)

SELENE.—Poderoso y alto señol: la reina, mi augusta dueña, desea vivamente ver á vuestra Magestad.

CONÓN.—Los altos dignatarios de la Côte se despepitan por besar vuestras reales manos, y ofrecer sus respetos al ilustre monarca, vencedor en los campos de Troya.

AGAMENÓN.—Pronto iré, sialguien

me asegura que no hay allá postulantes importunos, viejos hipócritas ni estudiantes modorros. (*levantándose*) ¿Vamos señores?

(*Mientras se ordena la comitiva, los esclavos dicen como flechazos las frases siguientes:*)

CALÍMACO.

¡Qué rey tan bueno!

SELENE.

Tan sano!

CLEANDRO

Tan oportuno y prudente!

CÁLÍMACO.

Tan recto, tan consecuente!

SELENE.

Tan benigno y tan humano!

CLEANDRO

Tan noble y tan entendido!

SELENE.

Tan hábil y comedido!

CALÍMACO.

Tan franco!

SELENE.

Tan campechano!

CONÓN (*aparte.*)

Y la reina con descaro
y locura sin igual

lo ve como al animal

que á Europa le fué tan caro.

(*Cuando formada la comitiva se dirige á palacio, aparecen en la escalinata CLITEMNESTRA rodeada de esclavas, y EGISTO con soldados de la guardia real. El rey se adelanta á recibirlos.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, CLITEMNESTRA, EGISTO, ESCLAVAS Y SOLDADOS.

EGISTO (*arrojándose.*)—Señol, cuánto has tardado en llegar á pa-

acio para permitirme besar tus reales plantas.

AGAMENÓN (*levantando á Egisto.*)
—Levanta, Egisto, que es aquí en mis brazos donde deben estar mis leales servidores. (*Se dirige á Clitemnestra que ha quedado como en segundo término.*) Y tú, esposa mía, ven y deja que te estreche contra mi corazón. No en los himnos del poeta, no en las aclamaciones del pueblo, puedo hallar el galardón de mis hazañas; en ti, Clitemnestra, en tus brazos de amor encontraré mi gloria. (*La abraza con entusiasmo. Helena la besa.*)

CLITEMNESTRA (*con marcada frialdad.*)—Señor, tu esposa soy, y me regocijo con los triunfos tuyos y con tu gloria gozo.

EGISTO (*A Agamenón.*)—Te devuelvo, Agamenón, el poder que me entregaste al partir para las playas troyanas.

AGAMENÓN.—Gracias, mi buen vasallo y fiel amigo.

EGISTO (*Aparte.*)—(No cuesta gran trabajo engañar á estos grandes hombres de corazón noble y honrado!)

(*Después de los saludos y ceremonias de estilo, los personajes quedan en esta situación: á un lado, AGAMENÓN y CLITEMNESTRA; al otro, HELENA y MENELAO; en medio EGISTO, la masa coral, en segundo término.*)

MUSICA.

CONCERTANTE FINAL.

HELENA (*á Menelao.*)

La boca me sabe á cobre
oyendo tanta saldez
y callada! si me dejan,
hablar puedo más de un mes

MENELAO (*á Elena.*)

Ten paciencia, corderita;
me parece natural

aprender junto al monarca
la manera de mandar.

AGAMENÓN (*á Clitemnestra.*)

¡Qué ventura, Clitemnestra,
apagar mi sed de amor,
y ofrecerte de rodillas
mi rendido corazón!

CLITEMNESTRA (*á Agamenón.*)

Señor, yo soy tu esclava,
tu amante esposa soy.

(*Aparte*)

(Júpiter, manda un rayo
que extinga mi pasión.)

EGISTO (*aparte.*)

¿Qué se dirán, Dios mío?
¡oh incertidumbre atroz!
sino fuera cobarde
mataba á Agamenón.

CORO.

El rey llega ardoroso,
y henchido de pasión,
y en tanto, Clitemnestra.....
Callad, chiton, chitón!

HELENA

Deja, esposo querido,
que te hable de mi amor,
para que se te quite
de Paris la aprensión.

MENELAO.

Hazlo así, borreguita,
que tu ausencia cruel,
fué causa de que mucho
sufriera tu Menel.

AGAMENÓN.

Mátame con un beso
ardiente de pasión,
y deja que en tus ojos
halle mi gloria yo.

CLITEMNESTRA.

Señor, yo soy tu esclava,

tu amante esposa soy.
(Júpiter, manda un rayo
que extinga mi pasión.)

EGISTO.

Dichosos los que se aman!
yo esa dicha gocé;
mas al ver que me olvida,
siento mi sangre arder.

¡Quieto, corazón mío,
prudencia y calma tén!
mira que quien te vence
es su esposo y tu rey!

CORO.

El rey torna glorioso
de Troya vencedor,
y Egisto....? y Clitemnestra....?
pero chitón, chitón!

De lauros coronado
torna á sus reinos hoy,
¿y ha de ver tanta infamia?
callad, chitón, chitón!

HELENA.

Olvida de la ausencia
las penas y el dolor.

MENELAO.

Oyéndote, mi vida,
todo lo olvido yo.

AGAMENÓN.

Ven y colma mi gloria
en tus brazos de amor.

CLITEMNESTRA.

(Júpiter, manda un rayo
que extinga mi pasión.)

EGISTO.

¿He de sufrir ¡oh cielos!
verla en sus brazos? ¡Nó!
¡Quieto, corazón mío!
prudencia, corazón!

CORO.

El rey muchas coronas

en la guerra alcanzó,
sólo una le hace falta....
callad, chitón, chitón!
(Todos se dirigen á palacio, mien-
tras el coro canta la parte final.)

(TELÓN LENTO.)

ACTO II.

CUADRO 2º

Saloncito-tocador de la reina Clitemnestra en el palacio real de Argos.—Decoración elegante pero severa; puertas, unas en el fondo que comunican con el interior de palacio, otras á la derecha que conducen á las habitaciones del Rey, y otras á la izquierda que llevan á las de Egisto.

ESCENA I.

CLITEMNESTRA, SELENE, ESCLAVAS
y BAILARINAS.

Baile fantástico.

(La reina aparece rodeada de sus esclavas que la peinan y aderezan para la ceremonia que se prepara en palacio. Unas esclavas se ocupan en adornar á la reina; otras cantan con liras, y otras bailan. Al terminar la escena la colocan el manto real y á las indicaciones de la reina se retiran.)

MUSICA.

CORO.

Hija de Tíndaro,
reina gentil,
en nuestros cármenes
rosa de Abril:
que sólo el zéfiro
vague sutil
en giros rápidos
junto de tí.

Plácidas las Horas,
en su raudo vuelo,
dénle halagadoras

músicas de cielo,
y la que el Destino
les dió á tus amores,
riegue tu camino
de fragantes flores.

CLITEMNESTRA.

¡Qué triste suena
vuestra canción,
y cómo apenas
mi corazón!
para quien tanto
sufre cual yo
no tiene encanto
su dulce són.

CORO.

De Leda vástago
naciste tú,
y el padre Júpiter
te dió su luz;
por eso espléndida
la juventud
dones ofrécete
que ostentas tú.

SELENE.

¡Qué bella, que hermosa
te formó el destino!
Tu frente es la cumbre
del Eta divino;
tus cejas son arcos
del Niño crué;
tus ojos parecen
luceros dormidos,
tus labios, de besos
palpitantes nidos,
son pétalos rojos
de abierto clavel.

CORO.

Hija de Tindaro, etc.

CLITEMNESTRA.

¿Qué me importan las galas
de la hermosura á mí,
espinas punzadoras

han sido para mí!
Ay Dios! nacer hermosa
es nacer infeliz.
Ay Dios! nacer hermosa
es nacer infeliz.

SELENE.

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa!
¿Por qué, reina mía,
no ahuyenta tu gracia
la noche sombría
que enluta tu frente
con negro dolor...?

La duda abandona,
las penas aleja,
olvida tus cuitas
dolientes, y deja
que apuren tus labios
la copa de amor.

CORO.

Hija de Tindaro, etc.

CLITEMNESTRA.

¿Qué me importan las galas
de la hermosura á mí?
Ay Dios! nacer hermosa
es nacer infeliz.

CORO.

Plácidas las Horas,
en su raudo vuelo,
dén-te halagadoras
músicas de cielo,
y la que el Destino
les dió á tus amores,
riegue tu camino
de fragantes flores.

CLITEMNESTRA (*recitando*).—Basta ya: dejadme sola. Habéis concluido vuestra tarea, y podéis retiraros. Si mi corazón necesita solaz, yo os avisaré para que continuéis vuestros monótonos cantos. Apartaos. (*Las esclavas se retiran.*) Tú, Selene, dile á Helena que la necesito.

ESCENA II

CLITEMNESTRA. (*sola y agitada*)

¡Vivir y amar sin esperanza alguna
de alcanzar otra vez el bien perdido!
Flores de la ilusión que una por una
caen de la planta hermosa en que han nacido!

Fuego de la pasión que arde violento;
sonrisas y miradas que enardecen;
ansias mil del espíritu que hambriento
quiere hartura de goces que enloquecen;

dulce ensueño de dichas en que vaga
la mente en solitario devaneo;
manantial de deleites donde apaga
su sed devoradora mi deseo;

ecos de un corazón cuyo latido
escuché en amoroso desvarío;
frases en que se hallaba confundido
su tierno pensamiento con el mío;

transportes de placer con que yo, loca,
alternaba mis gratos embelesos,
y acercaban mi boca hasta su boca,
despertando sus besos con mis besos.....

Todo pasó!..... los hados desbaratan
el castillo que alzó la fantasía.....

Los nudos del cariño se desatan
y la lúgubre noche sigue al día.

Niegas, tirano Amor, á los que imploran
tus dones inefables, lo que quieren.

Si prometes ventura ¿por qué lloran?
si eres fuente de vida ¿por qué mueren?

(Pausa)

Si mi amor es criminal,
yo no lo puedo impedir
¡Qué flor ha de resistir
la furia del vendabal!.....

Dentro de mí la razón
me dice que soy del rey;
pero no acato su ley,
que es de otro mi corazón.

Oigo la voz del deber,
á seguirla me resisto,
y caigo en brazos de Egisto
como una débil mujer.

Tiene el rey, como marido
y señor, franco derecho
para arrancar de mi pecho
el corazón que ha mentido;

pero antes, con heroísmo
la muerte, vil, afrontara,
que ver que me separara
de mi adorado un abismo.

Con él siempre estar unida
es mi delirio ferviente;

ausente de él ¡nunca! ausente,
¿qué me importara la vida?.....

Quiero volver á las horas
que he disfrutado tranquilas,
mirando de sus pupilas
las luces abrasadoras.

Quiero apurar las delicias
sin fin que me producían
lo que sus labios decían
y sus amantes caricias.

Quiero sentir el encanto
de tenerlo aquí de hinojos,
retratándome en sus ojos
y bebiéndome su llanto.

Quiero verme aprisionada
entre sus arteros lazos,
y sentir que entre sus brazos
desfallezco anonadada.....

(Transición)

Perder á Egisto? eso nó!
Renunciar tanta ventura?
fuera torpeza ó locura
que no debo aceptar yo.....

(Con visible resolución)

Entre sufrir ó gozar,
entre matar ó morir,
no vacilo en elegir:
antes que morir ¡matar!

ESCENA III

CLITEMNESTRA Y HELENA (*que sale de la puerta central.*)

MÚSICA.

HELENA (*cantando*)

¿Que quieres, hermana,
qué pena cruel
te quita la gana
á tí de comer?
Si algo grave pasa
lo quiero saber;
no quiero en tu casa
secretos tener

CLITEMNESTRA (*cantando*)

Abandona tus chistes
y háblame seria,
que hay en la córte asuntos
de trascendencia.

HELENA.

Hija, no puedo
dejar mi geniecito
por más que quiero.

CLITEMNESTRA.

Por compasión, hermana,
deja la broma,
mira que quiero hablarte
de ciertas cosas;
vé que mi dicha
está muy seriamente
comprometida.

HELENA.

Hija no puedo
dejar mi geniecito
por más que quiero.

CLITEMNESTRA.

Ve que mi dicha
Está muy seriamente
comprometida.

HELENA.

Hija no puedo
dejar mi geniecito
por mas que quiero.

CLITEMNESTRA. (*á duo*)

(Qué penas el Destino
descarga sobre mí!
Ay Dios! nacer hermosa
es nacer infeliz.

HELENA. (*á duo*)

(¡Cuánta dicha los cielos
me han concedido á mí!
Ser dichosa es ser bella;
ser bella es ser feliz.)

HELENA. (*representando*)

Supe que hablarme querías,
y vine inmediatamente

CLITEMNESTRA.

Quiero ponerte al corriente
de todas las ansias mías,

HELENA.

Sepamos.

CLITEMNESTRA.

Yo soy, Helena,
la mujer más desgraciada!

HELENA.

¿Cómo, si eres tan amada
y ante tu pueblo tan buena.?

CLITEMNESTRA.

No obstante, soy infeliz.

HELENA.

Tal contraste no me explico.

CLITEMNESTRA.

Lo explicarás, si te indico
que he cometido un desliz.

HELENA (*con burla*)

Já...já...já... son tonterías.

CLITEMNESTRA.

¿Te burlas?

HELENA.

¡Qué candorosa!

CLITEMNESTRA.

Es que una falta.....

HELENA.

.....no es cosa
para tocar agonías.

CLITEMNESTRA.

No tomas en serio nada.

HELENA.

¡Tampoco es serio el asunto...!
Sé todo punto por punto.

CLITEMNESTRA.

Con que ¿ya estás enterada?

HELENA.

En palacio murmurar

es la sola ocupación;
 en cada reputación
 se halla tela que cortar
 Cualquier hecho se comenta
 y detalla con exceso;
 cuando falta algún suceso
 para hablillas, se le inventa.
 Apenas aquí llegué,
 los primeros que me hablaron
 tus enredos me contaron
 y de todo me enteré.
 No es afán de echarte eieno:
 aquí y en tierras lejanas
 pocas gentes hay sin ganas
 de aprovechar su veneno.

CLITEMNESTRA.

¡Qué empeño tienen de herir!

HELENA.

Pues no te debes quejar.
 Chica, no demos lugar,
 y no hallarán qué decir.

CLITEMNESTRA.

Mas vamos á lo importante:
 lo que me pone intranquila
 es que el rey sepa mis yerros,
 y arda Troya.

HELENA.

¡Caspitina!

CLITEMNESTRA.

Tú sabes cómo es el rey
 para administrar justicia.

HELENA.

Es hombre de pocas pulgas.

CLITEMNESTRA.

Y no tolera que digan
 nada que su honor empañe
 ó el lustre de su familia.

HELENA.

Naturalmente! Eso lo hace
 El que tenga una poquita
 de vergüenza.

CLITEMNESTRA.

Si averigua
 Agamenón, que sostengo
 relaciones poco lícitas
 con Egisto, estoy segura
 de que fiero me castiga.

HELENA.

Y qué dirán de nosotros
 en las naciones vecinas?

CLITEMNESTRA.

Yo no sé lo que dirán
 ni me importa lo que digan.
 Quiero el secreto.

HELENA.

Imposible,
 si la trama se complica.

CLITEMNESTRA.

¿Qué hacer?

HELENA.

Pensemos el medio
 de que salgas de tu cuita. (*Pausa*).
 Ya.... Se me ocurre una idea,
 de que me encargo yo misma.
 Le contaré á Menelao
 lo que pasa; seré explícita
 con él, le diré que estás
 temerosa y afligida;
 solicitaré su auxilio,
 y él, que es una alma bendita
 de Dios, tendrá que ayudarnos
 en todo....

CLITEMNESTRA, (*con expresión*).

¡Quién no te envidia!

HELENA.

....y procurará, mediando
 en esta amorosa intriga,
 sofocar del rey los celos,
 ampararte de sus iras,
 y hacer que pase por todo,
 que es lo que se necesita.
 Le diremos que proponga
 al rey que mande á la China

á Egisto, con el carácter de embajador, ó á Bolivia, y desde allí, dé al Gobierno algunas buenas noticias sobre el café ó el cacao, sobre el ramío y otras fibras.

CLITEMNESTRA.

(Las fibras del alma arrancas con las propuestas que indicas.)

HELENA.

O respecto á inmigración, que es materia importantísima y se ha puesto muy de moda, como sabes, estos días. Para hacer estos servicios, nunca faltan en política buenas razones. Así, todo el embrollo termina: el rey queda (como quede); (con tú no estarás aturdida; (*desenfado*) los cortesanos se callan; el escándalo se evita, y nada altera del reino la marcha administrativa.

CLITEMNESTRA.

Muy bien me parece todo; mas ya que eres tan benigna, procura impedir tan sólo de mi amante la partida, porque, te confieso, hermana, que si lo pierdo de vista, sufriré tanto, que alcabó apelaré á la estriquina.

HELENA.

Ten un poco de prudencia, y no andes con niñerías, ni pidas peras al olmo, ni á un musulmán ir á misa, ni á un sacerdote virtuoso que se torne en anarquista, ni á un diputado, que hable; ni á una monja capuchina, que abandone su convento por meterse de corista. Las cosas deben tomarse como el diablo las combina,

y deja tú que los dioses cuando quieran las corrijan. Nos veremos (*despidiéndose.*)

CLITEMNESTRA.

Buena suerte, mucha maña, y sé muy lista.

ESCENA IV.

CLITEMNESTRA, HELENA y EGISTO.
[*Egisto entra precipitadamente por la puerta de la izquierda; al ver que la reina no está sola, se detiene sorprendido.*]

EGISTO. — Hermosa Helena, Augusta soberana, perdonad: he venido á interrumpir las confidencias que teniais. Después de una prolongada ausencia que privaba á la Grecia toda del sol de tu hermosura, ¡oh divina reina de Esparta! mucho tendrán que comunicarse las dos hermanas, estrellas gemelas en el cielo helénico.

HELENA. — En efecto, pero no hablábamos de nosotros precisamente [*con intención*]. Que Clitemnestra te explique el tema de nuestra conversación. *A rivederci, mio caro. (Hace un saludo coqueto y gracioso y se retira.)*

ESCENA V.

MÚSICA.

CLITEMNESTRA y EGISTO, [*cantando.*]

CLITEMNESTRA (*con ira*).

¿Tienes valor, Egisto de estar en mi presencia? ¿no temes de mi pecho la cólera violenta?

EGISTO.

Permite que te diga, (*con calma*) Clitemnestra, (*ma*) que mi amor nada teme de tu ira y tu soberbia.

CLITEMNESTRA (*con encono*).

¿Porqué, entonces, no brilla

en tu mano sangrienta
el arma vengadora
que ha de cortar mis penas?
(con pasión) ¡Ah! porqué no te
esta pasión violenta, (abrasa
que ruge en mis entrañas
y mi cerebro quemal

EGISTO (con pasión.)

Si vieras con qué furia
en mis sienas golpea,
en mi seno palpita
y late en mis arterias,
muy pronto callaría
tu acusadora lengua;
pero en caso tan arduo (con cal
hay que tener prudencia. ma)

CLITEMNESTRA (con odio y frenesi.)

¡Prudencia! Eres cobarde
si la vida respetas
del que se llama esposo
de tu fiel Clitemnestra (con ren-
Di si ante la venganza, cor hon
débil, tu mano tiembla, do.)
y verás los horrores
de mi cólera ciega. (con des-
Egisto, ¡tú no me amas! pecho)

EGISTO [con entusiasmo.]

¡Tuya es mi vida entera!

CLITEMNESTRA (con amargura)

¡No me quieres, Egisto!

EGISTO (con desición.)

Manda á tu esclavo, reina!

CLITEMNESTRA (con desesperación.)

Al fin seré quien haya
de romper mis cadenas

EGISTO (con delirio.)

No será mientras brille
un puñal en mi diestra (desen-
vaina su puñal.)

GISTO Y CLITEMNESTRA

[con furia arrebatada]

En impetuoso empuje

reviente la pasión!
¡Ruge, cólera, ruge
y abrasa el corazón.

CLITEMNESTRA [á dúo:]

Jura que nada enfrena
tu brazo vengador,
al romper la cadena
que me ata á Agamenón!

EGISTO [á dúo.]

Juro que nada enfrena
mi brazo vengador,
al romper la cadena
que te ata á Agamenón!

CLITEMNESTRA (á dúo.)

Jura que con encono
del rey me has de librar,
y en las gradas del trono
la muerte ha de encontrar.

EGISTO [á dúo]

Juro que con encono
del rey te he de librar,
y en las gradas del trono
la muerte ha de encontrar.

[Se separan bruscamente, yéndo-
se ella por el fondo y él por la iz-
quierda.—MUTIS.]

CUADRO 3.º

Camarin de Helena en el mismo
palacio.—Un saloncito coqueto con
muchos amorcitos y faunos, ninfas
y bacantes, pintados en los muros y
en el techo, todo respirando volup-
tuosidad; pebeteros ardiendo con
aromas. Puertas de fondo y late-
rales.

ESCENA VI.

HELENA, SELENE Y ESCLAVAS, des-
pués TELAGÓN.

(Helena aparece muellemente re-
clinada en almohadones; las esclav-
vas en su derredor se entretienen
unas en agitar abanicos de plumas,

otras bailan al són de la música, (que sería bien tuviera cierto aire flamenco,) y todas cantan con liras, címbalos y panderos.)

MUSICA.

CORO.

Que rebozen las copas
suaves licores;
que acompañen las liras
cantos de amores.

SELENE.

Cupido es un Dios truhán
que ciego flechas dispara,
y casi nunca repara
en las heridas que dan
Cuando va de expedición,
es tanta su puntería,
que mata en la cacería
lo menos un corazón.

CORO.

Traigan vino de Chipre
porque es el bueno;
fué el primero que á Baco
le dió Sileno.

ESCLAVA 1^a

Cierto Dios [que yo me sé]
por imitar á don Juan,
se disfrazó de galán
y sedujo á Semelé
Lance tan original,
y que dió que decir tanto,
cuánto se repite, cuánta
las noches de carnava!

CORO.

Hacen los inmortales
muy malas cosas;
casi todos engañan
á sus esposas.

SELENE.

Por lograr á Europa en toro
Júpiter se disfrazó,
y á Dánae la deshonró
transformado en lluvia de oro.

Mientras esto sucedía
la pobre Juno lloraba;
si podía se vengaba,
y si nó, se comprimía.

CORO.

Si infieles son los hombres,
remedio queda
de pagarles nosotras
con tal moneda.

HELENA.

Traed una lira
que quiero cantar
la pena y los goces
que encierra el amar.

Es el amor tan libre
como las auras;
por eso ciertamente
le pintan alas;
es una abeja
que, si el aguijón clava,
la miel nos deja.

Es el amor tan libre
como los vientos
que volando recorren
los hemisferios;
es maleficio
que á los mortales hace
perder el juicio.

Es el amor tan libre
como los ríos
que á perderse en los mares
marchan tranquilos;
quien tenga un dique,
opuesto á sus crecientes,
que me lo indique.

TELAGÓN

[*que asoma por la puerta del fondo.*]

Del amor y del tifus
nadie se escapa;
á jóvenes y viejos
presto contagia;
como la *influenza*
y el sarampión son malas
sus consecuencias.

HELENA

El mal de los amores
siente mi pecho:
¿quién para esta dolencia
me da el remedio?

TELAGÓN [*desde la puerta*]

Anda, si quieres,
al Consejo y que luego
te desinfeste [*se va.*]

[*Aparece Menelao, hace indicación de que se retiren las esclavas y las bailarinas y baja al primer término cuando se le ha obedecido.*]

ESCENA VII.

HELENA Y MENELAO.

MENELAO [*con cariño y mimo*]

¿Cantabas, tortolita mía? Bien; ocúpate de eso, mientras por las otras cámaras de palacio se canta la palinodia.

HELENA.—¿Porqué lo dices?

MENELAO.—Porque circulan rumores... versiones... que me han puesto de punta los cabellos.

HEL.—¿Te han contado algo?

MENEL.—Sí; que mi cuñadita Clitemestra no se porta muy correctamente que digamos. Se dice que Egisto goza de la real privanza de su soberana, priva al rey de lo que le corresponde, y á nosotros de la tranquilidad que merecemos. ¿Qué piensas tú de eso? ¿no te asombras?

HEL.—Por desgracia, nada exageran los que así murmuran: todo es enteramente cierto.

MENEL.—¿Zambonba! Y cómo diablos se las van á componer los amantes, si sabe Agamenón todas esas trapizondas?

HEL.—Se había pensado en que tu exploraras discretamente el ánimo del rey, y, si algo sospecha, mediaras con tu poderoso influjo sobre él, para que no suceda una catástrofe.

MENEL (*con salamería.*)—Mira, cordera: jamás he sabido negarte

nada de lo que me pides; pero tratándose de domar á un sujeto tan celoso y arisco, como mi real hermano, nunca tentaré recursos para calmar su indignación. ¿Quién se mete en tales llos? A qué salir de Guatemala para entrar en Guatepeor? Vale más que veamos la borrasca desde la costa. Yo te lo aconsejo, gata bonita.

HEL.—Pero ¿vamos á guardar una actitud indiferente, cuando en ello se interesan personas de nuestra gusta familia?

MENEL.—No te alteres, cándida paloma! Yo no tengo la culpa de lo que acontece. Deja al mundo rodar, y piensa tú, de toda preferencia, en el número uno, en el *yo* personal, consubstancial é inmanente. ¡Lo mismo hacen todos!

HEL.—Pero, es preciso tomar una determinación....

MENEL.—Lo que voy á tomar ahora, es un *lunch*, porque, según los síntomas que experimento, debo tener hambre.

Después no habrá otra cosa que tomar sino *las de Villadiego*, pues estos intríngulis me parecen demasiado serios.

HEL.—De modo que te lavas las manos?....

MENEL.—Por supuesto que me las lavo y voy á hacerlo luego, porque se las he dado á unos empleados públicos que no las tienen muy limpias.

HEL.—Adiós, hombre ingrato (*finjiendo enojo.*)

MENEL.—Y mellamas ingrato, después de las pruebas que te he dado. No faltaba más! Olé salero. (*Le manda un beso con la punta de los dedos en actitud de irse.*)

ESCENA VIII.

DICHOS Y AGAMENÓN (*que penetra de modo violento sin fijarse en nada*)

da. Viene ya en traje de casa, desnuda la cabeza.)

AGAM.—¡Imposible! esto es luchar con lo imposible! Ni puedo librar-me de la inmensa pesadumbre de ser rey, ni sacudir el molesto yugo de tanto solicitante impertinente. Pero, nó: no es sólo este cúmulo de negocios que me abruma y este desbordamiento de solicitudes que me aturden, lo que me tiene desesperado y violento; hay algo en cuanto me rodea que lastima mi corazón; algo que siento y no alcanzo á definir. (*Queda pensativo, recorre con la mirada el salón y nota que no está solo.*) Ah, ¿estabais ahí? Perdonad; llegué tan bruscamente, que no había notado vuestra presencia. (*Con animación.*) Los negocios del reino, la administración pública, los asuntos que pesan desde esta mañana sobre mi cabeza fatigada... todo me hace estar así... como distraído y confuso....

MENEL.—Sí, chico, ya veo que estás un poquito desequilibrado y al verte así, yo pienso y me pregunto ¿qué mala mosca le habrá picado, al buen Agamenón?

AGAM.—Si sintieras la espinita que tengo clavada en mitad del corazón....

MENEL.—Niñerías, hermano! ¿quién se fija en pequeñeces? Te dejamos, Agamenon, para que reflexiones en la felicidad que te rodea. (*Aparte y al retirarse.*) ¡No me llega la camisa al cuerpo! Voy á ver si todo está listo para la ceremonia del besamanos.

HELE. (*A Menelao.*)—Sí, remonono, vámonos, porque no me gustan los hombres que hablan solos! ¡Maldita la confianza que mi cuñado me inspira! (*Vanse Hel. y Menel.*)

ESCENA IX.

AGAMENÓN (*solo.*)

MUSICA *imitativa* (MELOPEA.)

¡Ser, ó no ser!..... Fatídico ¡roblema

(*Levanta los dos índices extendidos á la altura de la cabeza, y los baja convulsivamente.*)

que me azota con furia el pensamiento, que me tortura, y en el alma enciende todos los resplandores del infierno! Ser, ó no ser! (*mismo movimiento*) dilema pavo-
(rosa)

que me deslumbra con fulgor siniestro, y miro escrito en los callados muros de mi obscuro aposento.

¿Quién ¡oh dolor! la punzadora duda puso cruel en mi amoroso seno?

¿Por qué me muerde con terrible saña la sierpe envenenada de los celos?..... (*Pausa.*)

Hace un momento que era mi existencia de paz y bendición; hace un momento que mi alma confiada recibía auras de amor y besos de los cielos; y hora la duda, la tremenda duda clava en mi corazón su diente negro, y me ofrece traiciones y perfidias, y sombras y miserias sólo veo.....

Mientras más lo medito, con espanto, en mis lucubraciones más me enredo, y lo más inocente me parece,

que lleva oculto matador veneno. ¿No fué leal la sumisión de Egisto?

¿No fué de amor de Clitemnestra el beso, y brotó la pasión de nuestros ojos, como chispa de hierro contra hierro?.....

Entonces ¿por qué todos en palacio esquivan contestar, cuando yo quiero hablar de mi mujer, y tomar nota de su conducta en el hogar doméstico?

¿Por qué no está mi esposa idolatrada, derretida de amor? por qué no encuentro á Egisto, el fiel amigo, aunque lo busco de palacio en los sitios más secretos?

¿Por qué sonrisas bondadosas miro, y miradas sarcásticas sorprendo, y me parece que del rey se burlan, y hacen del hombre escarnio y vilipendio?.....

¡Inútil batallar! fuera más fácil de la llama católica el misterio descubrir, encontrar un submarino, ó llegar á la luna en tren directo, que hallar una salida decorosa á las cavilaciones en que brego. (*Pausa.*) Aparta, aparta, víbora maldita, déjame en paz, serpiente de los celos, ó dadme luz para alumbrar la sombra, y mirar cara á cara á los espectros

.....

No quiero ser ¡gran Dios! cual Menelao,
blando, paciente, cariñoso y bueno;
no quiero andar en lenguas por el mundo,
con la nota infamante de *cordero*:
antes que ser marido *calzonazos*,
¡qué me traguén las ondas del averño!

(*Se sienta profundamente abatido, apretándose la cabeza con las manos.*)

ESCENA X.

AGAMENÓN, CONÓN Y CALÍMACO,
(*entrando precipitadamente.*)

CONÓN.—Con cuánto afán hemos
buscado á Vuestra Magestad!

CALÍM.—Nuestro augusto soberano
se nos había perdido, como las
cartas que se depositaban en las es-
tafetás, antes de la guerra de Troya.

AGAM. (*saliendo de su abatimiento.*)—¡Cuidado con las indirectas Ca-
límaco!

CALÍM.—Pórdéneme vuestra gran-
deza; pero yo creo que los emplea-
dos más fieles son los que dicen la
verdad, *claris verbis*.

AGAM.—Agradezco tu lealtad, pe-
ro sin los latínajos que soltaste.

CONÓN.—Excusadme esos latines,
en vista de que son los únicos que
aprendí durante mis estudios pre-
paratorios.

AGAM.—Bien. (*como saliendo de su
abstracción.*) ¿A qué venis?

CONÓN.—Venimos á avisaros que
se acerca la hora de la recepción y
de la audiencia solemne. Los patios,
las antecámaras y las galerías, es-
tán invadidas por los asistentes.

CALÍM.—El pueblo se agolpa en
las avenidas de palacio, y quiere en-
trar en el regio alcázar. Los guar-
dianes impiden el paso, y dan cada
julepe. . . .

AGAM.—Ordenad que se deje libre
entrada á todos.

CONÓN.—Vuestras órdenes serán
cumplidas.

AGAM.—(*consultando el reloj.*)
Diantre! las doce van á dar y ya se

acerca la augusta ceremonia. Va-
liente humor que tengo yo para los
tales belenes de besa-manos y ca-
ravanas. Resignación y adelante.
(*Vánse por el fondo.*)

MUTIS.

CUADRO 4º.

*Sala del trono en el palacio. Ga-
lerías que desembocan en la sala á
uno y otro lado: en el fondo el tro-
no resplandeciente para los reyes.
Estátuas y bronces; mueblería de lu-
jo y de la época, si es posible.*

ESCENA XI.

DOS CRIADOS y luego TELAGÓN.

(*Al levantarse el telón, los criados
concluyen la tarea de sacudir las
estátuas, los muebles, etc., y arre-
glar la sala.*)

CRIADO 1º

¿Acabamos?

CRIADO 2º

Ya acabamos!

CRIADO 1º

Nuestro cargo no merece (*lamentándose.*)
el ruín sueldo que ganamos (*en ademán de
irse.*)

TELAGÓN (*con ira y sin capa.*)

Entre buena gente estamos

y mi capa no parece!

El joven casto José

dizque su capa dejó;

no pierdo la mía yo,

que bien cara la pagué.

Me quejaré al Inspector

general de Policía,

y armaré una algarabía

que no haya habido peor.

Confiado en la gente honrada

que á palacio debe entrar,

pude mi manto olvidar

en la antesala dorada,

y bien me fué ¡por mi mal!
pues á verlo no volví....
¡Por Caco! estamos aquí
como en camino real.

(Los criados, al oír las últimas frases del Doctor, se retiran sonriéndose maliciosamente de él.)

ESCENA XII.

TELAGÓN.—No; mi situación es insostenible y no la soportaría una semana más. Hace dos años que ando de Ceca en Meca con el rey Agamenón, y mis buenos servicios sólo me han valido tres cargos concejiles y algún diploma honorífico, pero sin nada positivo que es lo que más conforta....

¿Por qué se infatuarán los poderosos hasta el extremo de creer que sus empleados y servidores se darán por bien correspondidos con una simple expresión de reconocimiento, ó con el «muchas gracias» que damos hasta al que nos presta el fuego para encender un puro?.... ¿Y así quieren tener fieles amigos y partidarios leales?.... ¡Disparate mayúsculo! La fidelidad va siendo una palabra de mucho bulto y poco peso, ni más ni menos que si fuese de corcho. ¿Y la gratitud? ¡Pobrecita! No es otra cosa que un vale al portador que no se paga nunca.... Apenas he llegado aquí, los palaciegos me han hablado de sus enfermedades crónicas, ¡como si yo pudiera curar la adulación y el servilismo! Todos me han pedido remedios, y he repartido más gránulos que arenas tiene la playa; pero.... ¡ninguno me ha pagado la consulta! Por el gallo de Esculapio!..... Yo soy para los demás un hombre notable; me alaban, me respetan mucho; pero nadie me dice «tome vd. ese par de pesos para que se compre un termómetro clínico....» ¿Acaso estudié yo para andar prodigan-

do como limosnas mis conocimientos? ¡Reniego del día en que estudié el primer libro de anatomía!—¿A qué afanarme más? ¿Para ser un ignorante siempre, y un pobre de solemnidad? ¡Hipócrates me dé paciencia! ¿Por qué no puse yo una casa de empeño, una cantina, ó me dediqué á negocios de terrenos baldíos, tan prósperos en Grecia....? ¡La Gloria! Para qué la quiero si no es más que un bombo póstumo? ¡La Ciencia! Toda se reduce á tres ó cuatro verdades y algunas suposiciones, de buen sabor, pero indigestas como las pastillas de goma.... Nada: trabajar, estudiar, encanecer sobre los libros y los cadáveres.... para ser una especie de lacayo de confianza.... y para que ¡cualquier ratero aproveche mis distracciones de sabio!.... Pero, señor, ¿ni en el mismo palacio del rey está la propiedad asegurada....? Dos cosas crecen de un modo asombroso, la criminalidad y el eucalipto. Dos cosas no se curan fácilmente: el egoísmo y la epilepsia. La sociedad en que vivo y yo, andamos siempre á la greña como los partidos políticos, y en completo desacuerdo, como los relojes públicos..... Desgraciadamente, [con sentimiento] nada es más puntual que el hambre y el recibo del casero. No pudiendo avenirme ni con los reyes ni con las cocineras, me marché al infierno, para ver si encuentro allí con quién entenderme. No buscaré el cianuro porque cuesta; me tiraré gratis de la catedral abajo (con profundo desconsuelo). Aquí tienen ustedes á un hombre desgraciado! Arguyo muy altos méritos; gozo envidiable fama; poseo vasta ilustración; cuento sesenta años cumplidos, y.... ¡no tengo una peseta!

ESCENA XIII.

AGAMENÓN, TELAGÓN, CALÍMACO Y

CONÓN. *Séquito del rey.*

(Al penetrar el rey ya con manto real, y sus acompañantes por la galería de la derecha, Telagón se confunde con el séquito como ocultándose á las miradas de Agamenón.)

AGAMENÓN.

Gracias á Dios que despojados hallo estos vastos salones y no encuentro ni importunas visitas, ni enviados de los explotadores de proyectos, ni necias comisiones que me asaltan con torpe adulación, ni pedigüenios.

CONÓN.

Previendo vuestro gusto, con presteza los he mandado á todos á paseo.

TELAGÓN (*aparte*).

(No abre la boca este servil esclavo sin ejercer oficios de barbero.)

AGAMENÓN.

Escúchame, Conón: ve y dile á Egisto, alcaide digno del alcázar regio, que es hora de empezar la ceremonia; que el trono he de ocupar de mis abuelos, y cuando las argivas majestades bajo el solio se ofrezcan á su pueblo, deje libre la entrada, y se presente con una compañía de alabarderos

(Váse Conón.)

Tú, Calímaco, dile á Clitemnestra, (cuando haya dado su permiso regio) que en amor derretido y con decoro, desde esta sala sus chapines beso, que venga pronto: con amantes brazos y en las gradas del trono aquí la espero.

(Váse Calímaco.)

ESCENA XIV.

AGAMENÓN, TELAGÓN, luego CLEAN-
DRO. (*Séquito del rey.*)

(Comienzan á entrar los cortesanos, que van haciendo profundas

reverencias ante su Majestad y se forman ordenadamente. La MUSICA toca muy piano la marcha triunfal del primer acto. CLEANDRO se desliza y se acerca cautelosamente al rey.)

AGAMENÓN, (*saludando á los que entran.*)

Bien venidos seáis, augustos próceres de la nobleza y altos magisterios; salud, dignos ministros de la ciencia; salud, mis empinados académicos.

CLEANDRO (*aparte*).

(Que mal rayo me parta si no logro acabar con la fiesta en un momento.)
(á Agamenón)

Tomad, señor, (*dándole un papel*)
(*aparte*) ¡Ahora que arda Troya!
y se lo lleve todo Cancerbero.

¡Gracias á Dios que sacio mi venganza!
Al fin pude librarme de ese pérfido de Egisto y su crueldad, que me humillaba con fiera mano y ademán soberbio.

Como no quiero que me alcance nada del turbión que ha de ser de los infiernos, me escurro luego, y abro mi paraguas, por librarme siquiera del aguacero (*se va.*)

AGAMENÓN (*leyendo*).

«Si en amores eres listo
abre los ojos ahora;
¡por Cristo, señor, por Cristo,
no confies en Egisto
cuidate de tu señora!
Los dos armaron su diestra,
del rencor con el puñal;
te odia Egisto, y Clitemnestra
te aborrece. . . ¡qué siniestra
será la escena final!»

AGAMENÓN (*con reconcentrada ira*).

Abrete pronto, abismo tenebroso,
prepara ya tus fauces, hondo averno,
que á lavar esta mancha de ignominia,
no bastarán las aguas del Leteo.

ESCENA XV.

DICHOS, HELENA Y MENELAO, des-
pués EGISTO Y CLITEMNESTRA.

(La MUSICA sigue tocando pianísimo. Helena y Menelao se adelan-

an con su séquito de esclavas, y ocupan lugar principal, después de oír murmullos de aprobación.)

MENELAO.

¿Qué pasa, qué hay, hermano, que conmueves á la reunión con destemplados ecos?

HELENA.

¿Qué sucede, señor,? por qué te miro hacer, como payaso, horribles gestos?

AGAMENÓN.

¡Apartad, apartad! Es que el Vesubio, el Etna y el Jorullo, en mi cerebro van á hacer erupción; ya sus rugidos siento estallar y su feroz estruendo; ya los siento agitarse con la furia que Júpiter les presta ó el infierno,

MENELAO Y HELENA.

¿Pero qué pasa Agamenón querido?

AGAMENÓN.

Muy pronto lo veréis! Llegó el supremo momento de arrancar los antifaces y de alumbrar arcanos y misterios. Conoceréis las sierpes que abrigaba benigno y confiado aquí en mi seno; sabréis de Egisto la traición infame, y de mi esposa el deshonor tremendo; sabréis, cómo se pagan los amores.....

(El rey frenético y desesperado se dirige á una galería de la izquierda, y en ese momento se presenta EGISTO, con la espada desenvainada y exclama con rabia.)

EGISTO.

¡Aparta, Agamenón, ó te atravieso!
(Espantado el rey y con asombro, retrocede, se dirige á la galería contigua, y allí al ver á la reina quiere sacar la espada; ella, al hablar lo que el diálogo indica, lo hiere de muerte con un puñal. El rey se aparta moribundo y va á espirar en las gradas del trono. Todo este movimiento escénico, muy rápido, de modo que se comprenda que para

todos ha sido una sorpresa. En el momento de ser herido Agamenón, la MÚSICA suena fuerte y calla luego)

AGAMENÓN,

Es cierto! ¡Ma'dición! A la perjura...

CLITEMNESTRA *(hiriendo)*

Mi postrera caricia....

AGAMENÓN *(agonizante)*

¡Gracias, cielos!

Antes que ser...marido...cal...zo...na...zos,
se abren...á mí...las..puer...tas...del..a..ver..no;
(muere)

ESCENA XVI

DICHOS *menos* AGAMENÓN *[ya muerto]*

HELENA.

¡Qué sorpresa!

TELAGÓN.

¡Qué horror!

MENELAO.

¡Qué gran desgracia!

EGISTO.

¡Respira, corazón!

CLITEMNESTRA *(á Egisto)*

Ya eres el dueño único de mi amor y mi albedrío.

EGISTO *[á Clitemnestra]*

Gracias mi vida, mi ilusión! Ya puedo publicar con orgullo ante las gentes que las delicias de tu amor merezco.

CLITEMNESTRA.

Calla, por Dios!

HELENA.

No salgo de mi asombro!
¿Quién había de creer que Clitemnestra

fúera la triste causa de que luego
tuviera que ir de riguroso luto,
á bailes, á tertulias y paseos.....?

MENELAO.

Señores, no os turbéis, en este trance
Exclamad "¡viva el rey!" si el rey ha muerto.

TELAGÓN.

Para cuándo, señor, guardas tus rayos,
en qué ocasión, ¡oh Júpiter soberbio!
enseñarás al hombre los caminos
de guardar el decoro y el respeto.....?

*(Los personajes quedan así: He-
lena y Menelao, á la derecha; Egis-
to y Clitemnestra, á la izquierda;
Telagón, en medio, primer término;
en segundo término la masa coral;
sin ocultar la vista del trono.)*

MUSICA.

CONCERTANTE FINAL.

HELENA.

¡Qué gran sorpresa preparó
mi buena hermana por final!

MENELAO.

Nunca creí, ¡válgame Dios!
un desenlace tan fatal.

CLITEMNESTRA.

Ya somos libres, dulce a mor,
por la virtud de mi puñal.

EGISTO.

Ya estás en calma, corazón;
puedes tus alas desplegar.

TELAGÓN.

¡Qué desvergüenza! Da rubor
tales miserias presenciar;
con su contagio matador
toda la córte enferma está.

CORO.

El rey ha muerto ¡qué dolor!
porque no pudo soportar
de su mujer, ¡horror, horror!
las impudencias sin igual.

HELENA. *(cómico)*

Voy á llorarte, Agamenón.!

MENELAO. *(cómico)*

¡Cuánto tu muerte hace sufrir!

CLITEMNESTRA.

Quiéreme siempre con pasión!

EGISTO.

Te he de adorar hasta morir!

TELAGÓN.

¡Cuándo querrá nuestro Señor
su luz al hombre conceder!

CORO.

El rey ha muerto ¡qué dolor!
por amar tanto á su mujer,
que nunca supo ¡horror, horror!
tanto cariño merecer.

(CAE EL TELÓN)

FIN DEL DISPARATE.

SOBRE EL OCEANO.



LIBRETO PREMIADO EN EL CONCURSO DE «EL MUNDO.»

SOBRE EL
OCEANO

Zarzuela en ocho cuadros, tres actos y en verso,

POR

Manuel Larrañaga Portugal.



MEXICO.

IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»

Segunda de las Damas número 4.

1896.



PERSONAJES

Doña Isabel de Zanabria, 20 años.	Don Alvaro de Osorio, 30 años.
Doña Juana, 50.	Fray Tomás Domínguez, 50 años.
Doña Ana García y Fuentes, 40.	Atila, páje, 20 años.
Don Alonso de Zanabria, Alférez Real, 40 años.	Ferruco, criado, 25 años.
El Conde de Taboada y Lozada, Gobernador, 50 años.	Damas.—Caballeros.—Alguaciles.—Escuderos.—Alabarderos.—Marineros y pueblo.

—SIGLO XVII.—

La acción en la Península de Yucatán.

Era entonces Virrey de la Nueva España Don Diego Mendoza y Pimentel, Marqués de Gálvez. Año de 1621, cuando se juró al nuevo Rey de España é Indias, Felipe IV.



SOBRE EL OCEANO.

ACTO I.

Despacho del Alférez Real, muebles de la época, puertas practicables.

ESCENA I.

DON ALONSO DE ZANABRIA, ALFEREZ
REAL, FRAY TOMÁS DOMINGUEZ
Y CABALLEROS.

CORO.

Del rey Felipe cuarto
La jura al fin se hará,
Que viva Nueva España
Viva el Alférez real.

Al trono de Castilla
Sube Su Majestad,
Con el aplauso todo
Del pueblo más leal.

Que Dios al rey otorgue
Siempre felicidad,
Que viva Nueva España,
¡Viva el Alférez Real!

DON ALONSO

Felipe cuarto
Por nuestra dicha,
Sube hoy al solio
Para reinar.

Y á su mandato,
Nobles señores,
Quedo en mi puesto
De Alférez real.

Desde la corte
De Nueva España,
Solemne jura
Mandan hacer,
Y nuestras fiestas
En la Provincia,
Que son solemnes
Sabrá el Virrey.

Y habrá parejas,
Cañas, sarao,
Tedéum y justas,
Donde el valor,
Luzca sus hechos,
Y obtenga lauros,
Premios y palmas,
El vencedor.

CORO.

Del Rey Felipe cuarto
La jura al fin se hará,
Que viva Nueva España
¡Viva el Alférez Real!

DON ALONSO.

(Recitado.)

Ha terminado la junta,

Y en el alma os agradezco
Que hayais asistido todos
Sin demora al llamamiento.

Hijos-dalgos, al monarca
Pleito homenaje rindiendo,
Nuestros gloriosos pendones
Por el Rey levantaremos.

Que es justicia en tales casos
Y en tan grandiosos sucesos,
En públicos regocijos
Dar al alma esparcimiento.

FRAY TOMÁS.

Y alabar como cristianos,
Y bendecir como buenos,
Al que dispensa mercedes
Tan altas, desde los cielos.

DON ALONSO.

Así pués, Felipe el Grande,
Y su Virrey de estos pueblos,
Por vasallos fidelisimos
Os estiman, caballeros.

Y sin tratar de otro asunto,
Que otro alguno hay en acuerdo;
Podeis partir al instante,
Que por hoy ya no os molesto.

CORO.

Del Rey Felipe cuarto
La jura al fin se hará,
Que viva Nueva España,
¡Viva el Alférez Real.

(*vánse.*)

ESCENA II.

FRAY TOMÁS.

De suerte, señor Alférez,
Que todo está terminado,

DON ALONSO.

No sin fatiga y quehaceres.
¡Buen trabajo me ha costado
Unir tantos pareceres!

Quién el sarao con mañas
Quiere imponer á su gusto,

Otro que se corran cañas,
Y el que esto estima patrañas,
Un torneo encuentra justo.

Por la fiesta religiosa
Optan los serios y graves;
La juventud bulliciosa
Por lo profano, y airosa
Sale con bandera y naves.

FRAY TOMÁS.

Mas el Tedeum

DON ALOLSO.

lo habrá.
A todos daré contento.

FRAY TOMÁS.

Así está bien,

DON ALONSO.

Así está,
Ahora al tresillo.....

FRAY TOMÁS.

hora es ya,
Y á la queda, á mi Convento.

(*Salen.*)

ESCENA III.

FERRUCCO.

Ya se han marchado, se han ido,
Estoy por ello contento,
¡Cómo pesa el aislamiento
Y el estar aquí metido!

Yo que soy todo alegría,
Yo que soy una sonaja,
Y que tengo yo una maja,
Que es luz, y sol, y es el día!

Los viejos en el tresillo
Hasta que suene la queda,
Y el Aya el rosario enreda,
Y yo voy de tapadillo.

Á Don Alvaro que espera,
Aviso lo que aquí pasa,
Y mientras él viene á casa,
Yo bebo y canto allá fuera.

La joven y el caballero
De amor entonan el canto,
Y yo mis duelos espanto
Con guitarra y habanero,
Y canto, cantar me alegra,
El licor me vuelve listo,
Y está probado, ante un pisto,
Huye la pena más negra!

MUSICA.

No hay en el alma pena que dure,
Memoria triste,
Fatal dolor,
Si á la cabeza suben alegres
Los mil vapores
De algún licor.

El vino está hecho de sangre joven,
Uvas bermejas,
Rayos de sol,
Por eso risas pone en los labios,
Y en las arterias
Vierte calor.

El que lo bebe, gozando sueña
Con una eterna
Felicidad.

Y en el maréo que le produce,
Ve que sus penas
Se van, se van.

Bien haya el vino que es la alegría,
Sagrado néctar,
Supremo bien,
Cuando las copas chocan, su ritmo
Es argentina
Voz de placer.

No hay en el alma pena que dure,
Memoria triste,
Fatal dolor,
Si á la cabeza suben alegres
Los mil vapores
De algún licor!

(Recitado.)

Ahora á dar el aviso
Que el doncel aguarda ansioso,
Luego al vino generoso,
Y á beber y á darme viso.

(Váse.)

ESCENA IV.

DOÑA JUANA.

No os entreguéis á las penas
Mi señora, los dolores
Pasan presto, cuando apenas
Se está en las horas serenas
De los primeros albores.

De la vida en la mañana,
El dolor es una nube
Que llega y pasa liviana,
Y que en rocios desgrana
El sol que en Oriente sube.

Vos sois rica, sois hermosa,
De alto y muy noble abolengo.
¿Por qué os encuentro llorosa?
Yo juzgo que sois dichosa,
No es verdad que razón tengo?

DOÑA ISABEL.

¿O biera serlo sin duda,
Mas dime, Juana, no es cierto
Que no hay quien la suerte eluda
Ni existe pena más ruda
Que la de un ensueño muerto?

DOÑA JUANA.

Y os aqueja?

DOÑA ISABEL.

En mi camino
Golpe que hiere y que mata.

DOÑA JUANA.

Me dais miedo, no adivino....

DOÑA ISABEL.

Pues oye y dí si el destino
No mis dichas desbarata.

MUSICA.

Mi padre, el caballero
Más recto y más severo
De cuantos pueda haber,
Contra mi amor, injusta
Su voluntad Augusta
Me impone como ley.

Y exige á mi obediencia,

Que acepte mi conciencia
Y acepte el corazón,
Fortuna, nombre y mano
Que un noble cortesano
Me ofrece con amor.

¿Cómo es, ignoro,
Más todo el oro

Que pueda haber,
Su alta nobleza,
Su gentileza,

Su gallardía,
Yo no la cambio por mi pasión,
Por los ensueños del alma mía,
Por el que ha herido mi corazón.

Mi padre con premura,
Exige que en la Jura
Que se prepara ya,
A los altares llegue,
Y que al doncel entregue
Mi fé sin vacilar.

Mi fé, que es de otro amado,
Del ser idolatrado
A quien mi amor ya dí
Con el que siempre unida,
Pasar quiero la vida
Y atar mi porvenir.

Yo á el sólo adoro,
Y todo el oro

Que pueda haber,
Por su nobleza,
Su gentileza,

Su gallardía,
Yo no lo cambio, que es mi pasión,
Y es el cariño del alma mía,
Y él sólo llena mi corazón!

DOÑA JUANA.

(Recitado.)

Comprendo vuestro quebranto,
Y vuestra pena comprendo,

DOÑA ISABEL.

Ya ves si merece llanto
Dolor que lastima tanto
Corazón que está muriendo.

DOÑA JUANA.

Y os casaréis?

DOÑA ISABEL.

Quien lo sabe!

DOÑA JUANA.

¡Si vuestro padre se empeña
Por lograrlo, hasta que acabe!

DOÑA ISABEL.

Cuando alas tiene ya el ave
No cualquiera se la adueña.

DOÑA JUANA.

¿Alas? . . . que pensais hacer?

DOÑA ISABEL.

Contra la suerte luchar
Y allí morir ó vencer!
Soy fuerte, si soy! soy mujer!

(Con entusiasmo)

Dime si podré triunfar!

(Suenan guitarras afuera)

DOÑA JUANA.

Ois? Música en la plaza.

DOÑA ISABEL.

Es Don Alvaro sin duda,

DOÑA JUANA.

(Se acercan al balcón)

El, que por vos se solaza.
Y no teme á la amenaza
De que vuestro padre acuda.

DOÑA ISABEL.

Mal hace en turbar así
La quietud que tanto anhelo.

DOÑA JUANA.

Más que música! yo aquí
No había escuchado otra, si
Es como canto del cielo.

CORO AFUERA.

No hay en los dominios
Del Rey español,
Igual hermosura
Ni mayor primor,
Que la noble dama
Que es en nuestro cielo
Como nuevo sol.

Bella y pudorosa
Como la princesa
Que habitó en Teruel,
Reina entre las bellas,
¡Qué viva Isabel!

DON ALVARO.

En la dura reja
Que guarda á mi amor,
Tengo presa el alma,
Preso el corazón.
Y van los suspiros
Que te mando yo
A decirte ¡oh bella!
Toda mi pasión.
Si amo yo la noche
De limpio zafir,
Es que sus estrellas
Hablánme de tí,
Y si amo del día
La pompa gentil,
Es porque te miro,
Como sol lucir.

CORO.

No hay en los dominios
Del Rey Español,
Igual hermosura
Ni mayor primor.
Que la noble dama
Que es en nuestro cielo
Como nuevo sol.
Bella y pudorosa
Como la princesa
Que habitó en Teruel,
Reina entre las bellas,
¡Qué viva Isabel!

DOÑA ISABEL.

Como me enloquece
la bella canción.

DOÑA JUANA.

Que galán y noble
es el trovador,

DOÑA ISABEL.

En sus dulces notas
mi alma se llevó

DOÑA JUANA.

Si aplaudir pudiera!

DOÑA ISABEL.

¡Como le amo yo!

DON ALVARO.

De tu dulce sueño
Niña vuelve ya,
Con una mirada
Premia mi cantar.
Si al amor que siento
El tuyo es igual,
El alma en un beso
Me puedes mandar.

CORO.

No hay en los dominios
Del Rey Español,
Igual hermosura
Ni mayor primor.
Que la noble dama
Que es en nuestro cielo
Como nuevo sol.
Bella y pudorosa
Como la princesa
Que habitó en Teruel,
Reina entre las bellas,
¡Que viva Isabel!

ESCENA V.

DICHOS, DON ALONSO, FRAY DOMINGUEZ, y después FERRUCO.

DON ALONSO.

(*Recitado.*)
¿Qué hacéis aquí y á tal hora
Cuando hay música en la calle?
(*Doña Isabel y Doña Juana vuelven al procenio.*)

DOÑA JUANA.

Yo estaba con mi señora.

DON ALONSO.

(*á Isabel*)

Usted hable, y usted calle (*á Juana.*)

DOÑA ISABEL.

Yo escuchaba, á qué negarlo,
Esa alegre serenata,

DON ALONSO.

Y era á vos? á averiguarlo
Voy, y si de vos se trata!...

FRAY TOMÁS.

Deben ser mozos que rondan
Y al pasar se detuvieron,

DON ALONSO.

Pues por sus cantos respondan
Si aquí cantarlos quisieron.

FRAY TOMÁS.

Advertid que es gente moza
Que se divierte y se aleja!

DON ALONSO.

Pues nadie se burla y goza
De mi casa ante la réja.

*(Llamando.)*FERRUCO *(entrando y aparte)**(La tempestad se levanta.)*DON ALONSO *(á Ferruco)*

¿Qué tropa de majaderos
Es la que en la plaza canta?

FERRUCO.

Es ronda de caballeros.

DON ALONSO

Caballeros! gentes viles
Que escandalizan en junto,
Avisa á mis alguaciles
Que se presenten al punto.

FERRUCO.

(A Don Alvaro doy parte
Y quién la tormenta espera?) *(véase.)*

DON ALONSO.

Isabel, marcha á acostarte.
Fray Tomás, aguardad fuera! *(salen
Isabel y Fray Tomás.)*

CORO.—De alguaciles.

Somos los alguaciles
De la Ciudad,
Y hacemos del Gobierno
La voluntad.

Andamos calles

Aquí y allá,

Como fantasmas

Nos ven cruzar:

Y al vernos dicen

¿Qué pasará?

Esos corchetes

A dónde irán?

Sumisos y obedientes

Venimos hasta aquí,

Qué hacer debemos ahora,

A todos ya decid.

DON ALONSO

En silencio y á la plaza
Marchad sin dilación
Y escarmentad á palos
La ronda que cantó.

Que no quede esta noche.

En toda la Ciudad,

Guitarra ni pandero,

Ni voz que ose cantar.

Y si hay quien se propase

Y escucho una canción,

Los huesos uno á uno,

Os quiebro, por quien soy.

CORO.

Somos los alguaciles
De la Ciudad,
Y hacemos del Gobierno
La voluntad.

Andamos calles

Aquí y allá,

Como fantasmas

Nos ven cruzar.

Y al vernos dicen

Qué pasará?

Esos corchetes
A dónde irán?
Sumisos y obedientes
Venimos hasta aquí
Qué hacer debemos ahora,
Sabemos ya por fin. (*Salen.*)

CUADRO 2º

Decoración de calle á obscuras (primer término)

ESCENA VI.

DON ALVARO Y ATILIO.

DON ALVARO.

Te ha dicho que aquí esperara?

ATILIO.

Tal dijo, que tiene nuevas
Importantes que deciros.

DON ALVARO.

Mucho tarda.

ATILIO.

A quien espera
Le parece el tiempo largo.

DON ALVARO.

Nunca la noche mas lenta
Me pareció, por mi vida!

ATILIO.

Y á mi ninguna mas negra!

DON ALVARO.

Si á lo menos tras la ronda,
Se asomara hoy á la reja.....

ATILIO.

Juzgo que tales canciones
Nos han cerrado las puertas.

DON ALVARO.

Y á mis amigos has dicho
Que estén cercanos y alerta?

ATILIO.

En la sombra cobijados,
Y pensando en trovas nuevas,
Al extremo de la plaza
Por vuestro llamado esperan.

DON ALVARO.

Está bien, vijila siempre
Y aléjate, alguien se acerca.

(*Vase Atilio*)

ESCENA VII

(DICHYO Y FERRUCCO.)

DON ALVARO.

Quién vá?

FERRUCCO.

Ferruco señor,
Ferruco que vió el furor
Que los cantos han causado
Al Alferez, que indignado
Maldice contra el cantor.
De que acaben con la fiesta
Dió á los Alguaciles orden,
La música le molesta
Y dice que es esta orquesta
Un motivo de desorden.

DON ALVARO.

Y Doña Ysabel?

FERRUCCO.

Adusto
Mandó que se recogiera.

DON ALVARO.

Del Alferez contra el gusto
Habré de cantar.

FERRUCCO.

Es justo!

DON ALVARO.

Que él gruña, yo canto afuera

Guarda pues estos doblones
Y di á Isabel que me espere,
Y que si tanto me quiere,
Para escuchar mis canciones
Salga á oirme á sus balcones.

FERRUCO.

(Lo que se espera es terrible
Más él ama y es valiente) *[vase]*

DON ALVARO.

Ya verán si es invencible
Don Alvaro, y si es posible
Que cante cuando lo intente.
(váse.)

CUADRO 3.º

La plaza sumida en sombras, á la derecha
balcón practicable.

DOÑA ISABEL, DON ÁLVARO, ATI-
LIO, CABALLEROS, DESPUÉS LOS AL-
GUACILES.

*[Al pie del balcón Don Alvaro, en
aquel Doña Isabel]*

DON ALVARO.

Lo arrostro todo por vos
Y á todo estoy decidido.

DOÑA ISABEL.

Sois galán como no hay dos,
Pero vivid advertido;
Mi padre que ha escuchado
La serenata, está alerta

DON ALVARO.

Todos duermen sin cuidado
Y está cerrada la puerta,
Además, espada al cinto
Traigo y valor y fortuna,
Estoy fuera del recinto
Que habitais, y cosa alguna
Temer puede mi osadía
Me amais?

DOÑA ISABEL.

Con pasión inmensa

DON ALVARO.

Pues si es así vida mía,
Quien en los peligros piensa?
Cantaré porque en la calle
Soy tan libre como el viento,
Y no habrá poder que acalle
De la rondalla el acento.

*(El coro de caballeros que ha per-
manecido en el fondo se adelanta.)*

CORO.

No hay en los dominios
Del Rey Español
Igual hermosura
Ni mayor primor.
Que la noble dama
Que es en nuestro cielo
Como nuevo sol.
Bella y pudorosa
Como la princesa
Que habitó en Teruel
Reina entre las bellas
¡Qué viva Isabel!

DON ALVARO.

[Recitado.]

Qué os parece?

DOÑA ISABEL.

Que alguien viene,
Hasta luego,

DON ALVARO

Hasta mañana.

DOÑA ISABEL.

Tener templanza os conviene.

DON ALVARO.

No temais, mi castellana.

ALGUACIL 1.º *(A D. Alvaro.)*

No hay permiso de canciones
En horas tan avanzadas,

DON ALVARO.

Si no hay permiso lo tomo,
Y lo tomo á cuchilladas.

ALGUACIL 1.º

Que altanero es el cantor
Por sus palabras infiero,

DON ALVARO.

Sepa el corchete que soy
No cantor, si caballero.

ALGUACIL 1.º

Ordenes ya recibi
Y os exijo despejar.

DON ALVARO.

Pues ni nos vamos de aquí,
Ni dejamos de cantar.

Intenta seguir la serenata.

(SE BATEN Y BAJA EL TELÓN.)

Fin del primer acto.

ACTO II.

Sala con un gran cuadro de un cristo,
sillas, mesas etc. puertas practicables y balcón.

ESCENA I.

DOÑA ANA.

Tened valor y firmeza
Y secad ya vuestro llanto,
Hablad con toda franqueza,
Y aguardad: ¡Dios puede tanto!

DOÑA ISABEL.

Hablar á callar prefiero,
Mas mi padre á todo trance
Habrá de decir: lo quiero,
Y no saldré yo del lance.
Habladle vos, iracible,
A mí no me ha de escuchar,
Decidle que es imposible
Que yo me pueda casar,
Que no puedo amar á un hombre
Que no ha hablado á mi pasión,
Que yo sólo, sé su nombre,
No lo sabe el corazón!

¡Ah! decidle por piedad,

Que si quiere iré á un convento,
Que lo haga por caridad
Ya que no por sentimiento!
Que oponerme me da enojos,
Pero en ello va mi calma,
Que dé á mi cuerpo cerrojos
Pero libre deje mi alma!

DOÑA ANA.

Ya le he hablado, Isabel mía,
Soy su cuñada y atiende
Lo que digo, mas porfía
Y hoy la razón no comprende.
Dice que dió su palabra
Dé casaros con Cervantes....

DOÑA ISABEL.

Y mi desdicha así labra?
Pues bien, moriré yo antes!

ESCENA II.

DICHOS Y JUANA.

DOÑA JUANA.

Mi señora, vuestro padre
Para hablaros, á esta sala
Viene (pensad en Don Alvaro
Y tened valor y calma.) *(aparte á Isabel)*

DOÑA ANA.

Os dejamos, allá adentro
A Dios con una plegaria
Rogaremos que os ampare
Dandóos la dicha que os falta.

DOÑA ISABEL.

Gracias, pedid que me escuche
Y que mi pobre esperanza
Se realice, de vencerlo
En tan terrible batalla.

(á Juana)

(mandaste avisar á Osorio?)

DOÑA JUANA.

[Ferruco llevó la carta]

DOÑA ISABEL.

[Que sepa su amor salvarme!]

DOÑA ANA.

Vamos?

DOÑA JUANA.

Pase mi Doña Ana.

[salen.]

MUSICA.

DOÑA ISABEL.

Mi pensamiento se va tras él
Mi amor le sigue por donde vá,
Y habré de serle constante y fiel
Porque adorando su alma me dá.
Que yo le olvide no puede ser,
Yo en el aliento, y el vive en mí,
Que en las pasiones y en el querer
Las almas viven juntas así.
Suya por siempre me hizo el amor,
Mío por siempre también será,
Vengan las luchas, venga el dolor,
Mi amor de todo me salvará.
Alvaro mío, mi eterno bien,
Sueño de mi alma, rayo de luz,
Tendré en tus brazos mi dulce edén
si cual te quiero me quieres tú.

ESCENA III.

DON ALONSO.

Os mandé aviso.

DOÑA ISABEL.

Aguardaba.

DON ALONSO.

Tengo qué hablaros en serio
De asunto que no es misterio.

DOÑA ISABEL.

Tratar ya de él anhelaba.

DON ALONSO.

Tanto mejor, la obediencia

Es gran virtud, y prepara
Los asuntos y no es rara
En vos y en mí la paciencia!

Mas, hablemos del asunto.
Sabéis que tengo empeñada
Por vos, promesa sagradá.
Y á esto voy, punto por punto.

De Don Leonel de Cervantes,
El mayorazgo, un famoso
Caballero y valeroso
y galante entre galantes,

Solicitó vuestra mano
Que yo le di, porque anhelo
Que esposa seáis ante el cielo
De tan noble cortesano.

Los poderes de Cervantes
Tengo para desposaros,
Y espero habréis de mostraros
Obediente como antes.

Afirmada esa aventura
Con boda que tal me halaga,
Quiero que el enlace se haga
Hoy, en el dia de la jura.

DOÑA ISABEL.

Padre mío, no se revela
Mi obediencia, es que combate
Mi corazón cuando late,
Y es mi alma, que libre vuela.

Decid al río ondulante
Que no camine de frente,
Y que eche atrás la corriente
De la onda que va adelante;

A la nube pasajera
Que vá tendiendo su manto,
Que no se deshaga en llanto
fecundando la pradera;

A la nieve, que no cuaje
Sobre la empinada cumbre;
Decid al sol que no alumbre,
Y no dé sombra al bosque;

Al ave que vuela ufana
Que no cante sus amores,
Que no perfumen las flores,
Y no brille la mañana.

Que no corra más el viento,
Que el alud no se despeñe,
Y que no viva y no sueñe
En el cráneo el pensamiento.

Y si llega esa ocasión,

Podéis decir, padre mio,
Que entregue yó mi albedrio
A quien no di el corazón!

DON ALONSO.

De suerte que os oponéis
Al enlace que propongo?

DOÑA ISABEL.

Padre mio, ya sabéis
Las razones que yo espongo.

DON ALONSO.

Y os rebeláis!

DOÑA ISABEL.

Lo queréis,

DON ALONSO.

Sois mi hija, y mi autoridad
Se acepta sin discusión,

DOÑA ISABEL.

Mas juzgo no haya razon
De matar mi corazón,
Y romper mi libertad.

DON ALONSO.

Vuestro espíritu ha cambiado
Y os aconsejan sin duda.

DOÑA ISABEL.

Nadie consejos me ha dado,
Mi amor es el que me escuda.

DON ALONSO.

Pensadlo bien,

DOÑA ISABEL.

lo he pensado,

DON ALONSO.

Me enoja tal rebeldía,
Quien soy mirad cuando menos.

DOÑA ISABEL.

Ved que la culpa no es mía
Me pedís.....

DON ALONSO. (*Con enojo.*)

Lo que debía
Imponeros con estremos.
Os destino por marido
Caballero rico y noble;
Estoy ya comprometido.

DOÑA ISABEL.

Mas, padre, estad advertido
Que mi compromiso es doble,
Mi corazón me retiene
Cerca de quien amo yo,
Y en la lucha que mantiene,
En mi ayuda el alma viene
Y el alma dice.... que nó!

DON ALONSO.

Pues se hará porque lo ordeno
Y está todo preparado.

DOÑA ISABEL.

Menos yo,

DON ALONSO.

Poned un freno
A esa altivéz que condeno.
Por hoy, hemos terminado. [*yéndose*]

DOÑA ISABEL.

No diálogos disgustantes (*dete-
niéndole.*)

Habrà más entre los dos,
Me sacrificio yo antes.

DON ALONSO.

Os casáis, pues, con Cervantes?

DOÑA ISABEL.

Nó, me casaré con Dios! (*señalándo
el Cristo.*)

MUSICA.

DUO.

DOÑA ISABEL.

Nunca creí que mi ilusión
Fuera tau presto à fenecer,

DON ALONSO.

Nunca creí pudiera haber
Mas singular obstinación.

DOÑA ISABEL.

Por mi firmeza va á decir
Mi amado siempre que le amé.

DON ALONSO.

Al pretendiente qué diré?
Cómo en la Corte van á reír!

DOÑA ISABEL.

Padre mío, al convento yo iré,
Tu palabra yo así salvaré.

DON ALONSO.

Reflexiona, que cese tu afán,
Ya la paz y la calma vendrán.
(*A la par.*)

DOÑA ISABEL.

Nunca creí que mi ilusión
Fuera tan presto á fenecer,

DON ALONSO.

Nunca creí pudiera haber
Más singular obstinación.

DOÑA ISABEL.

Por mi firmeza va á decir
Mi amado siempre que le amé,

DON ALONSO.

Al pretendiente qué diré?
Cómo en la corte van á reír!

(*Alferez véase.*)

ESCENA IV.

ISABEL, DOÑA ANA Y JUANA.

DOÑA ANA.

¿Y qué habéis logrado?

DOÑA ISABEL.

Nada,

Mas tengo la idea fija

De ir á un convento, á lo menos
Allí podré estar tranquila.

DOÑA JUANA.

A un convento? qué desgracia!

DOÑA ANA

Renunciar así á la vida.

DOÑA ISABEL.

Mejor con Dios, y no muerta
Con un hombre, estando viva!

DOÑA JUANA.

Don Alvaro quizá logre....

DOÑA ANA.

Dice bien, tal vez consiga
Convencer á vuestro padre.

DOÑA ISABEL.

No lo he logrado yo misma!

DOÑA ANA.

Aguardemos, Dios lo puede.

DOÑA ISABEL.

En Dios mi esperanza fia

DOÑA JUANA.

Aquí llega ya Ferruco,

DOÑA ISABEL.

De hablarle tengo ya prisal

ESCENA V.

DICHO Y FERRUCO.

FERRUCO (*agitado.*)

Estad con Dios, mi señora,
La carta está ya entregada,
En propia mano fué dada
Y en verdad que á buena hora.
Le encontré cuando salla,
Se detuvo, la leyó,
Y vi en su semblante yo
La pena que le movía.

DOÑA ISABEL.

Y te dijo algo?

FERRUCO.

A mí nada,

Pero exclamó contrariado
Llevando la mano al lado
De donde cuelga la espada:
«Hoy sabrá la ciudad toda
Cómo un galán se comporta,
Y cómo al querer, se corta
Enlace que no acomoda.»

DOÑA ISABEL.

Dios mío, y qué intentará?

DOÑA ANA.

Dejadlo hacer, sin recelo,

DOÑA JUANA.

Y no le cortéis el vuelo,

FERRUCO.

Que si él quiere, volará.

DOÑA ANA.

Los sucesos aguardemos,

DOÑA ISABEL.

Ellos mi ansiedad mantienen,

FERRUCO.

Los caballeros ya vienen (*llegándose a la puerta.*)

DOÑA ISABEL.

Doña Ana, ¿vamos?

DOÑA ANA.

Entremos.

(*Salen.*)

CORO de caballeros.

Por el Alférez venimos ya,
Solemne jura vamos á hacer,
El clero aguarda, y el pueblo está
Con entusiasmos y con placer.

Empavesada

Y engalanada

La Catedral.

Van los maceros

Y alabarderos
En marcha real.

La gente avanza,
Vitores lanza,
Y aguarda al fin.

Que la memoria
De tanta gloria
Llene de este al otro confin.

Por el Alférez venimos ya,
Solemne jura vamos á hacer,
El clero aguarda y el pueblo está
Con entusiasmos y con placer.

DON ALONSO. (*Saliendo.*)

Caballeros aguardaba,
Podemos partir,

Nos esperan las fiestas
Marchemos de aquí
Que el goce hoy inunde
Nuestro corazón,

Y suenen los vivas
Del Rey en honor.

CORO.

Empavesada
Y engalanada
La catedral,
Van los maceros
Y alabarderos
En marcha real.

La gente avanza,
Vitores lanza,
Y aguarda al fin,
Que la memoria
De tanta gloria
Llene de este al otro confin.

DON ALONSO.

Marchemos, pues,
Sin dilación,
Que el goce inunde
El corazón.

CORO.

Por el alférez venimos ya,
Solemne jura vamos á hacer
El clero aguarda y el pueblo está
Con entusiasmo y con placer,
Empavesada

Y engalanada
 La catedral,
 Van los maceros
 Y alabarderos
 En marcha real.
 La gente avanza,
 Vitores lanza,
 Y aguarda al fin,
 Que la memoria
 De tanta gloria
 Llene de este al otro confin. (*Salen*)

ESCENA VI.

FERRUCO, LUEGO DON ALVARO.

FERRUCO.

A la jura se han marchado,
 Don Alvaro por lo visto
 Que esperando está en la plaza
 Vendrá como lo ha ofrecido.

Por no hacer que mi señora
 Se opusiera, no la he dicho
 Que Don Alvaro á sus brazos
 Viene á consolarla. A listo

No ha de ganarme ninguno.
 Cuando el entre, yo la aviso.
 Y por si vuelve el alferez,
 Desde la puerta vigilo.

DON ALVARO. (*Entrando.*)

Entré sin que alguien me viera,

FERRUCO.

Señor, prudencia y buen tino,

DON ALVARO.

Avisa y que venga sola,

FERRUCO.

Para esto basta un testigo.

(*Sale por la derecha.*)

DON ALVARO.

Como el corazón me late!
 Y como ante ella rendido,
 Siento que el valor me falta
 Hoy que el valor necesito.

ESCENA VII.

DICIO, ISABEL Y FERRUCO, ESTESE
 COLOCA Á LA PUERTA DE ENTRADA

DOÑA ISABEL.

Alvaro!

DON ALVARO.

¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

¡Qué osado!

DON ALVARO.

Nunca al amor osadia,
 Esperanza y valentía,
 Doña Isabel, le han faltado.

FERRUCO.

(Estoy ya mortificado (*aparte*)
 De presenciar este lance)

DOÑA ISABEL.

En comprometido trance
 Me pone vuestra pasión.

DON ALVARO.

De ella espera el corazón
 Que el perdón vuestro me alcance.

DOÑA ISABEL.

Comprometéis mi buen nombre
 Y esto amedrenta á mi alma.

DON ALVARO.

Yo no puedo ver con calma
 Que os quieran dar á otro hombre
 Y faltara á mi renombre
 E indigno de amaros fuera,
 Si tal boda permitiera.

DOÑA ISABEL.

Y qué pensáis? os lo ruego,

DON ALVARO.

Hablar al Alferez luego,

DOÑA ISABEL.

Vana empresa se os espera.

DON ALVARO.

Pues he de lograr mi intento
ó conmigo os casaréis,
aunque no quiera, veréis
que sé hacer un escarmiento.

DOÑA ISABEL.

Con mi padre?

DON ALVARO.

Dais termento

En vano al alma, distantes
Mañana y siempre y como antes,
De él mis brios yo tendré.
A la Corte partiré
Para matar á Cervantes!

No sabéis ya que mi vida
No la comprendo sin vos,
Y que el cielo, de los dos
Dejó la existencia unida?

Y que es loca la partida
De separar lo que ha atado
El amor, y está enlazado
Como el llanto y el dolor,
Como la luz y el fulgor,
Como el sér al sér amado?

Si os amo y de la pasión
Las alas quemó ya el fuego,
Si rendido, mudo, ciego,
Perdí ya mi corazón,

Si estoy en una prisión
Que amor formó con sus lazos,
Y tengo el alma en pedazos
De tanto y tanto adorar,
Cómo podré yo dejar
Que os arranquen de mis brazos!

MUSICA.

DON ALVARO.

Dulces cadenas

A vos me ataron,
Todas mis penas

Se acrecentaron
Con este amor,

Y ante esas aras
Os dí, bien mio,

Con mi albedrío
Mi corazón;

Mi fé, mi espada,
Mis pensamientos

La paz lograda,
Sangre y alientos,
Os entregué.
Tenéis la historia
De mis amores.
Mi nombre y gloria,
Mis castas flores
Os consagré.

DOÑA ISABEL.

Por vos la vida
Dichas me ofrece,
Mi alma vencida
Que amar ofrece
Hasta morir.

A vos os sigue
Como la sombra,
Siempre os persigue,
Ya siempre os nombra
Con frenesí.

De amor los lazos
También me ataron,
Y á vuestros brazos
Mi alma llevaron
Fé y voluntad,

Sin vos no quiero
Vida ni honores,
Con vos prefiero
Llanto, dolores,
Sin vos no quiero felicidad.

DON AVARO.

Siempre constante te amaré,

DOÑA ISABEL.

Fiel y constante también seré,

DON ALVARO.

Tú eres la vida del corazón,

DOÑA ISABEL.

Tú la esperanza de mi pasión.

(A la par)

DON ALVARO.

Dulces cadenas
A voz me ataron,
Todas mis penas
Se acrecentaron
con este amor.
Y ante esas aras

Os di bien mío,
 Con mi albedrío
 mi corazón.
 Mi fé mi espada,
 Mis pensamientos,
 La paz lograda,
 Sangre y alientos
 os entregué.
 Tenéis la historia
 De mis amores
 Mi nombre y gloria,
 Mis castas flores,
 os consagré.

DOÑA ISABEL.

Por voz la vida
 Dichas me ofrece,
 Mi alma vencida
 Que amar ofrece
 hasta morir.
 A vos os sigue
 Como la sombra,
 Siempre os persigue
 Ya siempre os nombra
 con frenesí
 De amor los lazos
 Tambièn me ataron,
 Y á vuestros brazos
 Mi alma llevaron
 fe y voluntad.
 Sin vos no quiero
 Vida ni honores,
 Con vos prefiero
 Llanto, dolores,
 Sin vos no quiero felicidad.

ESCENA VIII.

FERRUCCO.

El Alférez! *(con ansiedad)*

DOÑA ISABEL.

Dios sea loado!

Vuestra vida!

DON ALVARO.

A vuestro lado
 No teme por su fortuna.

FERRUCCO.

(Vaya una vuelta importuna)

DON ALVARO.

Tal lance.....

DOÑA ISABEL.

Quien supusiera

ALVARO.

En la justa os podré ver?

DOÑA ISABEL.

Iré por vos

ALVARO.

Para hacer
 Mi empresa, decid qué falda
 Llevaréis...

ISABEL.

Será oro y gualda

FERRUCCO.

Dn. Alvaro, fuera, fuera *(gritando)*
 Mi autoridad bien escasa
 No quiere que estéis en casa!
 (con énfasis.)

DON ALONSO. *(entrando.)*

(al criado) Bien!

(á don Alvaro) Caballero ó villano

DON ALVARO.

(Oh cielos tened mi mano)

DON ALONSO.

Qué hacéis? quién os dió la entrada?
 (Lleva mano á su acero)

DON ALVARO.

Tened la voz y la espada

DON ALONSO.

Isabel *(duro tormento)*
 Idos á vuestro aposento. *(Isabel sale)*

Ferruco, vigila fuera.

FERRUCCO.

(Cosa mejor no quisiera) *(váse)*

DON ALONSO.

Al fin solos estaremos,
 Decid qué buscáis?

DON ALVARO.

hablemos

DON ALONSO.

Hablar? y creéis lo consienta
y que acalle tanta afrenta?

DON ALVARO.

Señor Alférez, requiero
Su atención, soy caballero.

DON ALONSO.

No de tal puede gloriarse
Quien osa en mi casa entrarse.

DON ALVARO.

Que entré de día y por la puerta
Quiero el Alférez advierta.

DON ALONSO.

Mas diga ya su osadía
Siquiera por hidalguía.

DON ALVARO.

De hacerlo tiempo no ha dado.
Por eso de ello no he hablado.]

DON ALONSO.

Pues explíquese, que ahora
No puedo usar de demora.

DON ALVARO.

Mi alto linaje proclamo,
A Doña Isabel yo amo
Y noble y rico os la pido.

DON ALONSO.

Le he destinado marido (*con al-
tívez*)

DON ALVARO.

Lo sé, mas ni á ella ni á mí
Nos place un enlace así.

DON ALONSO.

Y quién sois para evitarlo?

DON ALVARO.

Quién? el que puede estorbarlo
Con un derecho supremo:
El de mi amor.

DON ALONSO.

Tal extremo
Ya tolerar no acomoda.

DON ALVARO.

Pues prescindid de esa boda
Que ha de labrar su desgracia.

DON ALONSO.

Vuestra altívez no se sacia,
Y recordad donde estáis
Parace que lo olvidáis?

DON ALVARO.

En vuestra casa, lo sé.
Mas ved señor que imploré
Como bueno y como hidalgo,
Por quien soy, por lo que valgo.

DON ALONSO.

Basta y sobra caballero.
Que no necesito, infiero,
Advertencia ni consejo.

DON ALVARO.

No tal, un joven á un viejo
No alecciona en experiencia;
Mas puede pedir clemencia
Y que nunca Osorio, ved,
Solicitó una merced.
Vuestra razón no comprende
Que ni se dá ni se vende
Cosa alguna sin ser nuestra,
Y que Isabel ya no es vuestra?

DON ALONSO.

Qué no es mía? y así le escucho!
El galán se atreve á mucho.

DON ALVARO.

Se atreve á decir verdad
Por que ella por voluntad
Me ha dado con su pasión
Alma, vida y corazón.

DON ALONSO.

Mas no la he entregado yó
Que es quien puede decir nó.

DON ALVARO.

Iré al Virrey, él oirá
La queja y me amparará.

DON ALONSO.

Aquí no impera la ley,
Por que en mi casa soy Rey.
Y el diálogo entre los dos
Termine, si os la da Dios,
Con él no podré luchar
Pero yo... no os la he de dar!

MUSICA.

DON ALVARO.

Es inflexible mas yo podré
Tanta firmeza pór fin vencer.

DON ALONSO.

Hacerla esposa de este doncel
Primero muerta quiero á Isabel.

DON ALVARO.

Que si Dios me la da
A mi cariño dice el Alférez
No se opondrá,
El juramento voy á exijir
Y aguardar puedo
Mi porvenir.

DON ALONSO.

(Por su fé y su valor,
Temer ya me hace
Tan firme amor.
Es atrevido este galán,
Si sus astucias
Me vencerán?)

DON ALVARO.

Vuestra palabra
Reclamo yo,
Y ante la imagen
Del Salvador.
Por vuestra hija
Por su virtud,
De vuestra espada
Sobre la cruz,
Juradme luego,
Mi esposa fiel
Si Dios lo quiere
Será Isabel
Si me la entrega
Mia será,
Señor Alférez,
Jurad, jurad!

DON ALONSO.

Lo dije y cumplo
Lo que ofrecí,
Ante ese Cristo

Lo juro aqui, (*jurando sobre la
cruz de la espada*)

Si Dios lo quiere
Será Isabel
Esposa vuestra,
Si os la da El.

DON ALVARO.

Que si Dios me la dá (*á la par*)
A mi cariño dice el Alférez.

No se opondrá.
El juramento ya le exiji
Y aguardar puedo
mi porvenir.

DON ALONSO.

Por su fé y su valor
etc. etc.

DON ALVARO.

Habéis jurado! [*Recitado*]

DON ALONSO.

Juré.

DON ALVARO.

Pues en Dios tengo yo fé,
Y habrá de dárme la, cuándo?
Quién sabe, mas esperando
Hora que no ha de tardar,
Os lo habré de recordar.

DON ALONSO.

Pues emplazados quedamos,
Y como ya terminamos
Que me abandonéis os ruego,
Por que la justa, ya luego
Comienza y han de venir
Los convidados.

DON ALVARO.

Partir
Debo también que ya es tarde

DON ALONSO.

Con Dios id.

DON ALVARO.

Que Dios os guarde.
(*Vanse*)

CUADRO 2º

Salón, el telón de fondo abierto con un gran arco al nivel de la plaza, la cual se ve desde allí. Cuado la escena lo requiera el pueblo y los caballeros del torneo, á caballo.

ESCENA IX.

ISABEL, CON TRAJE NEGRO Y AMARILLO; DOÑA ANA Y JUANA, EL ALFÉREZ, FRAY DOMÍNGUEZ, CABALLEROS Y DAMAS, LUEGO EL GOBERNADOR.

CORO DE CABALLEROS.

Lo mas selecto de la Ciudad
Cita se ha dado para venir,
Damas hermosas se hallan aquí,
¡Tanta belleza no tiene igual!

CORO DE DAMAS.

La justa es del valor
La fiesta singular,
Sólo la lid de amor
La puede superar.

DON ALONSO.

Nobles damas,
Caballeros

Que honrais mi casa así,
Del juego
De las cañas
Gozad, gozad aquí.

COROS.

La fiesta va á empezar,
La fiesta del valor,
Que ya llega á este sitio
Nuestro Gobernador

(El Gobernador entrando)

GOBERNADOR.

Salud, salud á todos.

COROS.

Salud, que seais feliz,
De todos los presentes
Las gracias recibid.

DON ALONSO.

A mi casa

Bien venido
Sea el Gobernador.

GOBERNADOR.

Así ser recibido
Placer me da y honor,
Salud, salud á todos.

COROS.

Salud que seais feliz,
De todos los presentes
Las gracias recibid.

GOBERNADOR.

Fuí tambien joven
Y en los torneos
Mil ocaciones
Pude luchar,
Y con mis brios
Y con mis brazos,
Llegué cien lauros
A conquistar.

Más de una dama
Que por sus gracias
Fuera un primor,
Vió de laureles
Que coronaba
Su firme amor.

COROS.

La justa es del valor
La fiesta singular,
Sólo la lid de amor
La puede superar.

GOBERNADOR.

[Recitado]

Nunca ví mas alegría
Ni he visto mejores fiestas.

DON ALONSO

Regocijado está el pueblo
Por que al monarca celebra.

FRAY TOMÁS.

El Tedeum fué soberbio,
Y la oratoria suprema!

GOBERNADOR.

Y el torneo por lo visto
También brillante se espera.

Vamos, la jura solemne
Resultó, y ha sido buena
De la Ciudad la alegría.

DON ALONSO.

Que el monarca que hoy se sienta
De España en el alto trono
Gozando ventura eterna
Largos años nos gobierne.

FRAY TOMÁS.

Que Dios le guarde.

GOBERNADOR.

Así sea.
Cuando el gran Felipe cuarto,
Príncipe de Asturias era,
Y en Madrid tuve la dicha
De besar su augusta diestra,
Ni suponer pud entonces
Que más tarde así pudiera
Contemplar de gusto lleno
De su exaltación la fiesta.

DON ALONSO.

Y la veis.

GOBERNADOR.

Al fin la miro,
Mas la justa no comienza?

FRAY TOMÁS.

Ya los caballeros pasan [*yendo
todos al balcón*]
Y las cuadrillas se acercan.

DON ALONSO.

Allí va Guillen Montejo,
Y Ruiz de Ayuso, á la izquierda.

GOBERNADOR.

Ya se embisten!

FRAY TOMÁS.

El de Argaiz,
Ved con que pericia brega.

CORO DE PUEBLO. (*afuera*)

Vivan los caballeros,
Vivan, bravo, á la lid,
Por cañas sus aceros
Trocaron para herir.

Darán palmas y honores
Al que luchó mejor,
Veremos de los bravos
Quien sale vencedor.

DON ALONSO.

(*Recitado.*)

¿Quién es aquel del tordillo,
Que viste de negro, y lleva
Color de oro banda y plumas,
El de afollados de seda?

FRAY TOMÁS.

Cuál, el de brillante adarga?

GOBERNADOR.

Aquel que airoso se acerca.

DOÑA ISABEL (*á Ana*)

(Escuchad, de Alvaro dicen)

DOÑA ANA (*á Isabel*)

(Dejad que hablen lo que quieran)

FRAY TOMÁS.

Es Don Alvaro de Osorio.

GOBERNADOR.

Audaz cual pocos en Mérida.

DON ALONSO.

(Por qué en él me habré fijado?)

GOBERNADOR.

Y ved ¿qué dice en su empresa?

FRAY TOMÁS.

No distingo bien.

GOBERNADOR.

Ahora.

FRAY TOMÁS.

No logro ver.

GOBERNADOR.

Ya se acerca.

FRAY TOMÁS.

Dice... "Dios me la dará"

DON ALONSO. (*Con rabia*)
Por Cristo!

GOBERNADOR (*á Don Alonso*)

Qué os pasa?

DON ALONSO.

Torcí una pierna.

CORO DE PUEBLO (*afuera*)

Vivan los caballeros,
Vivan, bravo, á la lid,
Por cañas sus aceros
Trocaron para herir.

Darán palmas y honores
Al que luce mejor,
Veremos de los bravos
Quién sale vencedor.

(*Toque de heraldos y se oyen
aplausos y rumor*)

Que den palmas y honores
Al que luchó mejor;
Don Alvaro ha salido
De todos vencedor.

FRAY TOMÁS.

(*Recitado*)

Pues ha vencido el de Osorio!

GOBERNADOR.

Para premiar su destreza
Ordenad señor Alférez
Que aquí Don Alvaro venga.

DON ALONSO.

Vendrá (terrible destino)

DOÑA ISABEL

(*En mi cuerpo el alma tiembla*)

GOBERNADOR.

Justo es, que ante hermosas damas
Corone el valor que muestra.

COROS.

Vivan los caballeros,
Vivan, bravo, á la lid,
Por cañas sus aceros,
Trocaron para herir.
Que den palmas y honores
Al que luchó mejor,
Don Alvaro ha salido
De todos vencedor!

ESCENA X.

DICHOS Y DON ALVARO.
(*Concertante final.*)

DON ALVARO.

Fuí vencedor,
Y mi laurel
Por una dama
Conquisté.

GOBERNADOR.

Por el valor
En esta lid,
Con regocijo
Os premio aquí.

DON ALONSO.

(*De mi soberbia*
Sin igual,
Siento la cóiera
Estallar.)

DON ALVARO.

Como á una dama
He de ofrecer
Esta victoria
Que logré,
Rendido deojo,
Y á vuestros pies,
Todos mis lauros
Doña Isabel.

DOÑA ISABEL.

Como es costumbre
En la ocasión,
¡Oh caballero,
En cambio os doy,
Por justo premio
Para el valor,
Esta lozana
Fragante flor.

[*Los coros de dentro y fuera se
unen al concertante y cae el telón.*]

Fin del Acto II.

ACTO III.

Despacho del Alférez Real.—El Alférez, Fray Tomás.

CUADRO 1.º

ESCENA I.

ALFÉREZ.

Preciso es poner remedio
A mayor mal, y en mi casa
No debe Isabel más tiempo
Permanecer.

FRAY TOMÁS.

Arriesgada
Es la decisión.

ALFÉREZ.

No hay otra.
Pues temo, padre, á la audacia
De Don Alvaro de Osorio,
Y así mi nombre se salva.

FRAY TOMÁS.

Y la enviaréis?

ALFÉREZ.

Sin demora,
La acompañará Doña Ana,
Y yo luego á la Metrópoli
Voy á dejarla casada.
Con rumbo á la Vera Cruz
Y de paso desde España,
Al terminar esta tarde
Sale la nao «Alianza.»
En ella debe embarcarse.

FRAY TOMÁS.

Que Dios se sirva llevarla.

ALFÉREZ.

Rogad que bien todo sea,

FRAY TOMÁS.

Mi bendición la acompaña,
Mas Isabel?

ALFÉRES.

Se resigna,
Y llora y suspiros lanza,
Pero habrá de conformarse;
Que á su edad, los duelos pasan.

FRAY TOMÁS.

Señor Alférez, ignoro
Por qué motivo y qué causa,
Me parece que vuestra hija
Con Cervantes no se casa.
(Con incredulidad.)

ALFÉREZ.

Será de ver tal suceso,

FRAY TOMÁS.

Será de ver.

ALFÉREZ.

Poco falta
Para que el viaje se emprenda
Al puerto, y la hora se avanza.
Fray Tomás, adentro paso
Para escribir una carta
Y vuelvo.

FRAY TOMÁS.

Cuando lo quiera
Mi Alférez, está en su casa.
(Sale el Alférez)

ESCENA II.

DOÑA ISABEL.

Padre, hablaros necesito,

FRAY TOMÁS.

Doña Isabel, vuestro soy,

DOÑA ISABEL.

Mi dolor es infinito.
¿Sabéis padre que me voy?

FRAY TOMÁS.

Lo se, más por qué os aflije?

DOÑA ISABEL.

Por que al que adoro dejar
 qui debo, y se me exige
 un sacrificio al llegar.

FRAY TOMÁS.

Vuestro enlace con Cervantes?

DOÑA ISABEL.

Con él, y tengo miedo,
 hablád á mi padre antes
 decidle que no puedo!
 que no puedo consentir
 que ahogue mi pasión
 que yo no puedo partir
 dejando mi corazón.

FRAY TOMÁS.

Marchad con toda obediencia,
 por conseguir no podremos
 irgo, y durante la ausencia
 yo hablaré, y ya veremos.

DOÑA ISABEL.

Y mientras?

FRAY TOMÁS.

Tranquila estad,
 que no encontraréis quien pueda
 osaros sin voluntad,
 en tanto, quizás acceda....

DOÑA ISABEL.

Entonces parto?

FRAY TOMÁS.

Partid.
 que haya vacilaciones
 por vos oraré

DOÑA ISABEL.

Venid,
 guñar mis oraciones.

MUSICA.

DOÑA ISABEL.

Consuelo aguarda
 El corazón,

FRAY TOMÁS.

Dará consuelo
 La oración.

DOÑA ISABEL.

Calmas anhelo,
 Espero paz,

FRAY TOMÁS.

Pues con el alma

Orad, orad!

DOÑA ISABEL.

A Dios mi espíritu llevé
 Y en él firmeza halló mi fé,
 Y mi plegaria al elevar
 Sentí el alivio del pesar.

FRAY TOMÁS.

Como perfume, el corazón
 Manda á los cielos la oración,
 Y un ángel bueno desde allí
 Con un consuelo la vuelve aquí.

DOÑA ISABEL.

Consuelo aguarda
 El corazón,

FRAY TOMÁS.

Dará consuelo
 La oración.

DOÑA ISABEL.

Calmas anhelo,
 Espero paz.

FRAY TOMÁS.

Pues con el alma
 Orad, orad!

DOÑA ISABEL.

A Dios mi espíritu llevé
 Y en él firmeza halló mi fé,

Y mi plegaria al elevar
Sentí el alivio del pesar.

FRAY TOMÁS.

Como perfume el corazón
Manda á los cielos la oración,
Y un angel bueno desde allí
Con un consuelo la vuelve aquí.
(salen)

ESCENA III.

EL ALFÉREZ, DESPUÉS FERRUCO.

ALFEREZ.

La carta está concluida,
Y todo está preparado.
Ya sólo órdenes me faltan,
Las últimas, para el caso, (llama)

FERRUCO.

(entrando) Vuecencia llama?

ALFEREZ.

Disponte

Con violencia y sin reparo
A partir, vas hasta México
A Isabel acompañando.

FERRUCO.

A la corte!

ALFEREZ.

Y ahora mismo,
Recomendarte es envano
Fidelidad, pues la tienes;
Y para Isabel cuidados.
Que al volan pongan las mulas,
Que pasa el tiempo, y la nao,
De la tarde al dar las seis
Prora á la mar pone, vamos!

FERRUCO.

Señor, partir esta tarde
Cuando el tiempo está tan malo,
Sin duda que sobre el Golfo
Soplará el Norte, temprano.

ALFEREZ.

Tienes miedo?

FERRUCO.

No conozco
A ese tuno ¡pero es claro,
Las precauciones no sobran,
Y.....

ALFEREZ.

Sin réplica lo mando. (con im-
perio.)

FERRUCO.

Estoy dispuesto.

ALFEREZ.

Récoje
El equipaje, y aguardo
Me avises cuando estés listo.

FERRUCO.

(Antes le aviso á Don Alvaro)

ALFEREZ.

Llevarás también una orden
Que vá de mi letra y mano,
Y si el de Osorio intentare
Embarcarse, que es osado,
La orden á los alguaciles
Que os irán acompañando
Entregas, y de esa suerte
Le pondrán á buen recaudo.

FERRUCO.

Está bien. (esto interesa
que lo sepa por si acaso)
Algo mas vuecencia manda?

ALFEREZ.

Que alistes lo que he ordenado.
(sale Ferruco.)

ESCENA IV.

DICHO Y FRAY TOMÁS

ALFEREZ.

Juzgo que todo se arregla.

FRAY TOMÁS.

Habéis concluido la carta? (*entrando*)

ALFÉREZ.

Terminada está, y diga
Dónde Fray Tomás estaba?

FRAY TOMÁS.

A Dios en el oratorio
Por todos los de esta casa
Alzaba preces al cielo.

ALFÉREZ.

Que Dios os escuche! gracias.

ESCENA V.

DICHOS, ISABEL, LUEGO FERRUÇO.

DOÑA ISABEL.

Padre mío, resignándome
A lo que quereis, ya pronto
Partiré de vuestro lado.

ALFÉREZ.

No esperaba yo otra cosa,

FRAY TOMÁS.

Siempre Isabel obediente
Ha sido.

ALFÉREZ.

Me acomoda
Que esteis á todo dispuesta,

DOÑA ISABEL.

Decid de partir la hora
Y pues lo quereis ¡oh padre!
Haré el viaje.....

ALFÉREZ.

Cariñosa
Y obediente quiero veros,

FERRUÇO.

(*Desde la puerta.*)

Cuando vuecencia disponga.

ESCENA: VI.

DICHOS, DOÑA ANA Y JUANA.

ALFÉREZ.

(*Llamando en voz alta.*)

Doña Ana, llegó el momento.
Isabel, prudencia y calma.

DOÑA ISABEL.

(*aparte*) (Siento que deajo aquí
el alma)
(*A Isabel.*)

FRAY TOMÁS

(Velaré por vos atento) (*entran
Ana y Juana.*)

DOÑA ANA

Arreglé todo, y dispuesta
Estoy para la partida.

ALFÉREZ.

Os fio Doña Ana, mi vida.

DOÑA ANA.

Perded cuidado, con esta
Comisión tan delicada
He de cumplir.

ALFÉREZ.

Yo lo espero.

DOÑA ISABEL.

(*á Juana*)

Que no os afijais yo quiero.

DOÑA JUANA.

Sin vos quedo abandonada.

ALFÉREZ.

(*a Isabel*)

En próxima nao, los mares
Cruzaré para seguiros.

DOÑA ISABEL.

Y entre los dos mis suspiros
Han de quedar.

ALFEREZ.

Los pesares
Dad Isabel, al olvido.

DOÑA ISABEL.

Padre, olvidar fuera en vano!

ALFEREZ.

Fray Tomás, que vuestra mano
Nos bendiga.

FRAY TOMÁS.

Al cielo pido
Que os dé paz, fe y esperanza,
Que Dios á la nave indique
Rumbo cierto, y no haya dique
Que la estorbe, ni acechanza.

DOÑA ISABEL.

¡Adios padre!

ALFEREZ.

Hasta mas tarde,
Que Dios os guíe y os proteja.

DOÑA JUANA.

(á Isabel)

Hasta luego.....

(al Alferéz) Dios os guarde.

MUSICA

ISABEL.

Ya próxima á partir
Os digo adiós, adiós,
Y dejó el alma aquí
Entre vosotros hoy.

ALFEREZ.

Que el viaje mi Isabel
Os pueda al fin calmar,
Que Dios el barco guíe
Pasando sobre el mar.

FRAY TOMÁS.

Y que bogando
Sobre lo azul
Las olas calme
La Santa Cruz.

DOÑA ANA.

Que Dios nos libre
Del vendaval,
De las tormentas
Y del azar.

DOÑA JUANA.

Oh mi señora,
Llorando aquí
Por vuestra ausencia
Voy á morir.

FERRUCO.

(En esa corte
Me quiero ver,
Qué ricos vinos
Voy á beber!)

DOÑA ISABEL.

Ya próxima á partir,
Os digo: adiós, adiós,
Y dejo el alma aquí
Entre vosotros hoy.

TODOS.

Que el viaje de Isabel
La pueda al fin calmar,
Que Dios su barca guíe
Pasando sobre el mar.

CUADRO 2.º

Telón de boca.—Vista del mar al comenzar la noche, la luna en lo alto ilumina las olas, á lo lejos una barca de vela.

Música descriptiva

EL TIEMPO NECESARIO.

CUADRO 3.º

La cubierta del buque, con velas desplegadas, la parte de proa debe desdoblarse al le-

vantarse el telón y salir sobre la parte que ocupa la orquesta.

ISABEL, DOÑA ANA, DON ALVARO

VESTIDO DE

MARINERO, Y ATILIO CON

IGUAL TRAJE, FERRUCO Y MARINEROS.

ESCENA VII.

Los marineros al fondo cantan, primer término Doña Isabel y Doña Ana, en segundo término, D. Alvaro, Ferruco y Atilio.

CUADRO 4.º

MARINEROS, CORO.

Las olas pasan
Y en su rumor,
Al marinero
Dicen salud!
Y blanca luna
Con su fulgor
De plata, esmalta
La linfa azul.
Las olas pasan
Vienen y van,
La nave sigue
Su raudo andar,
Y no tememos
El huracán,
Cantemos siempre,
Bogar.... bogar....

El velámen desata sus alas
Como blanca gaviota al pasar,
Y la nave, ligera cruzando
Va la azul superficie del mar.

Las olas pasan
Y en su rumor,
Al marinero
Dicen salud!

Y blanca luna
Con su fulgor
De plata, esmalta
La linfa azul.

Las olas pasan
Vienen y van,
La nave sigue
Su raudo andar,

Y no tememos
El huracán,

Cantemos siempre,
Bogar.... bogar....

DOÑA ISABEL.

(*Recitado.*)

En la playa el corazón
He dejado,

DOÑA ANA.

Es natural.

DOÑA ISABEL.

Alvaro en esta ocasión
Dudará de mi pasión,

DOÑA ANA.

Creo que le juzgais muy mal,

DOÑA ISABEL.

De mi partida que creer?

DOÑA ANA.

Que tuvistéis que partir
Porque hubo que obedecer.

DOÑA ISABEL.

¡Ah, si él me pudiera ver!
¡Ah, si pudiera venir!

DON ALVARO.

(*2º término.*)

Ya la playa se perdió,

ATILIO.

Ya estamos en plena mar,

DON ALVARO.

Pues ahora me acerco yo.

FERRUCO.

Nadie audacia poseyó
Como vos para luchar.

(*Ferruco y Atilio conversan y Don Alvaro se acerca á Isabel.*)

DON ALVARO.

Isabel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah, vos aquí
Y en ese traje, señor!

DOÑA ANA.

Audacia igual no la ví!

DON ALVARO.

Vine osado, y vine así,
Porque me trajo el amor.
Juzgasteis que de tal suerte
Quedara para esperar,
Yo desafié á la muerte
Y espero con fé mi suerte
Porque «Dios me la ha dé dar.»

MUSICA

DOÑA ISABEL.

Alvaro mío
Mi dulce bien,
DON ALVARO.
Mi amor, mi cielo,
¡Oh mi Isabel!
Al fin del mundo
Fuera por tí,
Mi eterna gloria,
Mi porvenir,
Pues sabes niña
Que la pasión,
Puso á tus plantas
Mi corazón,

DOÑA ISABEL.

Tu gran cariño
Como pagar,
Si así ninguno
Pudiera amar.
Mas sabes Alvaro
Que la pasión,
Puso en tus manos
Mi corazón.
DON ALVARO.
Con que me quieras
Como yo á tí,

DOÑA ISABEL.

Sabes, te quiero
Con frenesí.

DON ALVARO.

Mi amor, mi cielo,
¡Oh mi Isabel!

DOÑA ISABEL.

Alvaro mío,
Mi dulce bien.

CORO. MARINEROS.

Las olas pasan
Y en su rumor,
Al marinero
Dicen salud!
Y blanca luna
Con su fulgor
De plata, esmalta
La linfa azul.
Las olas pasan
Vienen y van,
La nave sigue
Su raudo andar.
Y no tenemos
El huracán.
Cantemos siempre,
Bogar.... bogar....

CUADRO 5.º

Telón de boca, vista de mar, es de noche la luna gigantesca hunde la mitad de su disco en el Océano, negras nubes manchan el cielo y en el horizonte se ven los mástiles de un buque que se hunde.

Música descriptiva

LA NECESARIA.

CUADRO 6.º

Salón en la casa del Alférez Real, donde se vé el Cristo.

EL ALFÉREZ FRAY DOMÍNGUEZ, DOÑA
JUANA, FERRUCCO,

CORO DE CABALLEROS.

CORO.

Que horrible suceso,
Desgracia mayor.
Respetemos señores
Su inmenso dolor.
Las horas felices
Pasaban para él,
Y hoy muere de angustia
Por Doña Isabel.
Que horrible suceso,
Desgracia mayor,
Respetemos señores
Su inmenso dolor.

FRAY TOMÁS (*al alférez.*)
(*Recitado.*)

Que la esperanza os aliente.
De Dios, todo lo aguardemos!

ALFÉREZ.
Los náufragos nada dicen
Y ya no espero en el cielo.

FRAY TOMÁS (*con interés.*)
Mas vos Ferruco.....

FERRUCO.
Me apena
Algo no deciros, pero,
Al sumergirse la nave
Café al agua y no recuerdo
Lo que después ha pasado.
Cuando recobré el aliento
Me hallaba dentro de un bote
Con algunos compañeros;
Y cómo estoy sano y salvo,
Ni yo mismo lo comprendo.

FRAY TOMÁS.

Señor Alférez, confianza,
Quizás ese marinero
Que llegó há poco, y que ahora
Habéis llamado, el suceso
Sepa mejor y nos diga
De Doña Isabel lo cierto.

ALFÉREZ.

La esperanza! la he perdido.

FRAY TOMÁS.

Yo la esperanza no pierdo.

FERRUCO.

Aquí está. (*Atilio entra.*)

ALFÉREZ (*á Atilio.*)

Lo que sepáis
Del naufragio, decid presto.

ESCENA VIII.

DICHOS, ATILIO.

ATILIO.

Salimos al fin del puerto
Cuando la tarde caía,

Y firme y con rumbo cierto,
Sobre el piélago desierto
El barco veloz huía.

Noche de luna, serena,
Con pausado movimiento
El mar á la nave enfrena,
Y la vela se hincha y llena
A las caricias del viento.

Después es más perezoso
El andar, el aire calma,
Mas á bordo reina el gozo,
Y entre cantos y alborozo,
Ni hay dudas, ni teme el alma.

Contemplando iba yo á solas
Las mil y mil maravillas
Del mar que enriza sus olas
Como azules banderolas,
Y así andamos veinte millas.

La noche sigue avanzando
Y ligero se avecina,
Como de la mar brotando,
Un punto que va aclarando,
Una nube blanquecina.

En el barco la alegría
Sigue, y nadie se preocupa,
Sólo advertido el vigía;
Explora la lejanía
Y de la nube se ocupa.

Las velas plegar se ordena
Desde luego y con premura,
Y la racha en furia llena,
Pavorosa y ruda suena
En la escueta arboladura.

De pronto, se cubre el cielo
Y la luna se obscurece,
El viento arrecia y ya crece,
Y el mar quieto se enfurece
Bajo aquel plumizo velo.

Sopla el viento de bolina,
Cruje en la proa el trinquete,
El capitán la bocina
Toma ordenando, y se inclina
El barco como un juguete.

El vendaval sopla fiero,
Cruza el rayo por la altura,
Se desgaja el mastelero,
Y no hay ya ni un pasajero
Que no tiemble de pavora.

Reina inmensa confusión,
El mar cleva montañas,

Y en esa desolación
Se oye un grito, una oración,
Y surgir voces extrañas.
El barco se hunde y desliza,
Los botes se echan al agua,
Una voz, salvarse avisa,
Y por lograrlo y de prisa
Cada cual un lance fragua.

Asirme á una tabla espero
Y veo á vuestra hija, desploma
De aquel mar un golpe fiero,
En tanto que un marinero
Entre sus brazos la toma.

DON ALONSO (*con ansiedad.*)

¿Y después?

ATILIO (*con desaliento.*)

Después, no ví
Más que el barco que se hundía,
Un bote que vino á mí,
Y del horizonte allí
La luna, que se perdía!

CORO.

Qué horrible suceso,
Desgracia mayor,
Respetemos, señores,
Su inmenso dolor.
Las horas felices
Pasaban para él,
Y hoy muere de angustia
Por Doña Isabel.

Qué horrible suceso,
Desgracia mayor,
Respetemos, señores,
Su inmenso dolor.

ESCENA IX.

FERRUCCO (*desde la puerta.*)

El Gobernador que llega.

FRAY TOMÁS.

Sin duda vendrá á decirnos
Lo que siente esta desgracia.

GOBERNADOR (*entrando acompañado de alabarderos.*)

Don Alonso!

ALFEREZ.

Bien venido,

GOBERNADOR.

Después de tan honda pena
Tener firmeza es preciso,

ALFEREZ.

No me falta.

GOBERNADOR.

Así lo creo.

Mas que estéis calmado os pido
Para escucharme en silencio
Con ánimo, y ya tranquilo.

(*á Fray*)

(Está salvada.)

FRAY TOMÁS.

(Dios santo!)

GOBERNADOR.

(Mas despacio hay que decirlo,
Que las grandes impresiones
Matan también.)

FRAY TOMÁS.

(Muy bien dicho.)

GOBERNADOR (*al Alferéz*)

Han llegado hace un momento
Unos naufragos, marinos,
Que á Doña Isabel me dicen
En un bote, salva han visto.

ALFEREZ (*como fuera de sí*)

¡Salvada! Ilusión tan sólo,
Consuelo, loco delirio!
Dos días ha del naufragio
Y no llega

GOBERNADOR.

Quizá hoy mismo
Llegar pueda, Don Alonso.

ALFEREZ.

Pues corramos en su auxilio!

GOBERNADOR.

Auxiliar al que está en tierra
No me parece preciso.

ALFEREZ.

En tierra! Pero eso es cierto?
GOBERNADOR (á un alabardero.)
Hacedla entrar.

DOÑA ISABEL

(Corriendo á los brazos del Alferez)
Padre mio!

ALFEREZ.

Isabel!

DOÑA JUANA.

¡Oh qué alegría!

FRAY TOMÁS.

Que sea el cielo bendito!

COROS.

¡Oh, qué ventura!
¡Oh, qué placer!
Su padre al cabo
La vuelve á ver.
Y hoy abrazados
Permite Dios,
Que le bendigan
Juntos los dos.
Por esa dicha
Tan singular,
Al cielo gracias
debemos dar.

ALFÉREZ.

(Recitado.)

Salvada de arteros lazos,
Que hoy me venga á disputar
Ese proceloso mar
Lo que tengo entre mis brazos!

DOÑA ISABEL.

A encontraros hoy aquí
Por fin vuelvo, padre mio,
Gracias al heroico brio
Del que me ha salvado así.

ALFÉREZ.

Premiaré tanto valor
Como es fuerza y se merece,

mi agradecimiento crece,
¿Quién es vuestro salvador?

GOBERNADOR.

Que vuestro ingenio lo acierte,
Quien pueda ser es notorio (Alva-
ro adelantando)

ALFÉREZ.

(con rabia)

¡Ah! Don Alvaro de Osorio!

DOÑA ISABEL.

El me libró de la muerte.

DON ALVARO.

Una vez jurasteis vos
Y de olvidarlo no es cosa,
Que Isabel sería mi esposa
Si me la entregaba Dios.
Su voluntad arrojarla
Quiso del mar al abismo,
Y entre mis brazos, El mismo
La puso para salvarla.
Fié al cielo mi esperanza
Y me dió lo que anhelaba,
Y ved si escrito no estaba,
El buque, era, «El Alianza.»
En la cruz de vuestro acero
Jurasteis de Dios delante,
Y este es señor el instante
De cumplirlo, como espero.

GOBERNADOR.

Es justo, si él la ha salvado,
Y jurasteis por lo visto....

FERRUCCO.

(Se la habrán de dar por listo.)

FRAY TOMÁS.

Así estaba decretado!

ALFÉREZ.

Alvaro, Doña Isabel,
Quiero envano convencerme,

Lo dije, no he de oponerme
(el Alférez á Alvarado) (á Isabel)
 Sed de ella, y vos sed de él.
 Os la dió sobre el Océano
 Quien lanzó la tempestad,
 Yo cumplo esa voluntad,
 Y aquí os entrego su mano!

MUSICA.

DON ALVARO.

Mi amor, mi cielo,
 ¡Oh mi Isabel!

DOÑA ISABEL

Alvaro mío,
 Mi dulce bien,
 Tu gran cariño
 Cómo pagar?
 Si así ninguno
 Pudiera amar?

DON ALVARO.

Con que me quieras
 Como yo á tí.

DOÑA ISABEL.

Sabes te quiero
 Con frenesi.

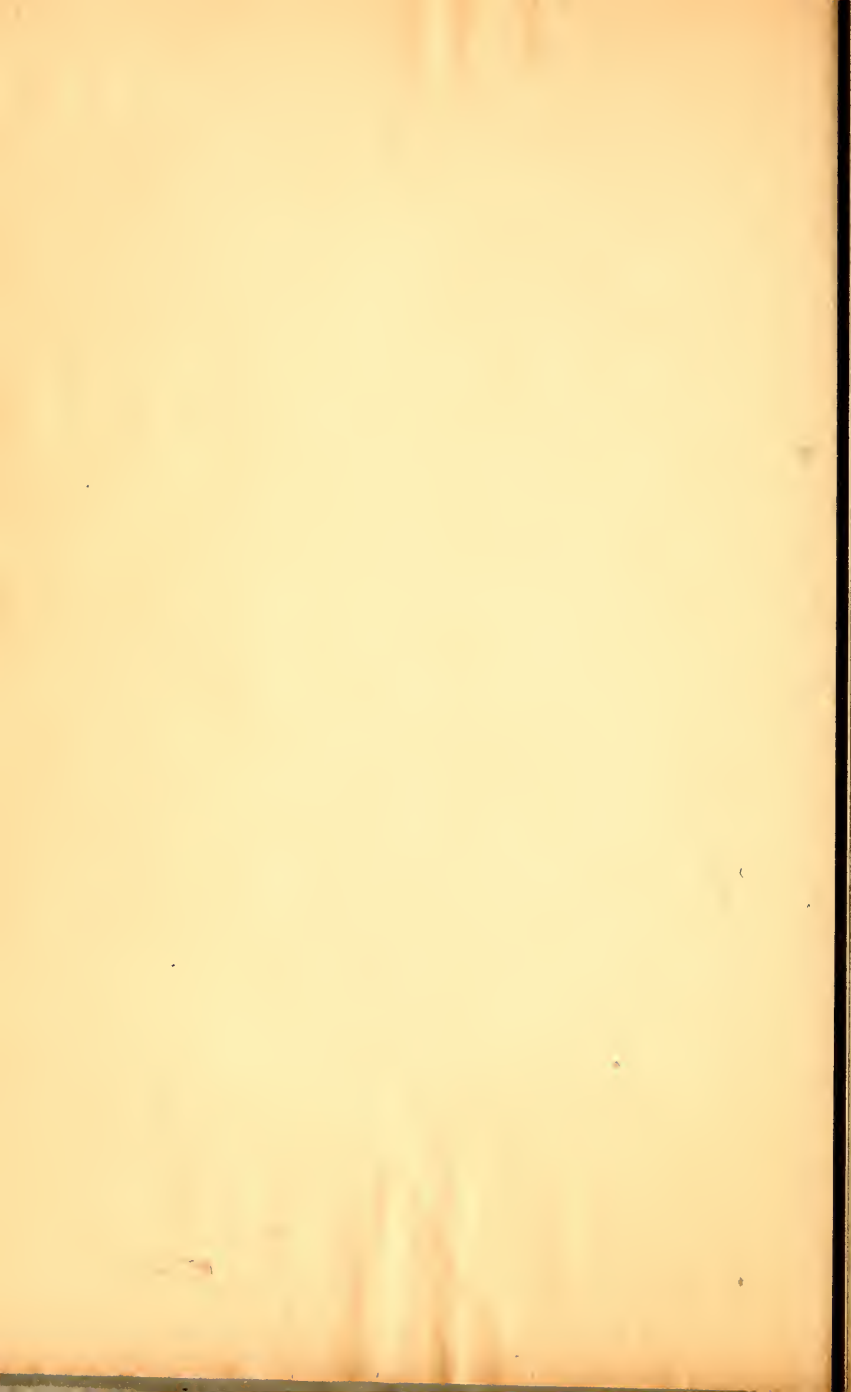
CORO Y CONCERTANTE FINAL.

Reine la calma
 Reine el placer,
 La dicha nunca
 Deje de ser.
 El sol que alumbre
 Para los dos,
 El claro cielo
 De tanto amor.
 Viva el encanto
 Que los unió
 Vivan los lazos
 Del corazón.

(TELÓN,)

FIN.





POR UNA DEUDA.



LIBRETO PREMIADO EN EL CONCURSO DE «EL MUNDO».

POR UNA DEUDA

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

Anselmo Morin y Manuel A. de la Colina.



MEXICO.

IMPRESO EN LAS OFICINAS DE «EL MUNDO.»

Segunda de las Damas número 4.

1896.



PERSONAJES

Berta.
Laura.
El Marqués de Montalván.
Saldaña.
Bribiesca.

Hostelero.
Alcaide.
Dos mozos.
Gente del pueblo.—Hidalgos.—
Meseros.—Corchetes, etc.

La escena se supone en una villa de España, siglo XVIII.



POR UNA DEUDA.

ACTO I.

Antesala de una hostería, Siglo XVIII; muebles propios del lugar y de la época: á la izquierda una mesa con recado de escribir, á la derecha, primer término, un sofá; del mismo lado un armario de regulares dimensiones. Puerta al foro, ventana á la derecha.

ESCENA I.

HOSTELERO, PASAJEROS DE UNO Y OTRO SEXO.

(*Al levantarse et telón, muchos pasajeros de uno y otro sexo invaden la hostería.*)

CORO.

Acudo á la fiesta que celebran hoy
En honra y provecho del señor marqués;
Se dice que es primo cercano del rey,
Y franco y valiente como un gran señor.
La fiesta promete ser bella y sin par,
Y todos buscamos en ella placer;
El baile, la risa se encuentren en él.
¡Qué viva la dicha, la gloria, el amor!

Quiero un cuarto,
Buen señor;
Quiero uno,
Busco dos.

HOSTELERO.

Esperad, señores;
Esperad, ya voy;

Y no se atropellen,
Por amor de Dios.

CORO.

Quiero un cuarto,
Buen señor;
Quiero uno,
Busco dos.

HOSTELERO.

Mi casa está llena,
No caben ya más,
A todos no puedo
En ella alojar.

CORO.

Quiero un cuarto,
Buen señor;
Quiero uno,
Busco dos.

HOSTELERO.

Dos en cada cuarto,
Habré de poner;
Pues de otra manera
No pudiera ser.

CORO.

Acudo á la fiesta que celebran hoy
En honra y provecho del señor marqués;
Se dice que es primo cercano del rey,
Y franco y valiente como un gran señor.
La fiesta promete ser bella y sin par,
Y todos buscamos en ella placer;
El baile, la risa se encuentren en él,
¡Qué viva la dicha, la gloria, el amor!

(*Váse el coro*)

ESCENA II.

EL HOSTELERO; LUEGO UN CRIADO.

HOSTELERO.— ¡Bravo, bravísimo! Buena cosecha voy á tener hoy, con esta fiesta que en honor del señor Marqués de Montalván celebran los hidalgos de esta villa. Mi hostería está llena de gente solariega y campesina, y he tenido que alojar dos personas en cada cuarto.

CRIADO.— Acaban de traer este pliego: dicen es muy urgente. [*sale*]

HOSTELERO.— ¡Véamos qué ocurre! [*Leyendo*] «Señor hostelero del «Caballos blanco,» resérveme hoy alojamiento para dos personas.—*Saldaña*» Has llegado tarde, mi buen señor; si para alojarte no cuentas más que con mi casa, duermes hoy en la calle. Veamos los hospedados que hay ahora para formarles su cuenta (*sumando*) quince, veintidós, treinta y cinco, cuarenta, sesenta y nueve, noventa y uno, ciento diez y seis, ciento cuarenta.... ¡Magnífico, soberbio!

ESCENA III

EL HOSTELERO, BRIBIESCA.

HOSTELERO (*Mirando su registro*) ¡Otro solicitante! Amigo mío, no hay ya cuartos.... Doscientos trece.

BRIBIESCA.— Amigo hostelero, hablad con mas comedimiento á un procurador de justicia.

HOSTELERO.— (*Quitándose apresuradamente el gorro*) Señor procurador, perdonad.... Con este trabajo y con tantos pasajeros que hoy han venido á mi casa, y estando los cuartos todos ocupados, no reparé en vuestra insignia, y creí que erais uno de los de la fiesta, que llegaba tarde. Decidme ¿qué manda el señor procurador? que pronto estamos á servirle todos los de esta casa.

BRIBIESCA.— Busco á un hombre,

y como pudiera estar en vuestra hostería, quiero me proporcionéis los nombres de los aquí hospedados.

HOSTELERO.— Tomad ese registro y en él hallaréis lo que deseáis.

BRIBIESCA (*Toma el registro que le da el hostelero y lee entre dientes*) Gonzalez, Pérez, Rivas, Campoflorido, Ball,.... Ballena, no Valladarez.... Ensalada, Ensa.... ¿Cómo dice aquí?.... Castaña.... ¡Ah, no! no es la persona á quien busco. ¿Habrá cambiado de camino? Sin embargo, por las noticias que recibí de Madrid, debe de haberse dirigido á este lugar. Se me habrá escapado este bribón!

HOSTELERO.— ¿El señor procurador sin duda sigue la pista á un gran criminal?

BRIBIESCA.— No es precisamente gran criminal, sino un hombre perseguido por deudas al señor Marqués de Montalván: sabéis que este gran señor llegará hoy aquí....

HOSTELERO.— Como que en su honor la nobleza de esta villa da una gran fiesta en esta casa, por ser la que más espaciosos salones y bellos jardines tiene. ¡Vaya si lo sé! Y ¿conocéis al señor marqués?

BRIBIESCA.— No lo conozco sino de nombre; pero estoy convidado á la fiesta, y para complacer á este gran personaje, influente y mucho en la corte, querría aprehender á su deudor, á quien se busca ha tiempo sin poder darle caza. Y en este lugar ¡hay quién conozca al señor Marqués?

HOSTELERO.— No, aunque posee grandes heredades en esta provincia.

BRIBIESCA. (*Preocupado*)— Si encontrara yo á mi hombre ¡qué recompensa obtendría por tan señalado servicio!

HOSTELERO.— Y disimulando mi curiosidad, señor procurador ¿Có-

no se llama ese pillo á quien perseguís?

BRIBIESCA.—¡Saldaña!

HOSTELERO.—¿Saldaña? Esperad: pareceme que este nombre no me es desconocido. ¡Qué memoria la mía!

BRIBIESCA.—Vamos, haced un esfuerzo.

HOSTELERO.—Si, ya caigo: es el que remitió con un criado este pabel en que solicita un cuarto en esta hostería; pero no le puedo alojar, pues me ha avisado tarde.

BRIBIESCA.—De suerte que le habéis rehusado alojamiento.

HOSTELERO.—Aún no; pero tendré que hacerlo.

BRIBIESCA.—No haréis tal. Es preciso que ese hombre se aloje aquí. ¿Lo entendéis? señor hostelero.

HOSTELERO.—Pero no tengo ni siquiera una bohardilla.

BRIBIESCA.—No sé, amigo; pero si os sé decir que pudierantodos vuestros pasajeros abandonar esta casa porque Saldaña tenga en ella habitación.

HOSTELERO.—Señor procurador, tened piedad; si de mí nó, de mi crédito, ¡el crédito de un hostelero!

BRIBIESCA.—¡Eh, basta. ¡Este despacho!

HOSTELERO.—¿Este despacho? . . . ya, ya; tenéis razón. Aquí lo alojaré y yo me iré. . . .

BRIBIESCA.—A donde gustéis. . . . Conque ¿puedo contar con vuestro ofrecimiento?

HOSTELERO.—Estad sin cuidado.

BRIBIESCA.—¡Bien! este servicio no lo olvidaré ¡Adiós!

HOSTELERO.—Adiós, señor procurador.

ESCENA IV.

EL HOSTELERO; LUEGO SALDAÑA, LAURA Y UN CRIADO (con un saco de viaje.)

HOSTELERO.—Parece que la ingra-

ta fortuna se cuele por mi casa. Este despacho va á producir hoy un gran interés. Pues señor, me voy á volver rico. (Se asoma á la puerta.) Se acercan unos pasajeros. Deben de ser el tan deseado Saldaña y su mujer. Voy á observar desde aquí esta pareja; pudiera ser que de lo que hablan sacara algún provecho. (Se esconde á la izquierda)

MUSICA.

SALDAÑA

Cansados, rendidos, llegamos al fin,
Con polvo y con lluvia, huyendo hasta aquí
Corriendo, corriendo, dejamos Madrid.
¡Qué suerte tan negra! ¡Destino infeliz!

LAURA.

Un coche quebrado, un flaco rocín
Nos han hecho trizas; es mucho sufrir.
Estamos ahora, los dos en un tris
Y al fin, sin tropiezo, llegamos aquí.

SALDAÑA.

Pobrecita esposa mía,
Nos persiguen sin piedad;
Fuerza es correr todavía
En pos de felicidad.

LAURA.

Pobrecito esposo mío,
Te seguiré sin cesar;
De nuestro destino impío
Lograremos escapar.

SALDAÑA.

Corre aquí,
Salta allá,
Esto es horrible
Me canso ya.

LAURA.

¡Oh despiadado
Señor Marqués,
Noble ambicioso,
Maldito sé.

SALDAÑA,

¡En perspectiva
Negra prisión,

O sempiterna
Persecución!

LAURA.

Adonde vayas
Te seguiré:
No desmayemos,
Huyamos, pues.

SALDAÑA.

Mas ya no puedo;
Vencido estoy,
Sólo salvarme
Pudiera Dios.

LAURA.

Aquí la astucia,
El dolo allá;
Al fin veremos
Quién puede más.

LAURA.

Lucha terrible
Y desigual
Que emprende el tigre
Contra el chacal.

SALDAÑA.— ¡Pero no hay nadie aquí! nadie se mueve (*Llamando á voces.*) ¡Ah de casa!

HOSTELERO.— (*saliendo*) ¿Quién llama tan recio? Allá voy. Caballero, ¿que se ofrece?

SALDAÑA.— ¡Habéis recibido un papel en que se os pedía un cuarto?

HOSTELERO.— Sí señor; pero como haya llegado tarde ese aviso, no puedo ofrecer más que este despacho. Si sois la persona que desea cuarto en esta casa, ya sabéis lo que puedo proporcionaros ¿Os parece?

LAURA.— Sí señor hostelero, mi marido y yo estamos muy fatigados y queremos descansar en cualquier parte.

HOSTELERO.— Pues tomad posesión de esta pieza, que es la mía: aquí tenéis cama agua, espejo para que la señora se arregle.....

SALDAÑA.— ¡Ya, ya! gracias señor hostelero, gracias.

HOSTELERO.— Quedad con Dios y si algo se os ofrece, estoy en el comedor.

LAURA.— Lo tendremos presente

HOSTELERO.— [*Desde la puerta*]
(Ya cayó el zorro; es preciso avisar al señor procurador.)

ESCENA V

LAURA, SALDAÑA.

SALDAÑA.— ¡Ay, querida Laura, cuán amargo es para mí el verte sufrir y no poderlo remediar! Muchas veces ha venido á mí la idea de entregarme para que acaben tus cuitas, pero ¿cómo dejarte en el mundo sola y sin amparo! ¡Maldita deuda!

LAURA.— Dí ¡maldito Marqués! que si su padre viviese, haría ver á su heredero, que si los Montalván son acreedores á una miserable suma de dinero, son también deudores de mil servicios recibidos de tu padre.

SALDAÑA.— Creo yo que el Marqués, que ha vivido desde la infancia alejado de su familia, ignora la amistad fraternal que unió los corazones de su padre y del mío, y por esto, también, muchas veces he pensado en encararme con mi perseguidor ¿quién sabe si....?

LAURA.— No, esposo mío; de ninguna manera debes hacer esto. Apresuremos nuestra marcha para llegar á la frontera de Francia, que en tocándola, cesarán nuestros sobresaltos.

SALDAÑA.— Sí, sí, huyamos y Dios nos ayude para burlar las pesquisas de nuestro hombre. A propósito, como estemos cerca de Madrid, temo aquí más que en otra parte; y como las posadas que hemos tocado antes, voy á reconocer esta, para prevenir toda sorpresa, y en caso supremo, saber por dónde debemos huir

RA.—Ve y que Dios te acompaño antes ¿no te despedirás mujercita, como siempre lo he hecho?

DAÑA.—(Que habrá llegado has-
puerta, vuelve presuroso y es-
tira un beso en la frente de Lau-
ra.)—Laura, adiós!

RA.—¡Adiós!

ESCENA VI.

LAURA.

RA.—Se fué, y como su cora-
zón lleva lacerado, queda el
mío que tanto le ama y que
trastearía á hacer cualquier sa-
lvo.

MUSICA.

Partió dejando mi alma
Cubierta de dolor,
Y llena de amargura
Mi pobre corazón.

¿Por qué de nuestra dicha
Marchitase la flor?
Murió ya mi esperanza,
Murió ya mi ilusión.

En nuestra ayuda,
Madre de Dios,
Ven, que te llama
mi corazón.

En mi patria tan querida
Dejaremos nuestro hogar,
Y con él á nuestros padres
Con amargo sollozar.

Caro suelo en que he nacido,
Nuestro dulce y tierno adiós
Quizá pronto te daremos,
Al huir de tí los dos.

Quando vuelva, si retorno,
Con qué gozo te veré,
Y mil besos en tu tierra
Cariñosa estamparé.

ESCENA VII.

LAURA Y BERTA.

LAURA.—Me caigo de cansancio.
(Se sienta.)

BERTA.—(Entrando por el fondo,
abierto el rostro con un velo) ¿Es-

tarán aquí? (Reparando en Laura.)
Voy á preguntar á esta señora. (Se
aproxima.) Disimulad, señora, que
os distraiga, pero como yo no vea
aquí otra persona, quisierais hacer-
me el favor de decirme, si lo sabéis,
¿está aquí el caballero Saldaña?

LAURA.—(Que al principio ha que-
dado distraída, se vuelve con vive-
za al oír nombrar á su marido.)—
¡Saldaña!

BERTA.—¡Al fin los encontré!

LAURA.—(Con profundo espanto
y queriendo huir por el fondo.)—
¡Estamos perdidos! Saldaña, Salda-
ña, huye, que aquí están tus perse-
guidores!

BERTA.—(Procurando taparle la
boca, y echándose el velo á la espal-
da.)—Calla, calla por Dios ¿no me
conoces?

LAURA... ¡Berta, tú... aquí, y en
nuestra busca?

BERTA.—Cálmate y escucha. (Se
sientan.) Sabes que á los pocos días
de mi matrimonio con el duque, en-
viudé, y que pasado el luto, volví á
asistir á las fiestas de la corte. Allí
conoci al joven Marqués de Mon-
talván que me enamora y persigue
sin descanso.

LAURA.—¡Montalván!

BERTA.—Espera y aparta todo
temor. El Marqués me dijo en estos
días que un asunto de suma urgen-
cia lo obligaba á separarse de Ma-
drid, y como yo, fuerza es confesar-
lo, tengo alguna afición por mi Mar-
qués y siento á veces celillos, pre-
gunté á su mayordomo la causa de
un viaje tan intempestivo. Díjome
que á más del deseo que su amo te-
nia de conocer las tierras que sus
antepasados le legaron, le traía otro
mayor, y era el de hacer que un ca-
ballero Saldaña no se burlase de él,
y que no pararía hasta no verlo en
la cárcel. Quise saber quién era ese
Saldaña perseguido, y vine á cono-
cer que era tu esposo. Sabes, Lau-

ra, cuánto te he querido, y por eso me tienes aquí para salvarte.

LAURA.—(Estrechando á Berta con efusión.)—Berta, Berta, hermana mía!

BERTA.—¡Laura de mi corazón! (Pausa.)

LAURA.—Y... ¿Cómo piensas salvarnos? Es cierto que el Marqués te ama; pero ¿si no cediera?... .

BERTA.—Caprichosillo es en verdad y firme en sus propósitos; mas ¿de qué medios no somos capaces de valernos las mujeres? Hasta ahora, para hacerle perdonar á tu marido, cuento sólo con el amor de que siempre está queriéndome dar pruebas. Laura, yo sé que triunfaré y que tú y el caballero Saldaña no seguirán sufriendo por culpa del Marqués.

LAURA.—Pero, si antes que logres tu noble propósito ¡mi esposo es llevado á la cárcel! ¡Oh, qué vergüenza!

BERTA.—No temas y... retírate que alguien se aproxima y no será bueno que te vean con este semblante dolorido.

LAURA.—Hasta luego, mi hermana y protectora.

BERTA.—Adiós, Laura; no te apartes mucho de aquí.

ESCENA VIII.

BERTA, EL MARQUÉS DE MONTALVÁN.

MUSICA.

MARQUÉS.—(¡Aquí Berta!

BERTA.—(¡El marqués!)

MARQUÉS.—(Es muy bella.)

BERTA.—(¡Qué guapo es!

MARQUÉS.—Beso, Berta, Vuestros piés.

BERTA.—¿Vos aquí?

Y ¿por qué?

MARQUÉS.—Os adoro
Por mi fe,
Y prometo
Seros fiel.
¿Cuándo, Berta,

Lograré
Que amorosa
Me escuchéis?

BERTA.— Siempre atenta
Os escuché
Más no os puedo
Responder.
Este amor
Por hoy me es
Imposible
Conceder.

MARQUÉS.—¡Imposible!
Y ¿por qué?

BERTA.— A su tiempo
Lo sabréis

MARQUÉS.—Os amo, os adoro
Con ciega pasión:
En vos sólo cifro
Mi dulce ilusión.
¿Por qué mi existencia
Queréis amargar?
¿Por qué hoy este fue
¿Queréis apagar?

BERTA.— No puedo explicaros
Por qué de este amor
Forzoso es que apaga
Su vivo fulgor,
Muy dulce es la vida
Muy dulce es amar;
Mas hoy es preciso,
Marqués, esperar.

MARQUÉS.—¡Esperar!
Y ¿por qué?

BERTA.— A su tiempo
Lo sabréis.

A DUO.

MARQUÉS.

Te adora con delirio
Mi amante corazón,
Y busco en tus miradas
Consuelo á mi pasión.
Escucha mis suspiros,
Aparta mi dolor.

BERTA.

Me adora con delirio
Su amante corazón,

búscame en mis miradas
 consuelo á su pasión.
 Escucho los suspiros
 que exhala en su dolor,

MARQUÉS.

Estoy muriendo Berta,
 todo por tu amor.

BERTA.

Las palabras llevan
 el dolor del amor.

MARQUÉS.—Con que ¿no podré lo-
 que me mi amor alcance un «Sí»
 en vuestros labios? ¿Qué os impide
 responder á mi pasión?

BERTA.—(¡Oh! si supiera que soy
 todo su amor acaso concluye-
 ría... Ocultémosle aún la
 verdad.) Es que mi estado....

MARQUÉS.—¿Vuestro estado.....
 ... (Cayendo á los pies de
 ella y tomándole las manos) Ber-
 ta, os juro que mi amor ven-
 derá los obstáculos que pudie-
 ran oponerse entre nosotros.

BERTA.—¿Todos?
 En este momento, Bribiesca va á
 salir apresurado y se detiene con
 un ridículo en la puerta, sin
 mencionar los personajes de esta
 escena.

MARQUÉS.—Sí, por qué os adoro
 con todo el alma.

BERTA.—(Aparte y retirándose)
 Estoy en las barbas de un Pro-
 curador! Ya veredes.)

MARQUÉS.—Levantaos, marqués; qui-
 yo pronto podré explicaros y
 todo es....

BERTA.—(En este momento se oye la voz de
 ella que habla detrás del te-
 nido.)

BERTA.—¡Por aquí, por aquí!
 ¡Marqués, Marqués, es-
 cucha! Ocultaos.

MARQUÉS.—Pero, ¿dónde, señora?
 BERTA.—Ese armario está abier-
 to dentro, allí dentro!

MARQUÉS.—¡Señora!...

BERTA.—¡Pronto, pronto! (Se oculta el marqués en el armario.)

ESCENA IX.

BERTA, EL MARQUÉS (oculto), BRIBIESCA, TRES ALGUACILES, por la puerta.

BRIBIESCA.—Perdonadme, señora,
 si os molesto. ¿Conocéis á la persona
 cuyo nombre está en este papel? (Le
 enseña un papel.)

BERTA.—(Leyendo.) (¡Infeliz Lau-
 ra!)

BRIBIESCA.—(Se turba y va á que-
 rer engañarme. ¡Engañar á un Pro-
 curador como Bribiesca, vamos!)

BERTA.—(Es necesario salvarlos á
 toda costa.)

BRIBIESCA.—En fin. ¿Conocéis á la
 persona de que habla este papel?

BERTA.—Yo os diré, señor alguacil.

BRIBIESCA.—Alguacil habéis di-
 cho; reparad en que soy un Procu-
 rador.

BERTA.—No os quise ofender.

BRIBIESCA.—Vamos al grano, y
 hacedme el favor de contestar mi
 pregunta.

BERTA.—(Reflexionando.)—(Sí,
 así les daré tiempo y....) Pues, se-
 ñor Procurador, es mi marido

MARQUÉS.—(Asomándose por el
 armario.—(¡Casada! ya me explico.)

BRIBIESCA.—(¡Oh! Bribiesca sa-
 gaz!) y ¿dónde se halla vuestro es-
 poso?

BERTA.—¿Mi esposo?... ha salido.

BRIBIESCA.—(Sonriendo con ma-
 licia y señalando el sombrero que el
 marqués habrá dejado sobre una si-
 lla.) ¿Y este sombrero?

BERTA.—Pues este sombrero....

BRIBIESCA.—(¡Oh inteligente Bri-
 biesca!) ¡Ah, ya caigo! es que vuestro
 marido acostumbra pasearse sin
 sombrero!...

BERTA.—Precisamente.

BRIBIESCA.—(Tu último golpe, incomparable Bribiesca!) Es inútil fingir, señora, he visto antes de entrar aquí á un hombre.

BERTA.—Y bien. ¿Quién pudiera decir que este hombre es mi esposo?

BRIBIESCA.—Si el hombre que dice á una mujer casada: «te adoro con toda el alma,» no es su marido, será.....

BERTA.—¿Qué?

BRIBIESCA.—¡Su amante!

MARQUÉS.—(*Saliendo de su escondite violentamente.*) Basta ya, caballero. Soy su marido y no toleraré que sigáis insultando á esta señora.

BRIBIESCA.—Pido mil perdones á la señora, cuyos pies beso. No he pensado ofenderla. En cuanto á vos, tengo orden de aprehenderos.

MARQUÉS.—¡A mí, imposible.

BRIBIESCA.—Afuera fingimientos. ¿No sois el caballero Saldaña?

MARQUÉS.—(*A Berta en voz baja.*) ¡Yo Saldaña! ¿Qué lío es éste?

BERTA.—*Al marqués en voz baja y suplicando con la vista.* ¡Por piedad!

BRIBIESCA.—¿Sois ó nó el caballero Saldaña?

MARQUÉS.—¡Peregrina ocurrencia! Yo mismo me euredo en mis propios lazos.) Estoy á vuestra disposición.

BRIBIESCA.—(*A los alguaciles.*)—Llevaos á este señor.

(*Salen los alguaciles llevándose al marqués.*)

ESCENA X.

BERTA, BRIBIESCA.

BRIBIESCA.—(¿Qué guapa es esta mujer! Si mientras su marido queda en la cárcel, yo lograra.... Ya veremos.) Señora, si en algo os pudiera servir este vuestro humilde servidor....

BERTA.—¿Queréis prestarme mayores servicios que el que me acabáis de hacer?

BRIBIESCA.—Señora, yo.... deber.... Pero, sin embargo, comprometo á arreglar de manera conveniente el asunto de vuestro poso. Sois tan bella, tan encantadora....

BERTA.—(¡Estas tenemos! Es cesario aprovecharse de este incil.) Sois muy galante, señor Prador, y si cumplís vuestra promesa, tiempo llegará en que os presente mi gratitud.

BRIBIESCA.—¡Qué feliz me ha con esta palabra! Permitidme.

[*Pretende tomar la mano de la quesera y besarla; ésta la rehúsa.*]

BERTA.—¡Qué os retiréis!

BRIBIESCA.—Sí, que me retiré muy pronto espero ser portado buenas nuevas. (*Saludos desde la puerta.*) ¡Caíste! ¿Qué pudiera desplegar tanto ingenio! Sólo tú, sublime Bribiesca!]

ESCENA XI.

BERTA, después LAURA, á su tiempo SALDAÑA

BERTA.—¡Están salvados! ¡In amiga mía! no sabes cuánto me costado el cariño que te guardo corazón. Y hoy, ¿cómo desearé esta maraña? ¡Pobre Marqués siento que le amo, si señor ría yo muy ingrata si no sin afecto y gratitud por el hombre ha sabido defender y guarda honra. (*Entra Laura.*) Aquí v Laura.

LAURA.—(*Sobresaltada.*) ¿Se busca á mi marido. Yo he á los alguaciles, y Saldaña ha dado afuera.

BERTA.—¿Y por qué no entra

LAURA.—Por miedo de ser hallada en esta habitación: quiere partir instante.

BERTA.—Llámale, y tú no te nada por el momento, que el golpe está parado.

(Desde la puerta, Laura llama en un pañuelo á su marido. Este tra.)

SALDAÑA.—¡Oh, duquesa! *(saluda.)* ¡En qué situación tan amarga os volvéis á encontrar! después de tanto tiempo que no nos vemos.

BERTA.—Calmaos, Saldaña. Muy pronto espero deshacer el nublado que se cierne sobre vuestras cabezas.

SALDAÑA.—¿Vos, tan buena, tan noble, tan compasiva!

BERTA.—Sí, escuchadme... *(Laura, inquieta, habrá estado servando desde la puerta, los afueras. En este momento, vuelve apresurada á la escena, al mismo tiempo que se empieza á escuchar voces.)*

LAURA.—Mucha gente se dirige aquí. ¡Estamos perdidos!

ESCENA XII.

LOS MISMOS, HIDALGOS Y CAMPESINOS.

MUSICA.

BERTA.

¿A quién buscáis, señores?

CORO.

Buscamos al marqués.

LAURA Y SALDAÑA.

¡Gran Dios!

BERTA.

(Es necesario

Formar un entremés.)

El muy rico y gran señor

Y Marqués de Montalván

Lo tenéis presente. *(Por Saldaña.)*

CORO.

¡Viva!

SALDAÑA.

¡Yo el Marqués!

BERTA.

¡Por Dios, callad!

CORO.

¡Viva el amo de esta tierra!

BERTA.

(Este engaño os salvará!)

CORO.

¡Que viva, que viva,
Nuestro amo y señor!

¡Batamos las palmas

También en su honor!

Llevémosle en triunfo

De aquí hasta el jardín;

Que allí nos esperan

Placeres sin fin.

(Los campesinos en el colmo del entusiasmo, lo cargan en hombros y se lo llevan.)

(Hablado.)

BERTA.—¡Está salvado!

(TELÓN.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO II.

Jardín de la hostería. En segundo término, en medio, habrá una mesa con mantel. A la derecha, primer término, banca rústica; á la izquierda, una ventana que se supone ser la del despacho de la hostería. Árboles, flores, etc.

ESCENA I.

MARMITONES.

(Cada uno de éstos tendrá un utensilio que después del coro, ó en la repetición, irá colocando sobre la mesa.)

MUSICA.—CORO.

A un caballero,
Que es un primor,

Un gran banquete

Aquí dan hoy.

Dicen que es rico,

Que es un Marqués

De noble cuna

Primo del Rey.

Es un portento

Original

El Marquesito

De Montalván.

TODOS.

Debemos en la mesa

Poner sin dilación:

1ª voz.—Botellas;

2ª voz.— Servilletas;

3ª voz.—Cuchara y tenedor;

1ª voz.—Los manteles;

2ª voz.— Los platos;

3ª voz.—El vaso, el botellón;

TODOS.

Que pronto aquí veremos

A nuestro gran señor.

Del vino añejo

Hay que cuidar;

Y si podemos

Algo apartar,

Vino espumoso

Sabremos pues

Con mil amores

Luego beber.

Mas trabajemos

Con prontitud,

Y beberemos

A su salud.

TODOS.

Debemos en la mesa

Poner sin dilación:

1ª voz.—Botellas;

2ª voz.— Servilletas;

3ª voz.—Cuchara y tenedor;

1ª voz.—Los manteles;

2ª voz.— Los platos;

3ª voz.—El vaso, el botellón;

TODOS.

Que pronto aquí veremos

A nuestro gran señor.

ESCENA II.

LAURA, BERTA, MARMITONES, componiendo la mesa.

(Laura y Berta entran por la izquierda, como siguiendo una conversación.)

LAURA.—No podrás apartar de mí la honda inquietud que me desazona: en tus palabras hallo el consueño, mas no la esperanza.

BERTA.—Pierdes la esperanza y estás mirando que Saldaña está libre y que, en caso extremo, tendrá tiempo para huir.

LAURA.—¡Huir, siempre huir! ¡palabra fatal! ¡palabra que ha días punza mi corazón!

BERTA.—Querida Laura, sólo tú pudieras matar mi natural alegría y empañar el purísimo azul por donde ha volado mi espíritu, lleno siempre de fe y de esperanza.

LAURA.—Nueva pena, nueva congoja que me amarga más y más: ver que por nosotros pierdes hoy la dulce paz en que has vivido.

BERTA (con tono cómico).—Hija, hija, si acabarás por ponerte mala ó perder la razón.

LAURA.—¡Ay Berta! no te burles de mi dolor. (Pausa.) Yo sé que tú eres nuestro ángel de guarda; que mucho vales y que mucho puedes, y que no nos abandonarás; pero también considero la cólera del Marqués, la situación en que lo has puesto y la violenta y desesperada de mi marido, quien no sé, quien no quiero pensar cómo pueda salir de tan intrincado laberinto.

BERTA.—No olvides que yo tengo el hilo de Ariana y podré sacar airoso á tu Teseo. Muy pronto, espero, veré á Montalván, y confío en que su corazón se ablandará, y no sólo alcanzaré el perdón de vuestra pequeña falta, sino el de la mía, que te lo confieso, por su tamaño, co-

ienza á inquietarme. Como pue-
yo hablar á tu esposo, ¿qué digo
blarle? estar cerca de él para que
o haga un disparate....

LAURA.—Calla, ahí viene el procu-
dor.

BERTA.—Tal vez éste me saque
del apuro.

ESCENA III.

CHAS, BRIBIESCA. (*por el fondo*)

BRIBIESCA.—¡A vuestros pies, se-
ñoras!

LAURA.—¡Caballero! (*Inclinando
geramente la cabeza.*)

BERTA.—Beso á Vd. la mano se-
ñor procurador.

BRIBIESCA.—Estaréis á no dudar-
distrayéndoos con los preparati-
os que se hacen en este jardín para
recibir al ilustre huésped.

BERTA.—No sólo por esto, señor
bribiesca, que como yo tenga nece-
dad de pedir un rato de conversa-
ción al señor Marqués, para rogarle
a bondadoso con Sal.... con mi
arido, mi amiga y yo nos hemos
enido á este sitio con la esperanza
de alcanzar mi deseo.

BRIBIESCA.—Poco debe tardar en
fecto, pues hará un momento me
omé á la calle, y vi á lo lejos que
comitiva que lo festeja y lo pasea
n hombros por todo el lugar, se di-
gia ya á esta hostería. Pero, dis-
reta y bella señora, creo que vues-
a pretensión saldrá fallida, si no
ceptáis el medio que os voy á pro-
poner.

LAURA.—Y ¿por qué no podría mi
niga solicitar lo que desea?

BRIBIESCA.—En el momento en que
a á sentarse á la mesa, cuando sólo
ga palabras gratas, cuando en fin,
sea mas desagradable el recuerdo
de una persona á quien persigue y
quien ansía, tiempo ha, ver en la
arcel.... vamos, señora, creo que el
momento no es apropiado.

BERTA.—(*á Laura.*) Entonces, ale-

jémonos pronto y esperemos co-
yuntura mejor. [*Avanzan en ade-
mán de retirarse.*]

BRIBIESCA.—(¡El dón de la oportu-
nidad, entre otros mil dones, es tu
dón principal, Bribiesca! Veamos.)
Retirarse no sería menos malo que
quedarse.

BERTA.—¡También es malo que
nos retiremos! No sé cómo llama-
ros, si hombre ó enigma.

BRIBIESCA.—Soy un hombre; pero
un hombre con.....

BERTA.—Con talento ¿no es verdad?

BRIBIESCA.—Con alguno al menos.

BERTA.—¡Salva sea la modestia!

BRIBIESCA.—(*restregándose las
manos.*) (¡Cuando digo que me fle-
cha esta mujer!)

LAURA.—Pero, señor procurador,
¿quédebemos hacer? ¿Debemos apar-
tarnos de aquí ó quedarnos?

BRIBIESCA.—Oídme: sois las cria-
turas más lindas de la tierra....

BERTA } —¡Tan galante!

LAURA } —¡Tanta bondad!

BRIBIESCA.—Decía, y repito, que
sois las criaturas más lindas de la
tierra; y como la gracia y el talento
estén adunadas á tanta belleza, si
os dignáis aceptar, vos al menos, se-
ñora (*por Berta.*) el medio que os
voy á proponer para acercaros á
vuestro enemigo....

BERTA.—¡Mi enemigo!

BRIBIESCA.—Digo, al enemigo de
vuestro marido.... pudiérais alcan-
zar un resultado satisfactorio.

BERTA.—Proponed el medio que
decís, y veremos:

BRIBIESCA.—Va á servirse aquí
una cena al señor Marqués; y si vo-
sotras asistís á élla, yo que soy la
persona más importante de las que
rodearán al Marqués y que por lo
mismo estaré á su lado, os colocaré
muy cerca de él: veré gracia, seño-
ras mías: (*toma un asiento y lo co-
loca en el lugar que indican sus pa-
labras.*) Aquí el Marqués; yo, mirad

bien, á su izquierda; vos, señora, (por Laura) en este sitio; [á la derecha del asiento del Marqués] y aquí vos, (por Berta.) junto á mí que tendré un gran placer en teneros á mi lado y os serviré de mentor en las pláticas que tengais con el señor Marqués

BERTA.—¿Y no pudiera yo quedar colocada en el lugar de mi amiga?

BIBIESCA.—¡Imposible! ¡imposible! (Junto al Marqués esta mujer tan linda ¡bien la hacíamos!)

LAURA.—(en voz baja á Berta.) ¡Acepta!

BERTA.—(lo mismo á Laura.) ¿Pues nó?.. [alto] Señor, nunca olvidaré vuestras finezas, y vuestra memoria jamás se apartará de mí. Aceptamos.

BIBIESCA.—¿Y estaréis á mi lado?

BERTA.—¡Qué mayor fortuna para una mujer, que hallarse obsequiada por un hombre tan... tan...

BIBIESCA.—Tan... ¿qué?

BERTA.—Tan inverosímil como vuestra señoría. Con vuestro permiso, vamos á cambiarnos de traje y esperamos que después seréis nuestro compañero.

BIBIESCA.—Si queréis, desde ahora.

BERTA.—Gracias mil, galante caballero; pero como sólo dispongamos de un solo cuarto....

BIBIESCA.—Esto no es un inconveniente.

LAURA.—(¡Atrevido!)

BERTA.—(bajo á Laura) ¡Calla! (alto) Quedaos aquí, os lo suplico.

BIBIESCA.—Lo haré sólo por daros gusto.

BERTA.—¡Hasta después, Bribiesca!

LAURA.—¡Hasta luego!

BIBIESCA.—¡A vuestros pies!

ESCENA IV. Y V.

BIBIESCA. (luego un criado.)

BIBIESCA.—Siempre he sido afortunado con las mujeres; siempre he

logrado rendir su corazón á mi primeras insinuaciones amorosas pero... siempre también alir á tocar el codiciado fruto, algo destruy mis planes y quedé... ¡burlado! no que nadie me burla, pero si se han roto las redes que con prolijo afán tendieran á mis victimas. La culpa hasta ahora fué tuya, Bribiesca, que si obraras con la audacia que esta vez, ni una sola paloma escaparía á tus tiros. Siento un placer anticipado no más al considerar que esta mujer estará cerca, muy cerca de mí que nuestros pies se encontrarán debajo de la mesa, y luego que el vino haga hervir la sangre y enturbie los ojos, podré estrechar su mano, y mi brazo enlazar su talle. ¡Oh y después?... ¿Quién sabe? La intentaré á dar un paseo por los sitios más apartados de este espacioso jardín, y como sus miradas, su sonrisa su sér todo, están diciendo que me ama... ¡ja! ¡ja! ¡ja! pobre Saldaña, y veo el signo de Tauro cernirse sobre tu cabeza, y para tu mayor pena me arrancas en un instante de triste procurador para elevarme á los altos empleos de la Corte ¡Sí! ¡Vive el ministro, y muera el procurador!

BIBIESCA.—¡Señor procurador!

BIBIESCA.—¡Todavía procurador ¿me has visto cara de procurador?

CRiado.—Cara de procurador, no precisamente; pero como se me dice...

BIBIESCA.—¡Bien, bien! (Este muchacho me habrá visto cara de...)

CRiado.—(Cernícalo más antipático).

BIBIESCA.—¿Decías?

CRiado.—Que mi amo, que está detenido por orden vuestra, desea salir un momento.

BIBIESCA.—¡Salir tu amo! Vay una pretensión original ¡calma! es necesario no tratar con demasiada dureza á ese infeliz, que pudiera enterarse de ello su esposa y ent

biarse pronto su pasión. Que cargue el marqués con todo! Conque tu amo desea salir de su prisión? y ¿para qué?

CRiado.—Como mi amo se halle celosillo de una persona que debe estar en este lugar....

BIBIESCA.—[*sobresaltado.*] ¡Cómo! ¿en este lugar? (Si mis espaldas estarán en peligro! disimulemos.) Vé y dile á tu amo que yo no puedo concederle lo que pide, pues únicamente el Marqués de Montalván pudiera dar el permiso que solicita.

CRiado.—¿El Marqués?

BIBIESCA.—¡Sí, el marqués!

CRiado.—¿Pero cuál?

BIBIESCA.—Vaya que eres tonto de capirote; el que está recorriendo, en hombros de sus admiradores las calles de este lugar. ¿Dudas?

CRiado.—No, no dudo. (Avisaré á mi amo, él me explicará.)

BIBIESCA.—[*á los alguaciles.*] Escuchad nuevamente mi orden: el preso Saldaña podrá salir de su prisión sólo que lo mande el señor Marqués. [*al criado.*] ¿Estás convencido imbécil?

CRiado. [*retirándose.*] ¿Pero qué Montalván será el que tiene que dar la orden de libertad para mi amo?... Vamos que no lo entiendo!

BIBIESCA.—[¡Salir de su prisión porque está celoso! ¡Ya! ya te las arreglarás con el Marqués. Allí viene; adúlémosle.

ESCENA VI.

BIBIESCA, SALDAÑA [*en hombros*]
HIDALGOS, GENTE DEL PUEBLO.

CORO.—MÚSICA.

Entre vivas y ente flores,
Recorrimos el lugar,
que es muy rico y muy galante
El marqués de Montalván.
Todo el pueblo lo bendice
Y obsequioso viene y vá,
Pretendiendo aproximarse
Y amoroso saludar.

¡Que viva! ¡que viva!
Nuestro amo y señor!
Batamos las palmas
también en su honor.

SALDAÑA. [*hablado.*] — ¡Gracias, gracias, señores, no podré olvidar nunca este día. [Y digo la verdad.]

UNOS.—¡Oh excelencia!.....

OTROS.—¡Oh magnánimo y bondadoso señor!.....

SALDAÑA.—¡Gracias mil, repito!

UNO.—Si nos dais permiso, nos retiraremos para arreglar nuestros trajes.

SALDAÑA.—Podéis hacerlo.

UNA VOZ.—¡Viva el Marqués!

TODOS.—¡Viva!

CORO. (*Alejándose y cantando.*)

¡Que viva! ¡que viva
Nuestro amo y señor!
¡Batamos las palmas
También en su honor!

ESCENA VII.

SALDAÑA, BIBIESCA.

BIBIESCA.—¡Señor marqués!

SALDAÑA.—¿Qué deseáis caballero?

BIBIESCA.—Aunque yo esté trabajando en una comisión vuestra, ¿no me conocéis?

SALDAÑA.—¡Una comisión mía! Explicaos, pues no os entiendo.

BIBIESCA.—No adivináis quién soy? Mi aire, mi distintivo ¿no os dicen qué negocio pudiera tener con vos?

SALDAÑA.—(Estoy perdido! Es un procurador de justicia! Es necesario que no conozca mi sobresalto. Ya, ya, sois un procurador, y como tengo yo mil negocios en que haya ocupado al honorable cuerpo á que pertenecéis, ignoro cuál de ellos se os haya encomendado! Hablad.

BIBIESCA.—Yo soy Bribiesca....

SALDAÑA.—¡Sí!

BIBIESCA.—....Procurador de los tribunales de su Majestad Católica que Dios guarde. (*se quita el sombrero; Saldaña no se descubre.*)

SALDAÑA.—Y qué otra cosa.

BIBIESCA.—(No se ha descubierto la cabeza; es un grande de España.) Que como el Alto Tribunal á que sirvo tenga en mi experiencia, en mis aptitudes, en fin, en mis....

SALDAÑA.—En vuestra edad; no es lo que queréis decir?

BIBIESCA.—En mi edad, no, que cuarenta y pico, no son muchos años, y los naturalistas dicen que es la edad privilegiada del hombre.

SALDAÑA.—Pero vamos ¿qué es lo que tiene en vos el Alto Tribunal?

BIBIESCA.—Confianza: confianza en mi talento y en mi discreción, y por esto me ha encomendado un asunto que se dice os importa demasiado.

SALDAÑA.—Por último, queréis decirme ¿qué asunto es ese?

BIBIESCA.—Oídme.... Pero comienzan á llegar algunos convidados y ante ellos no quisiera explicarme, y si os parece, lo haré después.

SALDAÑA.—(¡Mi esposa y Berta aquí también!) Sí, sí, luego hablaremos.

ESCENA VIII.

DICHOS, BERTA, LAURA, CONVIDADOS, ETC.

(Comienzan á pasar los convidados por parejas, compuestas de un hombre y una mujer. Sólo Laura y Berta no traerán compañeros. Todos van inclinándose al pasar frente á Saldaña.)

SALDAÑA.—(Necesito que la duquesa me descifre el enigma.) Señor procurador, aquí vienen dos señoras á quienes no acompaña ningún caballero; dad el brazo á una.

BIBIESCA.—Sólo vuestra orden esperaba. *(Va á tomar el brazo de Berta; pero Saldaña de una manera natural y cómica se interpone y dá el brazo á la duquesa. Bribiesca con mal humor ofrece el suyo á*

Laura.) ¡Maldita suerte! yo que contaba con tenerla á mi lado.)

LAURA.—¿Qué deciais?

BIBIESCA.—Nada, nada, señora, sino que....

LAURA.—Vuestra compañera os desagrada?

BIBIESCA.—No tal. *(continúan en una escena muda.)*

BERTA.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Esto es gracioso!

SALDAÑA.—Gracioso llamáis á lo que á mí me tiene en un potro, explicaos, duquesa.

BERTA.—Luego. Tened aplomo en vuestro papel. Vamos, invítad á los convidados.

SALDAÑA.—Señores, la mesa nos espera.

TODOS.—¡A la mesa, á la mesa!

(Se sientan: Saldaña en el lugar de honor, á su izquierda Laura, luego Bribiesca; á su derecha Berta. Comen y beben durante el prelude del brindis. Los actores de esta escena deberán ser sobrios de gestos y mímica, como conviene al empezar una comida de etiqueta, en que al principio todos los comensales son frios, se observan unos á otros y exageran las atenciones.)

MÚSICA.—BRINDIS.—TODOS.

Brindad, brindad.

BERTA.

Brindad, marqués.

BIBIESCA. *(medio achispado.)*

Por el amor;

Por el placer. *(á Berta:)*

Vos en seguida lo haréis.

CORO.

¡Bien, bien!

SALDAÑA.

¡Bebamos, bebamos! Vivísimo fuego
Infunde en las venas el suave licor;
De amores los labios pronuncien el ruego;
Que choquen las copas en grato rumor.
Viviendo dichoso, gozando la calma,
Probando la dicha, bello es el vivir;

Y en tanto que goce placeres el alma.
Olvide la mente que es fuerza morir

¡Viva el champaña!
¡Que viva el Rhin!
Chocad las copas!
Drin, drin, drin, drin.

CORO.

¡Viva el champaña!
¡Que viva el Rhin!
¡Chocad las copas!
Drin, drin, drin, drin.

BERTA.

Si llena los pechos la dulce esperanza,
Cantemos la gloria, también el amor;
Si ya la fortuna sonríe en lontananza,
Por ellos libemos el rojo licor.
Quien quiera en la tierra hallar la ventura,
Quien quiera la dicha falaz conocer,
Que beba en la fuente de eterna dulzura,
Que el vino aromoso se apreste á beber.

¡Viva el champaña!
¡Que viva el Rhin!
¡Chocad las copas!
¡Drin, drin, drin, drin!

CORO.

¡Viva el champaña!
¡Que viva el Rhin!
¡Chocad las copas!
¡Drin, drin, drin, drin.

¡Bebamos, bebamos! Vivísimo fuego
Infunde en las venas el suave licor;
De amores los labios pronuncien el ruego
Que choquen las copas en grato rumor,

ESCENA IX.

DICHOS, retirándose á su tiempo
los personajes de esta escena hasta
que queden sólo SALDAÑA y BRIBIESCA.

(Cuando Saldaña se levanta, todos dejan la mesa y quedan por el fondo paseándose. Bribiesca está muy alegre.)

SALDAÑA.—Dejemos ya la mesa, Señores; que tengo que hablar con el señor procurador.

UN CONVIDADO.—Mientras comienza el baile, pasaremos por el jardín.

BRIBIESCA.—(El Marqués se aficióna á esta mujer, y es fuerza que esta se retire.) (A Berta y Laura.)

Terminado el asunto que me detiene al lado del señor Marqués, tendré el gusto de acompañaros.

BERTA.—Mas no he podido aún hablar por mi marido.... y....

BRIBIESCA.—Pronto lo haréis, os lo aseguro.

SALDAÑA (á Laura).—Pero, no podrás decirme qué embrollo es este?

LAURA (á Saldaña).—Sólo Berta lo sabe. Te esperamos en nuestro cuarto.

BERTA.—Ya nos veremos. (*vanse*)

BRIBIESCA.—[Se fueron, ya estoy tranquilo!] Pero siento que el vinillo se me sube á la cabeza.

SALDAÑA.—¿Os sentís mal?

BRIBIESCA.—No, pero hay una alegría en mi interior, un deseo de comunicaros la aventura en que estoy metido....

SALDAÑA.—¡Vos convertido en un Quijote! graciosa es la ocurrencia. Mas dejemos la aventura para otra vez y referidme lo que os encargó el tribunal por asuntos míos.

BRIBIESCA.—Es que mi aventura está ligada con vuestro negocio.

SALDAÑA.—¡Esto más!

BRIBIESCA.—Sí, y si me prestais atención, os contaré todo.

SALDAÑA.—Ya escucho.

BRIBIESCA.—No os quiero recordar cuándo, cómo y por qué pedisteis la aprehensión de un hombre que os es deudor de una crecida suma, que esto lo sabéis mejor que yo. (*Comienza á volver la cabeza á la izquierda, mirando la ventana.*)

SALDAÑA.—Sí, sí, proseguid.

BRIBIESCA. (*Tono enfático.*)—Yo soy Bribiesca.

SALDAÑA.—Ya me lo habéis dicho.

BRIBIESCA.—Sí, señor Marqués, pero ese nombre quiere decir en el tribunal sagacidad y tino en los asuntos difíciles.

SALDAÑA.—¡Bien, muy bien!

BRIBIESCA.—Y á mi se encomen-

dó inquiriera el paradero del prófugo que

SALDAÑA.— ¡Qué!

BRIBIESCA.— . . . Que ya está detenido en la cárcel de este lugar y á vuestra disposición.

SALDAÑA.— ¡Un prófugo y á mi disposición! y ¿quién es este infeliz?

BRIBIESCA.— ¡Infeliz! y está preso porque lo habéis solicitado!

SALDAÑA.— Es una frase cualquiera. Pero, señor procurador ¿qué es lo que llama á cada momento vuestra atención? ¿Qué buscáis en aquella ventana? ¿Está allí el preso?

BRIBIESCA.— El preso está en la cárcel y tras de esta ventana el adorado tormento mío. ¿No veis que hay luz en ese cuarto?

SALDAÑA.— Sí.

BRIBIESCA.— Pues esa luz manifiesta que la luz de mis ojos está allí dentro. Yo sé rasguear una guitarra como cualquier sevillano, y no podré vencer la tentación de entonar una serenata. Ya veréis, voy en un santiamén por el traste y os aseguro que no quedaréis disgustado.

SALDAÑA.— Pero ¿me queréis decir quién es el preso?

BRIBIESCA.— Es el hombre por quien me dijo el tribunal alcanzaría yo de vos, honores y provecho, el preso es Saldaña.

SALDAÑA.— ¡¡¡Sal. . . daña!!!

BRIBIESCA.— (Está mi fortuna hecha.) Vuelvo, señor, Marqués; y no olvidéis los honores que me fueron prometidos. (*Váse*)

SALDAÑA.— ¡Soy Saldaña, ó soy el Marqués? ¡Saldaña, no! que ese infeliz está por orden mía en la cárcel. ¡Nudo más apretado! Que se me equivoque con un Marqués, bien: tantos hacen en el mundo papeles que no les corresponden; pero que yo esté libre y vitoreado y preso al mismo tiempo. . . . Veremos, mi Laura dijo que me esperaba en su cuar-

to, é iría yo volando, más tengo que aguardar á ese estúpido Bribiesca.

BRIBIESCA.— (*Volviendo con una guitarra*) ¡Presente, señor Marqués!

SALDAÑA.— (Me habrá oído!) Ya os extrañaba.

BRIBIESCA.— ¡Qué dicha la mía! extrañarme el heredero de una de las más nobles familias de España. (¡Tu talento, Bribiesca, tu talento!)

SALDAÑA.— ¿Y la serenata?

BRIBIESCA.— Va á comenzar.

(*Mientras tiembla la guitarra, comienza el preludio. Los del coro llegan, y como recatándose, se ponen á escuchar.*)

ESCENA X

DICHOS—CORO.

MÚSICA.— SERENATA.

BRIBIESCA.

Escucha mis cantares,

Paloma mía,

Abre de tu ventana

La celosía.

Soy un gilguero

Que si no me cobijas

De frío muero.

CORO (*pianísimo*)

¡Ay qué gilguero,

Tan ronco, tan zancudo,

Tan embustero.

BRIBIESCA.

Soy gallardo y apuesto

Como un Apolo,

Y mi fama se canta

De polo á polo.

Y yo sé amar,

Con un amor que nunca

Podrás hallar.

CORO (*piano*)

No hay un Apolo

Más viejo, ni más feo

De polo á polo.

BRIBIESCA.

Soy galán caballero

Que por tus ojos,

Diera el cielo, ó la tierra
Guerra y enojos.
Abre, señora,
Que del amor se acerca
La ansiada hora.

CORO (*fortísimo*)

¡Qué necesidad!
¡Llevalle á un manicomio!
¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

BRIBIESCA.—¿Quién ríe por allí?

SALDAÑA.—¡Eh! Son esas buenas
entes que están alegres con el vi-
o y se divierten.

BRIBIESCA.—Yo creía.... ¿Qué os
a parecido mi serenata?

SALDAÑA.—Que si la mujer á quien
a sido entonada es digna de tan
morosa y sentida canción, merece
l amor de un.....

BRIBIESCA.—De un príncipe, señor
arqués.

SALDAÑA.—O de un Bribiesca.

BRIBIESCA.—Es lo mismo; quiero
ecir, que es hermosísima y discreta
ual ninguna.

SALDAÑA.—¿Y quién és, por último,
esa mujer que así os trae á mal traer
y que está ligada al difícil negocio
que os encargara el tribunal?

BRIBIESCA.—¡El tribunal! Vos, se-
ñor arqués, que el asunto es vues-
tro.

SALDAÑA.—Como deciais hace un
momento: el tribunal ó yo, es lo mis-
mo.

BRIBIESCA.—Pues esa mujer es la
esposa del preso.

SALDAÑA.—De qué preso?

BRIBIESCA.—Del vuestro.

SALDAÑA.—¿Del mío?

BRIBIESCA.—Vamos, del hombre
que á su Excelencia, el señor mar-
qués de Montalván, á quien tengo el
honor de hablar, debe una crecida
suma, y por esta deuda y por mi ac-
tividad é inteligencia hoy llora en-
tre hierros su picardía; en fin, de
Saldaña.

SALDAÑA.—¡Yo..... mi mujer!

BRIBIESCA.—¿Qué decís?

SALCAÑA.—Nada si no....

BRIBIESCA.—[El arqués parece
estar como aquellas buenas gentes.]
[Haciendo el gesto que indica em-
briaguez.]

SALDAÑA.—[¡Estoy en ascuas! Si
pudiera averiguar algo con este im-
bécil. Veamos.] ¡Cónque mi deudor
está preso; conque su esposa os fe-
cha el corazón! y ¿cómo habéis al-
canzado tanto, señor procurador?

BRIBIESCA.—Voy á satisfacer vues-
tra justa curiosidad; prestadme aten-
ción.

SALDAÑA.—La pongo entera á
vuestro relato.

BRIBIESCA.—Llegué á este lugar
en busca de Saldaña, y cuando ya
desesperaba de atraparlo, cádate que
en el despacho de esta hostería lo
hallo.... ¿Cómo pensáis que lo hal-
llé? ¡ja! ¡ja! ¡ja!

SALDAÑA.—Dado á mil demonios.

BRIBIESCA.—A los piés de su es-
posa, á quien dirigía mil ternezas y
creo besaba las manos.

SALDAÑA.—¡A sus pies y besándo-
le las manos! Voy á matarlo.

BRIBIESCA.—¿Qué hacéis? pues
¿qué pecado hay en mirar á la es-
posa?

SALDAÑA.—[Si este hombre no aca-
ba pronto, voy á perderme.] Bien,
bien, pero continuad.

BRIBIESCA.—[Cuando digo que el
señor arqués....] (*Señal como la
anterior.*)

SALDAÑA.—Pero, ¿continuáis?

BRIBIESCA.—[Se impacienta ¡ma-
lo!] pues decía que á ese bribón de
Saldaña lo hallé á los piés....

SALDAÑA.—Ya, ya lo dijisteis.

BRIBIESCA.—Y después lo conduje
á la cárcel.

SALDAÑA.—¡Bien, muy bien y duro
con él!

BRIBIESCA.—Eso mismo dije yo, y
lo metí en un calabazo....

SALDAÑA.—¿Cómo?

BIBIESCA.—Digo, en un calabozo.
SALDAÑA.—Y su esposa ¿qué digo?
¿qué hizo esa infiel?

BIBIESCA.—¿Infel la llamáis porque me ama?

SALDAÑA.—¿También á vos? Esto es demasiado.

BIBIESCA.—Tanto me insinué con ella, tan grandés servicios la dije que estaba yo dispuesto á prestarla, que me busca y me sonrie á cada momento.

SALDAÑA.—¡Y á ella habéis cantado la serenata, y yo os he acompañado!

BIBIESCA.—Gracia y favor de su Excelencia que nunca olvidaré.

SALDAÑA.—Ni yo tampoco, señor procurador; creedlo.... Y ¿puedo ver en la cárcel á ese.... Saldaña?

BIBIESCA.—Verlo y sacarlo si gustáis, que yo y los corchetes que me acompañan debemos obedeceros en este asunto, ciegamente.

SALDAÑA.—Después hablaré con ese hombre; por ahora encargad se le guarde y vigile con mucho cuidado.

BIBIESCA.—Que si está vigilado! Mil veces pudiéramos caer nosotros en la cárcel, antes que pudiera salir ese belitre de la suya.

ESCENA XI.

DICHOS.—EL MARQUÉS.

MARQUÉS.—Señor procurador.

BIBIESCA.—(*Vuelve la cara y queda demudado.*) ¡Eh!... ¡Oh! ¿Vos aquí? pero... [*á Saldaña*] Señor... yo....

SALDAÑA.—¿Qué os pasa?

BIBIESCA.—¡Ay de mí! Si... no puedo explicarme....

SALDAÑA.—Pero no acabaréis con vuestras interjecciones?

MARQUÉS.—¿Porqué os aflige tanto mi presencia? ¡Acaso no queréis escucharme un momento?

SALDAÑA.—¿Os espanta este caballero?

BIBIESCA.—Es que este caballero, sólo porque se lo hayáis permitido, puede estar aquí.

SALDAÑA.—Vamos, señor procurador, ó estáis loco, ó se os ha subido el vino. ¿Qué tengo que ver con la presencia aquí de este señor?

BIBIESCA.—Pero, ¿no sabéis quién es este hombre?

SALDAÑA.—Ni me importa saberlo.

MARQUÉS.—(¡Este hombre!... ganas me dan de estrangularlo.)

BIBIESCA.—¡No os importa! y ha un momento me encargabais se le guardase con sumo cuidado.

SALDAÑA.—Entonces, este es....

MARQUÉS; Saldaña! señor marqués; Saldaña!

SALDAÑA.—¡Ah miserable!

MARQUÉS.—¡Vil estafador!

(*Saldaña y el Marqués van á llevar á las manos. Bibiesca se interpone gritando.*)

BIBIESCA.—¡Socorro! ¡Socorro! ¿que asesinan al Marqués! ¡Socorro!

[*A las voces llegan Laura, Berta y los demás convidados, presurosos al lugar de la contienda.*]

ESCENA XII.

DICHOS, LAURA, BERTA, CONVIDADOS.

MÚSICA.—*Concertante.*

BERTA, LAURA, EL CORO.

¿Qué ocurre? ¿qué pasa?

Decidnos cuál es
quién quiere alevose
matar al Marqués.

BIBIESCA. (*Por el Marqués.*)

¡Este infame!

MARQUÉS (*á Bibiesca*).

¡Miserable!

(*á Saldaña*)

¡Yo tu sangre verteré!

SALDAÑA (*al Marqués*).

Con la tuya de mi honor
Yo la mancha lavaré.

CORO.

Llevalde, llevadle

A negra prisión,
Y pague el villano
Su negra traición.

BRIBIESCA.

¡Vive Dios,
Si será!
Y después
Morirá.

CORO.

¡Al traidor
Se ahorcará!
El traidor
Morirá!

BERTA.

Deteneos por Dios os pido,
Y escuchadme por favor,
Probare que es inocente,
Y culpable solo yó!

MARQUÉS.

No es verdad, la culpa es mía,
Mas soy reo de una pasión.

SALDAÑA.

Sus palabras enardecen
Más y más mi hondo rencor.

LAURA.

¡Berta, Berta! ¡Esposo mio!

BERTA.

¡Infelice!

SALDAÑA.

¡Maldición!

CORO.

Ya la fiesta se ha trocado
En tristeza y en dolor.

T O D O S.

BERTA.

Negra pena, llanto amargo
Guarda aquí mi corazón,
Y se nubla mi alegría
Y me ahogo de dolor.
El ensueño de mi vida
Para siempre triste huyó,
Y entre sombras y tormentos
Mi esperanza disipó.

LAURA.

¡Cuánta pena, cuánto lloro
Matan ¡ay! mi corazón!

Ya murió toda alegría,
Vive en mí sólo el dolor.
El amor que era mi dicha
Con crueldad me rechazó
Y en mi pecho una honda herida
Su palabra me causó.

MARQUÉS.

¡Cuánta pena, cuánto lloro
Vierte ya su corazón
Y se nubla su alegría
Y la ahoga su dolor!
Dulce sueño de mi vida,
Hoy la suerte te arrancó
De mi mente que soñaba
Embriagada en su pasión.

BRIBIESCA.

No lo sé, ni lo comprendo
Cómo huyó de su prisión,
Para luego presentarse
Ante el juez y el acreedor,
Es audaz este Saldaña
Y de entero corazón;
Mas no huirá de mis manos,
Lo prometo ¡vive Dios!

SALDAÑA.

Negra pena, llanto amargo
Anegó mi corazón,
Que se nubla mi alegría
Y me ahogo de dolor.
El ensueño de mi vida
Para siempre triste huyó,
Laura, Laura, yo te adoro
Y así pagas mi pasión.

CORO.

Ni lo sabe, ni comprende
Cómo huyó de la prisión,
Para luego presentarse
Ante el juez y el acreedor.
Es audaz este Saldaña
Y de entero corazón,
Ya veremos si se escapa
Y nos burla ¡vive Dios!

BRIBIESCA.

Llevalle, llevalle.

MARQUÉS

(A Bribiesca)

Llevalme pues

(A Saldaña)

Y ya nos veremos,
Señor Marqués.

A DÚO.

MARQUÉS.

Destino infelice
fatai amor
Soñando la dicha
hallo el dolor.
Tu sombra adorada
en mi prisión
Veré con los ojos
de la pasión.

BERTA.

Destino infelice
fatal amor
Soñando la dicha
hallo el dolor.
Mi sombra adorada
en su prisión
Verá con los ojos
de la pasión.

AMBOS.

Adiós, amor mío.

BERTA.

(Al Marqués)

¡Mi amor adiós!

LAURA.

(A Saldaña)

¡Escucha!

SALDAÑA.

(A Laura)

¡Maldita!

¡Ay del traidor!

CORO.

Es preciso que el villano
Que la fiesta así turbó,
Y en tristeza y amargura
Atrevido la trocó.

En obscuro calabozo
Pague infame su traición.
Sin tardar, llevadle preso,
Encerradlo en la prisión.

(TELÓN.)

(FIN DEL SEGUNDO ACTO.)

ACTO III.**CUADRO I.º**

(Interior de la prisión.—Puerta al fondo guardada; á la derecha puerta dando á un calabozo; otra puerta á la izquierda. Una mesa con una luz, á la izquierda, primer término: á un lado una silla en que, al levantarse el telón estará sentado el Marqués. En un rincón una espada. Al levantarse el telón, durante el preludio, el Marqués aparece meditando, expresando su semblante alegría ó tristeza, de acuerdo con las notas musicales, que son como el recuerdo de los hechos pasados.)

ESCENA I.

EL MARQUÉS DE MONTALVÁN.

CANTINELA

Solo, triste abandonado,
Estoy aquí,
Mientras tú, Berta adorada,
Lloras por mí.
Yo quisera de tu pecho
Fiero dolor

Apartar, mas sólo puedo
Salvar tu honor.
Tu siempre imagen llevaré
En mi cerebro grabada,
Que la suerte cruda, airada,
Nos separa hoy á los dos.

Cuando muera, tu memoria
Volará conmigo al cielo,
Y será mi último anhelo
Darte mi postrer adiós.

ESCENA II.

EL MARQUÉS, LUEGO EL ALCAIDE.

MARQUÉS.—¡Fiero destino! Perder para siempre á la mujer que mi corazón adora ciego, la mujer por quien diera vida y honores!... Yo partiré lejos, muy lejos de élla, y tal vez logre con esto desterrar de mi esta pasión que es imposible. Berta, Berta, te acordarás del que por tí ha sacrificado su única ilusión, su sólo y vehemente amor. *(Pausa)* Y ese hombre que lleva mi título ¿quién

ESCENA IV.

BIBIESCA, SALDAÑA.

BIBIESCA.—Aquí tenéis las llaves. Aquella puerta es la del calabozo, [*buscando entre varias llaves*] y esta su llave.

SALDAÑA.—¡Bien Bribiesca!

BIBIESCA.—Ya no podrá salir ese canalla de la cárcel, que el sello que le dió libertad ya está en mi poder.

SALDAÑA.—¿Se lo habéis recogido?

BIBIESCA.—Sí, con otros varios papeles.

SALDAÑA.—Y ¿qué dicen estos papeles?

BIBIESCA.—No he tenido tiempo de leerlos.

SALDAÑA.—Dadmelos. (*los guarda.*) Luego los veremos: (Tal vez estos pliegos me expliquen dónde está el verdadero Marqués que ha dado libertad al falso Saldaña.

BIBIESCA.—¿Deciais?

SALDAÑA.—Nada. Bribiesca, no olvides que yo y sólo yo quiero averiguar, cómo el sello de mi familia ha venido á manos de ese miserable.

BIBIESCA.—¿Que pensáis hacer con Saldaña?

SALDAÑA.—Perdonarle la deuda y cobrar venganza de sus injurias.

BIBIESCA.—Dejadme obrar, y sus villanas ofensas las pagará en la horca.

SALDAÑA.—No, Bribiesca; guardo tal rencor á ese hombre, que quiero castigarlo yo mismo.

BIBIESCA.—(¿Querrá matarlo en su calabozo? Voy teniendo miedo!

SALDAÑA.—¿Qué os parece?

BIBIESCA.—¡Mall!... digo bien. Pero si no ¡paga en el suplicio su crimen ¿cómo podrá?...

SALDAÑA.—Matándole yo mismo.

BIBIESCA.—¡Vos! Matarlo vos? ¡Allí! en su calabozo y desarmado ¡Qué horror!

SALDAÑA.—¡Miserable! ¿cómo pudisteis pensar que un caballero ¡qué

quién puede ser? Mi cabeza se na, y mi vista no puede ver trasúpido velo que la infamia y el r han puesto ante mis ojos.

ALCAIDE.—Ya pasó mucho tiempo le que os saqué de vuestro calabozo, para que gozarais de aire puro es preciso que pronto volváis a nuestro encierro, pues el señor curador no debe tardar.

MARQUÉS.—Gracias os doy por vuestra complacencia. ¿Aún no hablo de Madrid mi criado?

ALCAIDE.—¡Nó!

MARQUÉS.—Vamos.

El Alcaide lo encierra en el calabozo á la derecha: terminada esta acción vuelve á la escena sonando unas monedas que le habrá dado Marqués.)

ALCAIDE.—Parece imposible que un caballero que da tan buenas cosas sea un vil estafador. Oigo los: veremos quién llega.

ESCENA III.

ALCAIDE, BIBIESCA, SALDAÑA.

BIBIESCA.

(*al Alcaide.*)

El preso?

ALCAIDE

(*á Bribiesca*)

En ese calabozo.

BIBIESCA.

(*al Alcaide*)

Dame esas llaves y retírate.

ALCAIDE.

(*á Bribiesca.*)

Aquí están. ¿Quién debe entretemelas?

BIBIESCA.

(*al Alcaide.*)

El Sr. Marqués, ahí presente, quien repito, puede hacer con el preso tanto le agrade.

ALCAIDE.

(*á Bribiesca.*)

No lo he olvidado. [*vase.*]

digo! un hombre honrado cualquiera fuese á asesinar á su enemigo inerme y encerrado en una prisión?

BRIBIESCA.—¡Perdón, perdón! señor Marqués, yo creía que vuestra cólera era tanta que no pararíais en medios.

SALDAÑA.—Los medios que pensabais, sólo los aprovechan los bandidos.

BRIBIESCA.—Pero ¿entonces?...

SALDAÑA.—Ya veréis. Quisiera escribir una carta ¿Dónde puedo hacerlo?

BRIBIESCA.—(*designando la puerta á la izquierda.*) En esa pieza tenéis recado de escribir.

SALDAÑA.—Esperadme un momento. (*Sale para la izquierda*)

ESCENA V.

BRIBIESCA

¡Ya! ya caigo; este Marqués, ó furia desencadenada, que no sé cómo llamarle, va á sacar al infeliz Saldaña al campo para reñir. Esto es muy noble; pero á mi no me conviene. Si muriese Saldaña, no sería del todo malo; pero si cayese el Marqués... El pensarlo no más me espanta. ¡Qué responsabilidad tan grande la mía para con el tribunal! Yo debe ordenar que Saldaña no salga de aquí; pero ¿y el Marqués? ¿y su enojo? ¡Imposible! para esto se necesita valor y yo soy valiente en los estrados de la audiencia; pero con un noble que lleva una espada al cinto... El caso es urgentísimo, y no sé qué hacer. ¡Sí!... ¡Nó!... ¡Sí, mil veces sí! Siempre he dicho que llevas algo aquí, Bribiesca. (*señalando la frente.*) Luego que pueda retirarme avisaré á los vecinos del pueblo; y todos impediremos la catástrofe, y mis sueños ministeriales se verán realizados.

ESCENA VI.

BRIBIESCA, [SALDAÑA.

SALDAÑA.—(*volviendo por la iz-*

quierda, con una carta en la mano) Voy á hacer os un encargo delicado

BRIBIESCA.—¿Ser testigo del asunto aquél? *haciendo ademán de huir con una espada, desplantándose* No en mis días, señor Marqués, os suplico, os lo ruego.

SALDAÑA.—Calmaos, pobre Bribiesca, lo que voy á encomendaros es que pongáis en manos de la señora de Saldaña esta carta.

BRIBIESCA.—¡Con mil amores!

SALDAÑA.—Podéis retiraros.

BRIBIESCA.—(*desde la puerta señalando la carta que lleva*) Aquel le dirás á esa mujer, como última galantería, que vas á matar á su marido; que graciosos son estos nobles!) (*Vase.*)

ESCENA VII.

SALDAÑA.

¡Abriré ó no esa puerta? Tras de ella está... no sé quién y lo sé por mi desgracia. Deseo matar á ese hombre y no quisiera verlo: su presencia gritará más fuerte á mis oídos: ¿estás deshonrado!

¡Ah, Laura, Laura! ¿Por qué me has engañado? Muy poco falta para que tu esposo ó tu amante se hunda en la eterna noche. Cuando Bribiesca te entregue mi carta de despedida, quizá mis ojos se hayan cerrado para siempre. (*sollozo.*) Huid, huid de mí, recordos de una estinguida dicha. Lágrimas mías volved al corazón, y presto la sangre apague la rabia que me devora. (*Abre la puerta y hablando al Marqués*) ¡Salid!

ESCENA VIII.

SALDAÑA, EL MARQUÉS.

MARQUÉS.—¿Vos aquí?

SALDAÑA.—¿Qué os admira?

MARQUÉS.—Teneis razón: el miserable que se atreve á usar un título que no le pertenece, es capaz de todo.

SALDAÑA.—(*La cólera me ciega*)

¿quién dice que llevo un nombre no me pertenece?

MARQUÉS.—¡Yo!

SALDAÑA.—¡Vos! y ¿quién sois vos?

MARQUÉS.—Yo soy el..... [No; no pierdo á esa mujer.]

SALDAÑA.—¿Calláis?

MARQUÉS.—Sabéis mi nombre, ¿verdad? ¿qué deciroslo?

SALDAÑA.—¡Con qué yo sé vuestro nombre! ¡ja! ¡ja! ¡ja! De vos no me acuerdo más, sino que representáis y bien vuestro falso papel y escudéis el honor de un marido perdido.

MARQUÉS.—Pero ¿quién os ha dicho eso? y ¿con qué derecho venís á meteros en mis asuntos?

SALDAÑA.—¡En sus asuntos ha dicho! Quisiera echarle al cuello un lazo y ahogarte con mis propias manos.

MARQUÉS.—¡Cobarde! me vas á decir, y eres un gabuendo?

SALDAÑA.—¡Qué! (— iba á hacer!) ¿esta ya de farsas ridículas, y por este honor, si lo tenéis, pronunciad vuestro nombre.

MARQUÉS.—¡Saldaña!

SALDAÑA.—¡Vil impostor! si Saldaña está en....

MARQUÉS.—¿En dónde, en dónde está Saldaña?

SALDAÑA.—Aquí, en tú presencia.

MARQUÉS.—¡Saldaña usurpando nombre!

SALDAÑA.—¡Luego sois el Marqués! Estos papeles podrán desentramarme (saca los papeles que le da) *ó Bribiesca y los lee rápidamente.* [Es, verdad.] [Rato de silencio.]

MARQUÉS.—Ya lo sabéis: soy el Marqués de Montalván, el hombre que á dar libre, os haría pagar muy cara vuestra insolente superchería.

SALDAÑA.—Si yo he abusado de vuestro título, ha sido en circunstancias muy desgraciadas para mí,

y en contra de mi voluntad; pero vos, que enlodáis mi nombre, seduciendo á mi esposa, y arrojando en mi hogar la vergüenza y la deshonra.... Mi boca se niega á pronunciar más palabras y... salgamos, señor Marqués, salgamos al campo, y los aceros decidan de nuestra suerte.

MARQUÉS.—Es que se me ha despojado de mi espada.

SALDAÑA.—(Tomando la espada en el rincón.) Allí la tenéis, vamos.

MUSICA.

DUO.

MARQUÉS.

Salgamos y la muerte
Concluya mi tormento,

SALDAÑA.

Llegó el feliz momento
Que ansiaba el corazón.

MARQUÉS.

Matarlo yo no puedo
Un ángel hoy lo escuda,
Batalla fiera y ruda
Trastorna mi razón.

SALDAÑA.

Si muero ¿Qué te importa,
Traidora, fementida,
Que pierda yo la vida?

MARQUÉS.

No quiero ya vivir.
Partamos.

SALDAÑA

Si, marchemos,
Y el odio en sangre ahoguemos

AMBOS.

Corramos á morir.

A DUO.

MARQUÉS.

Adiós mi esperanza,
Ya voy á perderte,
Muy pronto la muerte
Mi amor concluirá.
Valor tenga mi alma
En la hora terrible,

Que ya es imposible
Mi vida salvar.

SADLAÑA

La ansiada esperanza
Hoy dióme la suerte:
De este hombre la muerte
Mi honor lavará.
¡Furor de mi alma!
En la hora terrible
Mi acero temible
Sabrale matar.

AMBOS.

Corramos al punto,
Tu sangre menguada
Que tiña mi espada,
Que salve mi honor.

(*Salen violentamente.*)

ESCENA IX.

ALCAIDE, luego BERTA y LAURA.

ALCAIDÉ.—Pero ¿son hombres ó demonios? Por ahí van dando unas zancadas y con unos rostros tan uraños, que infundieran pavor al mismo Lucifer. ¿Y mis llaves? ¡Aquí están! No faltaba sino que hubiesen escapado llevándoselas.... ¡Zape! pero ¿y la espada del preso? Yo la tenía en ese rincón. ¡Nada! que entre esos dos, hay algo que yo no me explico.

BERTA.—¿El Marqués?

LAURA.—¿Saldaña?

ALCAIDE.—¿No los habéis tropezado en el camino?

BERTA.—¿Han partido ya?

LAURA.—¿Dónde? ¿A dónde han ido?

ALCAIDE.—Por su aire, creo que van derecho al infierno.

BERTA.—Corramos á salvarlos.

(*Se van.*)

ALCAIDE.—Pero, ¿qué pasa á esas gentes? Si esos hombres son unos demonios, estas mujeres son, á no dudarlo, unas furias.... ¡Ganas me dan de correr también tras ellos!... ¡Nó! Vale más irnos á dormir.

(MUTACION.)

CUADRO 2.º

(Noche de luna.—Decoración de campo derecha é izquierda, algunos árboles; en el fondo otros árboles que dejan ver algunos techos y casas lejanas, con luces en las ventanas)

ESCENA X.

MUSICA.

BIBIESCA, GENTES DEL PUEBLO
(*Avanzan misteriosamente, mirando por todos lados y como acechando una presa.*)

CORO.

Avancemos
Sigilosos,
Cuidadosos
Observad:
A este sitio
Nos dijeron
Que vinieron
A luchar

HOMBRES.

Señor procurador,
Queréis ó no decir
¿Qué ocurre en esta noche?
Quién quiere aquí reñir?

MUJERES.

Señor procurador,
Queréis ó no decir
¿Qué ocurre en esta noche?
Quién quiere aquí reñir?

BIBIESCA.

Por Dios, callad.
Que no nos oigan,
Más bajo habiad.

CORO. (*pianissimo*)

Pues nosotros
No sabemos
Ni podemos
Relatar

Lo que ocurre,
Explicadnos
Y contadnos
La verdad.

BIBIESCA.

Callad, callad,
Voy á contaros.

CORO.

Hablad, hablad.

BRIBIESCA.

¡Silencio pues!

Han venido

El marquesito y Saldaña,
De rencor y de odio llenos,
A dirimir con las armas
Sus enojos, sus insultos.
El marqués quiere venganza;
Matarlo ansía su rival,
Y escogió su negra saña
Este bosque por teatro,
Y este combate me espanta,
E impedirlo es necesario
Con mucho cuidado y maña,
Para evitar á este pueblo,
Del rey la ruda renganza.

CORO.

¡Horror! ¡horror!
Sufrir del rey católico
Todo el furor

BRIBIESCA.

Queréis callar?
Por otro sitio
Fuerza es buscar.

CORO.

(Recorre misteriosamente el escenario y se va cantando.)

Avancemos
Sigilosos,
Cuidadosos
Observad.

A este sitio
Nos dijeron
Que vinieron
A luchar.

(Vanse á la izquierda.)

ESCENA XI.

SALDAÑA, EL MARQUÉS.

(Por la derecha.)

SALDAÑA.—¿No habrá en este bosque un lugar apartado donde podamos reñir?

MARQUÉS.—La luna da de lleno en este claro, y los grupos de gente que hemos visto desde lejos parece que se han retirado; ¿os agrada este lugar?

SALDAÑA.—(¡Es noble este marqués!) Señor, escoged vuestro sitio.

MARQUÉS.—(Se porta como un caballero; si no fuera por esa mujer, acaso hubiéramos sido amigos.) Cualquiera es bueno, Saldaña.

SALDAÑA.—¡Bien! yo aquí.

MARQUÉS.—Pero ¿no veis que la luna os dará de cara, mientras mi rostro queda en la sombra, y de esta manera no podréis ver ni adivinar mis golpes.

SALDAÑA.—Señor Marqués, no soy un título de España, pero por mis venas corre la hidalga sangre castellana, y en mi vida cederé el lugar de más peligro á ningún hombre.

MARQUÉS.—¡Ah! Saldaña, en estos momentos solemnes en que está el alma próxima á hundirse en la eternidad, la mentira huye de los labios, y las palabras que pronuncian son el grito de la conciencia. Tenéis un corazón grande y generoso y os voy á confiar el inmenso dolor que llevaré á la tumba, si no alcanzo lo que voy á pedir.

SALDAÑA.—(¡Cómo podré matarlo!) Hablad.

MARQUÉS.—No quiero con lo que voy á decir que se evite este lance; nó que el precipicio que nos separa de esa mujer, sólo lo puede llenar el cadáver de uno de los dos.

SALDAÑA.—Sí, sí; es imposible la presencia de ambos en el mundo mientras ella exista.

MARQUÉS.—La ofensa que acabo de inferiros, creedlo, no hallevado en sí dolo ni traición: Yo... ignoraba que erais su esposo.

SALDAÑA.—¡Marqués!

MARQUÉS.—Y yo que á nadie he sabido pedir perdón, os lo pido para ella, para mi culpa.

SALDAÑA.—¡A vos sí! ¡á la adúltera, jamás!

MARQUÉS.—Sea, y ¡Dios la perdone! ¡Adelante!

(Se ponen en guardia, con la mano izquierda sobre el pecho, como se acostumbraba entonces. Cambian algunas estocadas; el Marqués sólo procura defenderse y aun se descubre mucho. Durante este asalto la orquesta preludia.)

ESCENA XII.

DICHOS, LUEGO BERTA Y LAURA.

MUSICA.

SALDAÑA. (*Bajandola*
Queréis que os asesine! *espada.*)
Tirad, por Dios, tirad.

MARQUÉS. (*Haciendo*
(Es noble y es valiente *alto tam.*
Este hombre en verdad.) *bién.*)
Volvamos á la guardia

SALDAÑA.

(¡Horrible situación!
¿Es fuerza que, villano,
Le rasgue el corazón?)

LAURA.

¡Saldaña!

BERTA.

¡Marqués!

MARQUÉS [*á Berta*]

¡Señora!

SALDAÑA (*á Laura*)

¡Tú aquí,

Infame, perjura!

LAURA (*á Saldaña*)

¿Qué quieres decir?

MARQUÉS (*á Berta*)

La muerte yo busco
Tan sólo por tí.

BERTA (*al Marqués*)

¡Morir, habéis dicho
Morir y por mí!

LAURA (*á Saedaña*)

Escúchame atento.

SALDAÑA (*á Laura*)

No quiero ¿lo oís?
Adúltera, falsa.

MARQUÉS Y SALDAÑA.

Dejadnos reñir.

BERTA.

Mas antes es fuerza
Oirme

LAURA.

¡Si, si!

SALDAÑA.

¡No quiero!

MARQUÉS.

¡Saldaña,

Dejadla.

(*á Berta*) Decid.

SALDAÑA.

Yo quiero que pronto
Se aparten de aquí,

TODOS.

SALDAÑA.

Nuevo engaño, nueva intriga
En sus frases voy á hallar,
Mas en vano, que mi honra
He jurado aquí vengar.
En un tiempo, sus palabras
Mitigaban mi dolor,
Hoy su acento apasionado
Más aviva mi rencor

LAURA.

Nuevo engaño, nueva intriga
En mis frases creará hallar;
Y con sangre querrá su honra
¡Infelice! aquí vengar.
En un tiempo mis palabras
Mitigaban su dolor,
Y hoy mi acento apasionado
Más aviva su rencor.

MARQUÉS.

Yo te adoro con locura,
Y por ti voy á morir,
Cuando loco yo soñaba
Siempre á tu lado vivir.
De tu esposo la venganza
Partirame el corazón;
Mas tu imagen en mi alma
Vivirá con mi pasión.

BERTA.

Yo lo adoro con locura;
Su dolor me hace sufrir.
¡Qué feliz seré á su lado!
¡Qué feliz voy á vivir!

Tanto me ama que yo espero
Alcanzar nuestro perdón
Que es muy grande, que es muy bello
Su sencillo corazón.

(ablado.)

SALDAÑA (á Berta)— ¿Me conce-
réis, señora, retiraros y alejar de
presencia á esta mujer, para
ien no encuentro un dichterio que
adre á su conducta hipócrita y
endaz?

BERTA.— Saldaña, tened vuestra
ngua, que.....

SALDAÑA.— Sí, que yo debiera ma-
rta y no quejarme y llorar ante
sotros.

BERTA.— ¿No callaréis nunca?
uestros oídos no se abrirán para
cucharne?

LAURA.— Qué causa tus odios con-
a mí? ¿Por qué rechazas iracundo
la compañera de tu vida, á la mu-
r que ha reído con tu alegría y ha
prado contigo en los días de tu des-
racia? ¡Ah, Saldaña, me haces muy
esgraciada!

SALDAÑA.— ¡Laura, Laura!.....

h, nó! ¿Qué iba á hacer? Apárta-
de mí; no quiero oírte, que solo
n pensar en tí, mi frente se cubre
e rubor y mi corazón pugna por
mpromper las cárceles del pecho.

MARQUÉS.— ¡Caso extraño! ¿Es
erta ó es la esposa de Saldaña?)

BERTA.— Saldaña, si tenéis respe-
á una señora, si sois capaz de do-
inar por unos momentos vuestras
asiones, si sois digno de vuestros
adres y del nombre sin mancha que
s dieron, si vuestro honor... ¡Qué
ba á decir! si sois un caballero, que-
éis no interrumpirme.

SALDAÑA.— Duquesa, perdona ad-
e, si os ofendí, pero si adivinarais
horrible batalla que se está libran-
o en mi angustiado espíritu...

BERTA.— Calmaos y escuchad.

MARQUÉS.— Señora Duquesa, pues
si os ha llamado el caballero Sal-

daña, ¿Puedo retirarme para que
habléis á solas?

BERTA.—Retiraros, de ninguna
manera: para lo que voy á decir á
este señor, vuestra presencia es in-
dispensable.

MARQUÉS.—¡Bien! me quedaré.

BERTA.—(á Saldaña.) Ignorabais
que por salvaros y por apartar las
sospechas que sobre mi reputación
iban á caer, os visteis transformado
como por encanto en el Marqués de
Montalván, que os persigue, más que
por una deuda, á mi entender, por
haberlo burlado en sus pesquisas
para hablaros.

MARQUÉS.—Leéis en mi corazón,
señora.

SALDAÑA.— ¿Vuestra reputación
comprometida? No entiendo.

BERTA.—Cuando encontré á Lau-
ra en el cuarto de la hostería y esta-
bamos las dos hablando, oí que ál-
guien se aproximaba y porque su
rostro, lleno de pesadumbre y sur-
cado por las lágrimas, no fuese un
denunciante de vuestra presencia
en aquel lugar, hice que vuestra es-
posa se retirase.

SALDAÑA.—Es verdad.

MARQUÉS.—Proseguid, señora, pro-
seguid.

BERTA.—La persona que se aproxi-
maba era.....

MARQUÉS.—¡Yo!

SALDAÑA.—Y ¿qué ibais á hacer
á nuestro cuarto?

BERTA.—Recordad que ocupabais
el despacho de la hostería.

SALDAÑA.—Es cierto.

BERTA.—Entró el Marqués, y co-
mo dice estar enamorado de mí per-
sona.....

MARQUÉS.—Y de vuestro corazón,
y de vuestra alma, caí á vuestros
pies, estreché vuestras manos, y mis
palabras rompieron el dique puesto
por mis labios en los salones de la
Corte.

SALDAÑA.—Y después? ¿Qué pasó después?

BERTA.—Bribiesca entró; la vergüenza de haber sido encontrada con un hombre arrodillado á mis pies, el temor de perderos y, me da pena confesarlo, mi natural inclinación, hasta este día fatal, á las bromas, hicieron que me declarase mujer de Saldaña y esposo mío al Marqués.

SALDAÑA.—Y los celos taladraron mi corazón y Laura.... ¡Ah! Laura, ven á mis brazos y pueda yo lograr tu perdón.

LAURA.—¡Yo te amo y te perdono!....

BERTA.—¡Ya sois felices!.... Yo no quise causaros ningún daño.... ¡Cómo! Si á los tres los ama mi corazón; pero las apariencias engañan, y pudierais dudar de la intención que me movió á hacer lo que os he dicho, réstame ahora dos cosas que pedíros.

SALDAÑA.—Mandad.

MARQUÉS.—Decid.

BERTA.—(á Saldaña y á Laura.) A vosotros que no me guardéis rencor.

SALDAÑA.—¿A la que ha querido salvarme?

LAURA.—¿A la que por nosotros ha sufrido?

MARQUÉS.—(Me enamora más y más esta mujer.)

BERTA.—(muy conmovida y queriendo arrodillarse ante el Marqués) Que ya no persigáis á Saldaña, y que perdonéis á esta mujer que si mucho os ha ofendido, también os ha amado mucho.

MARQUÉS.—Berta, Berta yo te adoro. (La levanta y la estrecha contra su pecho. En este momento asoma Bribiesca.)

ESCENA XIII.

DICHOS, BRIBIESCA, GENTES CON HACHONES, ALGUACILES.

BRIBIESCA.—(Otra vez esto en mis barbas! (A los alguaciles.) Prendedle.

SALDAÑA.—Pero ¿qué vais á hacer?

BRIBIESCA.—A mandar á este bribón á un calabozo más húmedo y negro que el que ha dejado por vos.

SALDAÑA.—Pero ¿sabeis quién es?

BRIBIESCA.—Que si sé quién es... [Es original la pregunta!] Saldaña daos preso. [al Marqués].

MARQUÉS.—(á Berta, sin hacer caso.) ¿Cómo podíais imaginar que el saber que erais viuda apagase mi pasión?

BRIBIESCA.—Pero ¡no me entiende este hombre!

BERTA.—(al Marqués.) Tan pocos corazones hay en el mundo como el vuestro, que no os debe extrañar mi reserva.

SALDAÑA.—(A Bribiesca que va á poner la mano sobre el hombro del Marqués.)

Deteneos, caro Bribiesca, y respetad á un grande de España.

BRIBIESCA.—¡Título de primera clase, Saldaña! Imposible!

SALDAÑA.—Pero, si este caballero no es Saldaña.

BRIBIESCA.—¡Qué no es Saldaña? O me he vuelto loco, ó estoy mirando visiones!... ¿Quién es entonces?

SALDAÑA.—El excelentísimo Marqués de Montalván.

TODOS.—¡Su excelencia el Marqués!

BRIBIESCA.—Callaos, brutos: ¿No veis que el señor Marqués es el que está hablando conmigo?

SALDAÑA.—¿Yo? Yo soy Saldaña.

BRIBIESCA.—(confuso.) [Este es Saldaña y ése el señor Marqués, y el uno fué el otro.... Bribiesca, mucho ojo, que ó Su Excelencia está, demente, ó este par no son más que

nos tunos. Veremos si aquél responde con mejor juicio.] (Al Marqués, plantándosele delante.) En nombre de la ley, decid quién sois.

MARQUÉS.—Soy el Marqués de Montalván.

BIBIESCA.—Perfectamente, ¿y estas señoras?

MARQUÉS.—La señora duquesa de Erralvo, prometida mía; la señora esposa de Saldaña.

BIBIESCA.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Dejadme ir. Un Marqués, una duquesa, un caballero; ¡ja! ¡ja! ¡ja! Vamos toda a corte de España ¡ja! ¡ja! ¡ja!

BERTA.—¡Oh esencia del ingenio! Oh Baibiesca no comprendido! Fuente del amor y la galantería! ¡a no rias, que todos vamos á hacerlos compañía. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

BIBIESCA.—¡Ya! ya reiréis los cuatro en la cárcel.

LAURA.—¿Nosotros á la prisión?

BERTA (á Laura.)—Déjalo, que esto me divierte.

BIBIESCA.—Alguaciles, pueblo todo que me escucha, prestad auxilio al representante de la justicia del rey, nuestro señor, y llevad á esos impostores á la cárcel.

LAURA (á Berta.)—¿Todavía reirás?

BERTA (á Laura.)—Más que nunca, amiga mía,

(Los conducen hasta el fondo.—Bribiesca queda en el proscenio y dice el siguiente aparte.)

BIBIESCA.—(Bribiesca, has estado imponentemente hermoso!)

ESCENA XIV.

DICHOS Y EL CRIADO DEL MARQUÉS.

[El criado llega por la izquierda; lleva arreos de viaje y parece fati-

gado de un viaje rápido; detiene á los personajes en el momento que éstos llegan al fondo.)

CRiado.—Deteneos.

BIBIESCA.—¿Quién se atreve á mis órdenes? Llévadlo también.

CRiado.—Antes leed (le da un pliego. Vuelven todos y rodean á Bribiesca que leera en voz alta.)

BIBIESCA.—¡Las armas reales! (Leyendo.) «Al procurador de los tribunales de Su Majestad Católica de España, Bribiesca. Por un error habéis detenido en la cárcel de ese lugar á Su Excelencia el señor Marqués de Montalván á quien, luego que recibáis este pliego, deberéis poner en libertad.—Yo, EL REY.» (Se le cae el papel de las manos, su semblante demuestra asombro indescriptible.) (¡Qué imbécil eres, Bribiesca!)

TODOS.—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

BERTA.—¿Ya no me amáis, señor procurador?... Considerad que me enojo,

BIBIESCA.—Mi perdón señora, alcanzadlo de... (señalando al Marqués y queriendo ponerse de rodillas,)

MARQUÉS.—Todos, todos os perdonamos.

BIBIESCA. (Dando saltos de alegría.)—¡Viva el señor Marqués!

CORO FINAL.

¡Que viva! ¡Que viva
Nuestro amo y señor!
¡Batamos las palmas
Tambien en su honor.

(TELON RÁPIDO.)

FIN.





